

La abolición del Estado

Wayne Price

La abolición del Estado

Perspectivas
anarquistas y marxistas

Price, Wayne

La abolición del Estado: perspectivas anarquistas y marxistas .
- 1a ed. - Buenos Aires : Libros de Anarres, 2012.
204 p. ; 20x12 cm.

ISBN 978-987-1523-16-0

1. Anarquismo. 2. Comunismo. 3. Movimientos Sociales. I.
Título

CDD 303.484

Traducción: Martín Toutlemonde

Corrección: Eduardo Bisso

Diseño: Diego Pujalte

Ilustración de tapa: Demolición de la Columna Vendôme durante
la Comuna de París (16 de marzo de 1871)

© Libro de Anarres
Av. Corrientes 4790. C.P. 1414AJN
C. A. de Buenos Aires
República Argentina
Tel.: 4857-1248 / 4115-1041
edicionesanarres@gmail.com

© Tupac Ediciones
Juan Ramírez de Velasco 958
C.P. 1414AQT
C. A. de Buenos Aires
República Argentina
Tel.:4857-6404
<http://www.nodo50.org/bpji/editorial.htm>

ISBN: 978-987-1523-16-0

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos,
electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está
permitida y alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Introducción a la primera edición en español de *La abolición del Estado. Perspectivas anarquistas y marxistas*

Por Wayne Price

Es un gran honor para mí que este libro sea presentado en la Argentina por una editorial anarquista. En un modo menor, es parte del revivir del anarquismo y del socialismo libertario en América Latina. Me causa mucha felicidad ver la difusión de ideas anarquistas en todas partes de las naciones oprimidas (el así llamado tercer mundo): en Asia y África, así como en América Latina, junto a la difusión de ideas libertarias revolucionarias entre la gente oprimida dentro de los Estados Unidos: afroamericanos, latinos y otra gente de color.

Una vez el anarquismo fue la tendencia principal de la extrema izquierda, pero esto prácticamente terminó con la Revolución Rusa. De pronto parecía que la tendencia leninista del marxismo supo cómo hacer revoluciones socialistas de mejor modo que todos los demás. El leninismo se volvió la tendencia dominante entre los revolucionarios, aunque, de hecho, solo llevara al capitalismo de Estado totalitario, cuando no directamente reformista. El fracaso de los anarquistas en la Revolución Española a fines de los '30 prácticamente marginó lo que quedaba del movimiento anarquista internacional. En la radicalización de los años '30, los partidos comunistas pro Stalin fueron dominantes. La siguiente radicalización sucedió en los '60 (desde mediados de los '50 hasta mediados de los '70). Los jóvenes revolucionarios fueron atraídos no a Moscú sino a la China de Mao, al Vietnam de Ho Chi Minh y a la Cuba de Castro. Los dictadores de esos países parecían estar guiando la lucha mundial contra el imperialismo capitalista. Los socialistas libertarios seguían marginados.

Pero la Unión Soviética y sus satélites colapsaron entre 1989 y 1991, mientras el régimen chino viró del capitalismo de Estado hacia un capitalismo más tradicional. El marxismo quedó muy desacreditado (mientras que el ala históricamente reformista del marxismo, los socialdemócratas de Europa occidental, había abandonado hacía tiempo cualquier apoyo a alguna alternativa al capitalismo). Todavía el capitalismo continúa teniendo su pobreza, su alienación social y sus crisis (de

hecho los eventos en la Unión Soviética y China fueron en realidad parte de la crisis capitalista global). Esto sigue causando guerras (con la amenaza implícita de la destrucción nuclear de la civilización) y sus amenazas a la civilización de destrucción ecológica y ambiental (incluyendo, pero no solo limitada al calentamiento global).

Todo ello ha llevado al resurgir del otro radicalismo tradicional, llamado anarquismo, como también a las tendencias históricamente marginadas dentro del marxismo que buscan el aspecto libertario, democrático y humanista del pensamiento de Marx.

Siendo alguien que participó en los '60, estoy entusiasmado con el resurgir mundial del anarquismo revolucionario y todas las variantes del socialismo libertario. Estoy menos entusiasmado con los peligros de guerra, calentamiento global y depresión económica que nos muestra que todavía estamos viviendo en la época de la decadencia capitalista.

De adolescente me volví un anarcopacifista. Los escritos de Paul Goodman y Lewis Mumford me convencieron de que era posible tener comunidades descentralizadas, radicalmente democráticas, aun manteniendo una industria productiva moderna –usando tecnologías no capitalistas, alternativas–. Todavía lo creo. Pero conocí a un trotskista ortodoxo en la Universidad, y me convenció que una revolución era necesaria, y que el anarcopacifismo no era programa suficiente para ello –lo que también todavía creo–. Él me dio libros sobre la Revolución Española de los '30 y la Revolución Húngara de 1956. Éstos me mostraron que el Estado capitalista (en sus formas “democrática”, fascista o estalinista) debía ser reemplazado por una asociación de consejos obreros y asambleas populares. Todavía creo en esto, pero a diferencia de aquel trotskista, no considero a eso como un “Estado obrero” o “dictadura del proletariado”. En aquel momento, me hice trotskista, pero de una corriente no ortodoxa, porque no podía aceptar el argumento de aquel trotskista de que la Unión Soviética estalinista era todavía un “Estado obrero”, porque había nacionalizado la propiedad, aunque los obreros (él concordaba) estaban completamente oprimidos bajo aquel Estado. Eso parecía ridículo.

Entonces, me volví uno de los fundadores de la *U.S. International Socialists* (Socialistas Internacionalistas de

EE.UU.), trotskistas disidentes. Sin embargo, mis amigos y yo opinábamos que I.S. era desesperadamente centrista (reformista de izquierda), desprolijo en su organización, nada serio en su teoría, que apoyaba a reformistas liberales de la burocracia sindical y apoyaba los esfuerzos electorales del tercer partido liberal de clase media (ni demócrata ni republicano), etc. Entonces tuvimos una lucha de facciones y finalmente nos dividimos para formar una nueva organización, la *Revolutionary Socialist League* [Liga Socialista Revolucionaria] (nos volvimos una organización compañera de la Liga Marxista Revolucionaria de Jamaica). Estuve personalmente activo en la oposición del sindicato de maestros en la ciudad de Nueva York y en el movimiento antiguerra nacional.

Con el tiempo, la R.S.L. se fue desencantando con el trotskismo, el leninismo e inclusive el marxismo. Estábamos inspirados por el espíritu libertario del movimiento de liberación de mujeres y del movimiento de liberación de homosexuales y lesbianas. Tras doce años, evolucionamos hacia el anarquismo. La R.S.L. se disolvió. Aquellos de nosotros que todavía estábamos interesados en la política revolucionaria nos unimos con otros anarquistas para formar *Love & Rage Revolutionary Anarchist Federation* (Federación Anarquista Revolucionaria Amor y Furia). Tras nueve años, la federación también empezó a decaer. Un ala decidió que encontraba verdad en el marxismo leninismo maoísta. Mis amigos y yo nos opusimos en nombre del anarquismo revolucionario. Después de la disolución de *Love & Rage*, la gente tomó diferentes direcciones. Algunos de nosotros eventualmente nos unimos a la *Northeastern Federation of Anarchist-Communists* (Federación Anarco Comunista del Nordeste). Espero que, en algún momento, se formará una federación anarquista revolucionaria más amplia, de alcance continental.

En todo caso, los peligros del capitalismo moderno, en su decadencia y crisis, son enormes. El anarquismo ha tenido sus éxitos, pero en general ha fallado en ser parte de una revolución de la clase obrera. Esta vez, no nos podemos permitir otra derrota.

Parte I. EN LUGAR DEL ESTADO

Capítulo I. Colocando al Estado en el museo de antigüedades

Los anarquistas abogan por la abolición del Estado –las estructuras básicas del gobierno– y su reemplazo por una sociedad sin Estado. Los marxistas abogan por la abolición del presente Estado capitalista, y su reemplazo por un Estado obrero provisorio que, marchitándose, dará como resultado una sociedad sin Estado. Tanto unos como otros acordarían con la sentencia del compañero intelectual de Marx, Federico Engels, en *El origen de la familia, la propiedad y el Estado*: “La sociedad, que organizará de nuevo la producción sobre las bases de una asociación libre e igualitaria de los productores, transportará toda la máquina del Estado allí donde, desde entonces, les corresponde tener su puesto: al museo de antigüedades, junto al torno de hilar y junto al hacha de bronce” (1972: p. 232)¹.

Anarquistas y marxistas no sólo están en contra del Estado. También coinciden en que, como implica la cita, la desaparición del Estado debe estar asociada con el desmantelamiento de la economía capitalista, con el cese de la explotación de la clase trabajadora y con la abolición de la sociedad de clases. Ambos sostienen su reemplazo por una economía colectivizada, con trabajo cooperativo. Esto es la “asociación libre e igualitaria de los productores”, también llamado *socialismo* o *comunismo*. Mientras que el término “socialismo” hoy es usado comúnmente para referirse a la propiedad estatal (más precisamente al programa del “socialismo de Estado”), el grueso del anarquismo siempre se ha presentado como el ala izquierda del movimiento socialista.

Esto también significa otorgar a la moderna clase trabajadora un papel central en el derrocamiento del capitalismo. Es a través del proceso capital/trabajo que se obtienen los productos y servicios necesarios para que la sociedad sobreviva y produzca, lo que hace de los trabajadores una pieza fundamental para el funcionamiento del capitalismo. Esto significa que los trabajadores ocupan un lugar estratégico para detener esta sociedad y empezar

¹ Citado del español, Claridad, 1971, p. 201. (N.T.)

una nueva. Los trabajadores son explotados por los capitalistas, por lo que tienen el principal interés en terminar con la explotación y con las clases sociales (si así lo quieren). No todos los anarquistas y marxistas están de acuerdo en esto, pero ha sido el punto de vista de anarcocomunistas y anarcosindicalistas, así como de Marx y Engels, pero no de marxistas como Herbert Marcuse o Mao Tse Tung.

Además de enfrentar al Estado y el capitalismo, los anarquistas se han opuesto a todas las formas de dominación y opresión: el dominio de los hombres sobre las mujeres, de los americanos de origen europeo sobre los afroamericanos, de los *anglos* sobre los latinos, de las naciones imperialistas sobre las naciones oprimidas, de los heterosexuales sobre los homosexuales, lesbianas y transgéneros, de lo establecido por las mayorías sobre las minorías políticas y religiosas, etc. Los antecedentes de los marxistas son más ambiguos, pero por lo general se han opuesto a muchas, sino a todas, las formas de opresión. Mientras que acuerdan en que cabe a la clase trabajadora un rol central en la superación del *capitalismo*, la mayoría de los anarquistas y marxistas creen hoy que estas formas de opresión son también reales, y que se superponen e interactúan con la explotación capitalista. La lucha contra estas formas de opresión no clasistas son aspectos esenciales del combate por una “asociación libre e igualitaria”².

² Por trabajadores modernos –o “proletariado”– me refiero a aquellos que venden su capacidad de trabajo a cambio del dinero ofrecido por los dueños de los medios de producción, los capitalistas. Aquellos que trabajan por sueldos o salarios, que producen los bienes o servicios –materias primas– de la sociedad, y los que no tienen empleados a su cargo, son los trabajadores, los proletarios. Éste era el nombre de la clase más baja en la antigua Roma, y significa “aquellos que [no hacen nada, sino] reproducirse”. Implacablemente, el término fue recogido por Marx para designar a la moderna clase trabajadora del capitalismo. Si además incluimos a aquellos que son dependientes de los trabajadores empleados, como lo son las amas de casa y los niños, y también sumamos a retirados y desempleados, entonces obtenemos la *clase* obrera completa. De forma similar, “la burguesía” y “la clase capitalista” son términos intercambiables, así como “burgués” y “capitalista”, que hacen referencia a la “comunidad” de ricos hombres de negocios y empresarios. Existe también una capa intermedia de administradores que dirige los negocios de los capitalistas. Sus rangos más bajos se mezclan con los rangos más altos de la clase trabajadora, tales como los trabajadores de cuello blanco. Estas capas sociales intermedias son llamados a veces la “clase media”, aunque en realidad ellos no son una clase independiente.

Sin embargo, mientras anarquistas y marxistas se han opuesto al capitalismo y otras formas de opresión, el tema del Estado es una cuestión definitoria. Cómo se posicione un grupo político ante la cuestión del Estado dice mucho acerca de quién es. Tal como escribió un teórico marxista: “(...) Es la teoría de Marx sobre el Estado lo que distingue un verdadero marxista de uno falso” (Hook, 2002, p. 270); y comentarios similares se han hecho acerca de los anarquistas.

Están aquellos que aceptan el Estado existente y sólo buscan hacerlo más democrático y usarlo para suavizar los excesos del capitalismo (limando los ásperos bordes de las cadenas). Éstos son los liberales. Están aquellos que creen que el Estado existente puede ser usado para cambiar gradualmente el capitalismo en socialismo, por medio de la nacionalización de corporaciones o por otras formas de intervención en la economía. Éstos son los socialistas reformistas o socialdemócratas (que podrían llamarse a sí mismos “socialistas democráticos”). Los liberales y los socialdemócratas coinciden parcialmente.

Luego están aquellos llamados socialistas revolucionarios o comunistas. Éstos apuntan al derrocamiento del Estado existente. Si bien pueden apoyar luchas por reformas y hacer demandas al Estado, lo que los distingue de los reformistas es que *su meta estratégica es la destrucción del Estado*. De éstos, los marxistas se proponen reemplazar al Estado existente por un nuevo Estado, “el Estado ‘de los trabajadores’” o “dictadura del proletariado” (aunque voy a mostrar que estos conceptos resultan más ambiguos de lo que podría pensarse para Marx y Engels, si no para los marxistas posteriores). Varios nacionalistas de naciones oprimidas o razas tienen también la meta de crear nuevos estados (frecuentemente fueron influidos por variantes del socialismo de Estado). Los anarquistas, por el contrario, se proponen pasar directamente a una sociedad sin Estado.

Expresándolo de otra manera, los socialistas pueden ser divididos entre aquellos que desean crear una nueva sociedad por medio del Estado –ya sea el existente o uno nuevo– y aquellos que piensan que una nueva sociedad debe ser construida en oposición

a todos los estados. Es decir, los socialistas son o socialistas de Estado o socialistas libertarios (fundamentalmente anarquistas)³.

El interés en la idea de la abolición del Estado ha crecido con el resurgir del anarquismo. Cuando el marxismo dominaba la izquierda, la cuestión de la abolición del Estado por sí mismo se había esfumado. Lejos de disolverse, los estados establecidos por los marxistas se volvieron totalitarismos monstruosos, estructuralmente similares al fascismo. Mientras tanto, en Europa occidental y en los Estados Unidos, los partidos comunistas se hicieron, en los hechos, reformistas, trabajando en el marco del Estado existente. La idea de Marx y Engels de una eventual sociedad sin Estado se volvió una visión abstracta, una fantasía, similar a la esperanza de resurrección de los muertos de las iglesias cristianas predominantes; no tenía relación alguna con la mayoría de los programas o comportamientos marxistas.

Desde la separación entre Marx y Bakunin en la década de 1870, los anarquistas se encontraban en la extrema izquierda del más amplio movimiento marxista. Pero después de la Revolución Rusa en 1917, los leninistas se volvieron la izquierda más extrema, desplazando a los anarquistas. Como los leninistas (Comunistas con “c” mayúscula) parecían haber mostrado que los marxistas podían hacer revoluciones exitosamente, los revolucionarios acudían en masa a sus organizaciones. La Revolución Española de 1936 fue el último “viva” de los anarquistas en Europa Occidental, y resultó un desastroso fracaso (en parte debido a sus propios errores). Los anarquistas fueron marginados en casi todos los movimientos de trabajadores a lo largo del mundo⁴.

Esto ha cambiado. En 1989 el Muro de Berlín fue destruido por el pueblo de Alemania del Este. Desde ese momento, la Unión Soviética colapsó. El capitalismo de Estado fue reemplazado por un capitalismo tradicional, pluralista y de acciones. En China, el Partido Comunista mantiene el poder, pero ha transformado el capitalismo de Estado en una economía de mercado abierto.

³ “Socialista libertario” es un viejo concepto europeo, que no tiene nada que ver con el uso estadounidense de “libertario” que alude a la derecha, procapitalista, que apoya las corporaciones centralizadas y burocráticas en contra de un Estado centralizado y burocrático.

⁴ Las revoluciones rusa y española serán analizadas en capítulos posteriores.

Mientras tanto, los partidos comunistas de Europa se transformaron en simples partidos reformistas, sin deseo alguno de construir una sociedad nueva. Lo que alguna vez fue el otro brazo del marxismo europeo, los partidos socialdemócratas, renunciaron hace ya largo tiempo al objetivo de construir una sociedad poscapitalista, e incluso a cualquier reivindicación del marxismo.

Como resultado de este proceso, el marxismo se ha visto ampliamente desacreditado. Y sin embargo el capitalismo no desarrolló nuevos encantos. Por el contrario, se encuentra en crisis y sigue deteriorándose (de hecho el colapso del capitalismo de Estado en Rusia y China formó parte del la crisis del sistema capitalista mundial). El descontento de las masas continúa. Aquellos que antes se hubieran volcado al marxismo (o a algún otro socialismo de Estado), ahora buscan las claves para la liberación en otro lugar. Por ejemplo, en una amplia franja del mundo, la lucha contra el imperialismo occidental está siendo dirigida por líderes islámicos reaccionarios y autoritarios. En épocas pasadas, y en esas mismas regiones, el antiimperialismo era dirigido por nacionalistas radicales de corte socialista y marxista⁵.

El debilitamiento del marxismo también tuvo como consecuencia un aumento en el interés por el otro brazo histórico del socialismo, el anarquismo. El anarquismo ya no es marginal. Hoy ocupa un lugar entre las corrientes predominantes del socialismo y dentro de los movimientos que luchan contra la opresión. Junto con el ascenso del anarquismo aumentaron las variantes del marxismo libertario (o autonomista), que pone el acento en la parte libertaria, democrática, humanística y anties-tatista del marxismo.

El crecimiento del anarquismo y del marxismo libertario hizo resurgir el tema de la abolición del Estado. ¿Qué implica ponerle fin al Estado? ¿Cómo puede lograrse? Si el Estado es superado, ¿qué lo puede reemplazar? ¿Algunas de las funciones que tenía el Estado deberían seguir existiendo aun después de su abolición? ¿Es necesario que haya una institución transitoria entre el Estado burgués y una sociedad sin Estado? ¿Cómo se relaciona este objetivo con las experiencias revolucionarias del pasado?

⁵ No estoy sugiriendo con esto que el Islam sea necesariamente reaccionario.

Capítulo 2. ¿Qué es el Estado?

Estas cuestiones, que giran en torno de la abolición del Estado, son el tema central de este libro. Otro es la comparación entre las respectivas posiciones del anarquismo y del marxismo frente a estos interrogantes. Estos temas van a ser analizados a la luz de las luchas revolucionarias, particularmente de la Comuna de París de 1871, la Revolución Rusa de 1917, la Revolución Española de 1936-1939 y la lucha contra el nazismo, en Alemania, a principios de la década del 1930.

Cuando se comparan el anarquismo y el marxismo (el segundo tema) surgen dificultades. El marxismo está basado en la obra de un genio y está nombrado en honor a él. Sus libros son de lectura obligada para sus seguidores. También son de lectura obligada los libros de otros marxistas, como Lenin, Trotsky y Mao (para los leninistas, trotskistas y maoístas). Por otro lado, la relación que el anarquismo como movimiento mantiene con sus figuras fundadores y sus obras es mucho más “libre”. Es decir, nadie se considera proudhoniano o bakuninista. Sus libros son poco leídos. Es un movimiento organizado alrededor de algunas ideas básicas, en lugar de ser un conjunto de proposiciones, como lo es el marxismo. El anarquismo es esencialmente un método. Sin embargo los marxistas presentan igual cantidad de divergencias y están tan en desacuerdo entre ellos como los anarquistas. Como veremos, el marxismo libertario interpretó la noción de la “dictadura del proletariado” o Estado de transición de un modo muy similar al adoptado por el anarquismo.

Yo he sido anarcopacifista (influido por Paul Goodman y Dwight Macdonald), trotskista (una variante del marxismo), y ahora soy anarcosocialista de la línea de la lucha de clases, organizacionista (plataformista). Me identifico con la tradición revolucionaria del anarcocomunismo. A través de todas estas encarnaciones siempre me mantuve en la línea del socialismo libertario y creo en el socialismo “desde abajo”. Como anarquista de formación marxista, creo que hay mucho de valor en la teoría y la práctica marxistas, y que los anarquistas deberíamos aprender de ellas. Como Daniel Guérin podría decir: “Yo creo en el anarquismo militante y revolucionario”, pero también creo en “combinar los mejores elementos del marxismo y las ideas anarquistas” (Avrich, 1995: p. 468). Sin embargo, también creo que, en última instancia, el marxismo tiene fallas básicas, las que se van a discutir más adelante.

Entendido como el poder superior dentro de un determinado territorio, el Estado es una máquina burocrático-militar que se ubica por encima, y separada, del resto de una sociedad dividida en clases, sirviendo a los intereses de la clase dominante. En *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels la describe como una “fuerza pública” que “consiste no sólo en hombres armados, sino también de apéndices materiales, prisiones e instituciones coercitivas de todo tipo...” (1972b: p. 230). Sus funcionarios son “órganos de la sociedad que se ubican *por encima* de ésta... representantes de un poder que los vuelve extraños a la sociedad...” (énfasis de Engels). “El Estado es una organización que protege a la clase poseedora de la clase desposeída” (p. 231).

En el clásico anarquista *El Estado: su rol histórico*, Piotr Kropotkin escribe de manera similar: “El Estado... supone la existencia de un poder situado por encima de la sociedad... *la concentración, en las manos de unos pocos, de muchas de las funciones de la vida de las sociedades...* Todo un mecanismo de legislación y control tiene que ser desarrollado si se quiere sujetar algunas clases a la dominación de otras” (1987: p. 10 énfasis de Kropotkin)⁶.

Este modo de entender al Estado nos conduce a desechar una de las propuestas para su abolición, ampliamente sostenida por los marxistas: en la medida en que el Estado es un instrumento de dominación de una clase sobre otras, afirman que en una sociedad sin clases el Estado, *por definición*, va a desaparecer. Una sociedad sin opresores ni oprimidos, explotadores y explotados tiene que ser, por definición, una sociedad sin Estado. Aun cuando ésta pueda ser una interpretación legítima del marxismo, deja fuera la cuestión de que el Estado es una institución burocrática y coercitiva ubicada por encima de la sociedad. Si una máquina represiva y separada de la sociedad sigue existiendo, no es posible decir que el Estado ha sido abolido. Preservar una institución de estas características solo puede impedir la efectiva abolición de las clases. Una elite, organizada alrededor de esta

⁶ Aun cuando en este capítulo se discute la naturaleza del Estado, no voy a analizar trabajos teóricos más modernos –ni marxistas ni anarquistas– respecto del Estado. Cf. Van der Berg (1998) y Harrison (1983).

institución social, se convertirá a su vez en la clase dominante. Aun si, en teoría, las clases fueran a ser abolidas, una institución tan represiva y elitista volvería a crearlas. Aun cuando la experiencia de los denominados estados comunistas es compleja, sirve para mostrar lo que hay de cierto en esta generalización.

Al mismo tiempo, este modo de describir al Estado simplifica, conceptualmente, la tarea de abolirlo. *No es necesario abolir toda forma de coerción o coordinación social. Lo que debe ser abolido es este particular mecanismo burocrático, socialmente alienado y ubicado por encima de la sociedad*, con sus capas especializadas de funcionarios, políticos, soldados y policías. Con la desaparición de las clases, la sociedad no va a requerir de la opresión, pero es posible que otras funciones sociales continúen siendo necesarias. Como afirma Marx, "... en una sociedad comunista... existirán algunas funciones sociales similares a las que hoy ejerce el Estado..." (*Crítica al programa de Gotha*, en 1974a: p. 235). Si estas funciones –actualmente en manos del Estado–, pueden ser retomadas por la sociedad como un todo, entonces el Estado puede ser abolido y enviado al museo de antigüedades junto al hacha de bronce.

Algunos anarquistas han afirmado que es un error que los oprimidos intenten tomar el poder (¡por supuesto que los defensores del capitalismo acuerdan en que los oprimidos jamás deberían tomar el poder!). Por el contrario, yo creo que será necesario que los oprimidos tomen el poder: esto es, que echen abajo al viejo Estado y a la clase dominante capitalista y que reorganicen la sociedad. Pero es un error que los oprimidos apunten a *tomar el poder del Estado*, esto es, que vuelvan a crear un aparato burocrático-militar. Un sistema político que no necesariamente sea un Estado ha sido denominado "politicidad" por los defensores del programa de la "parecon" (economía participativa) (Shalom, 2004). Como muchos otros, proponen el reemplazo del Estado capitalista por un sistema político organizado a través de consejos populares⁷.

⁷ Algunos dicen defender la idea de "gobierno" pero no la de "Estado". Pero generalmente la palabra "gobierno" es utilizada como sinónimo de "Estado". Tiene en realidad muchos otros usos, que describen su relación con el Estado como tal. Cuando uso la expresión "gobierno" en este trabajo me refiero a la cara del Estado, su personal temporario, la administración oficial que se hace cargo del Estado y habla en su nombre.

No hubo estados durante la mayor parte de la existencia de la raza humana (Barclay, 1990). Los hombres poblaron la tierra desde mucho tiempo antes de que se fundaran los primeros estados. La especie de los *Homo sapiens* (también llamado hombre inteligente) apareció hace 500.000 años. Nuestra particular subespecie, el *Homo sapiens sapiens*, existe desde hace 50.000 años. Durante la mayor parte del tiempo los hombres vivieron en pequeñas comunidades de cazadores-recolectores (también pescadores). Su economía era "comunista" en el sentido de que nadie era el "dueño" de la tierra, las plantas o los animales de los que todos dependían. La gente cooperaba entre sí para la búsqueda y el consumo de los alimentos. La agricultura apareció hace apenas 10.000 años. Se vivía en pequeños y simples asentamientos, todavía esencialmente colectivos. Los estados no aparecieron hasta hace apenas 5.000 años. Casi ayer. Este dato es importante, porque demuestra que el Estado no es un requisito necesario de la existencia humana. Si el Estado tiene una historia, entonces tiene un principio y puede tener un final. Con un poco de suerte podríamos volver a la democracia directa y la economía colectivizada de las llamadas comunidades primitivas, pero en un nivel más alto y con mayor productividad.

Las sociedades preestatales no carecían ni de orden ni de coerción. Todos los integrantes masculinos, por lo menos, de las tribus y las aldeas, estaban armados. Las decisiones eran tomadas a través de la democracia directa ejercida por toda la comunidad (o en algunos casos sólo los hombres). Usualmente el peso de la opinión de la comunidad bastaba para modificar el comportamiento de los individuos que no acataban las decisiones del grupo. Si no bastaba con esto, entonces la comunidad, organizada y armada, podía imponer su voluntad (habitualmente expulsando al villano). Los conflictos entre comunidades se arreglaban, de ser necesario, a través de la guerra. Esta guerra era, de todos modos, muy limitada y de carácter ritual. En todo caso, aquellos que peleaban eran los que decidían si debían hacerlo. No existía un cuerpo profesional de hombres armados viviendo por encima del resto de la sociedad.

La historia de los estados coincide con el surgimiento de la división de clases dentro de las sociedades. Cómo se produjo esta división dentro de la sociedad es una cuestión que excede los límites de este trabajo (y de todos modos nadie está muy seguro al respecto). Probablemente se desarrolló a partir de jerarquías ya existentes tales como hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, el influyente *chamán* y el resto, conquistadores y conquistados u otras divisiones incipientes. En algún punto las sociedades llegaron a producir más de lo que necesitaban para sobrevivir, generando un excedente del que podía vivir una clase dominante. De todos modos el nivel de productividad nunca llegó a ser suficientemente alto para que todos pudieran llevar una vida confortable. Eso sucedería, y sólo en teoría, en los últimos siglos (la Revolución Industrial se produjo hace aproximadamente unos 200 años). Sólo una minoría podía vivir del excedente. De este modo la sociedad se vio dividida en dos clases, una mayoría que trabajaba y una minoría que vivía del excedente producido por la primera. Más adelante la división se radicalizaría aún más.

El Estado se desarrolló junto a la división de clases, cada uno impulsando al otro. En una sociedad dividida, en guerra consigo misma, ya no es posible que todos los individuos integren las fuerzas armadas. Los oprimidos fueron desarmados. Convertidos en esclavos, ilotas o siervos, las masas ya no podían servir para defender a sus amos. Los gobernantes desarrollaron un estrato de vigilantes armados profesionales, así como también uno de vigilantes ideológicos (los sacerdotes).

Este conflicto alcanza su punto más alto en las modernas sociedades capitalistas. Siendo la competencia el valor fundamental, se trata de una guerra diaria de todos contra todos. Los trabajadores están en conflicto con los patrones. Los que tienen poco y nada de dinero están en conflicto con los que poseen más. Cada trabajador compite con todo el resto por su puesto de trabajo. Cada capitalista se encuentra en competencia con el resto de los capitalistas. Las razas y nacionalidades dentro de cada país se encuentran en conflicto entre sí. También hay una guerra de los sexos; cada año en Estados Unidos miles de mujeres son golpeadas o asesinadas en una guerra que los hombres llevan adelante contra las mujeres.

Los capitalistas de cada nación están en conflicto con los de los otros estados, la cooperación internacional es mínima, y sólo en los períodos de paz. Los proyectos de “desarme” fracasaron, y tenían que fracasar. Amenazar y hacer la guerra son funciones claves de los estados nacionales.

Suele decirse que la abolición del Estado produciría el caos. Decir esto es poner las cosas patas arriba. Es el caos del capitalismo el que requiere del Estado. En una sociedad que está en constante competencia y conflicto consigo misma, tiene que haber un Estado que la mantenga armada, de otro modo se disolvería. Una sociedad cooperativa y socializada no requiere de un Estado que haga la función de los aros de metal que mantienen armados los barriles, se mantendría armada por sí misma. La sociedad moderna podría aplicar el potencial productivo de la tecnología moderna para dar a todo el mundo una vida confortable, con suficiente tiempo libre para participar de la toma de decisiones colectivas, y oportunidades de trabajo creativo y no alienado para todos. Una sociedad sin clases como ésa no necesitaría del Estado para existir⁸.

En una sociedad atravesada por clases, conflictiva y competitiva, el Estado juega el papel de un órgano de decisión y coordinación. En el *Manifiesto Comunista* (en realidad el *Manifiesto del Partido Comunista*), Marx y Engels afirman: “El gobierno de los estados modernos no es otra cosa que el comité que ejecuta los intereses de la burguesía” (Draper, 1998: p. 111). Únicamente una institución que se eleve por encima de la sociedad, y que tenga el monopolio de la coacción, puede tomar las decisiones más convenientes para la clase dominante (o al menos para el sector más poderoso de ésta). Por ejemplo, lo que más le conviene a cada patrón es pagar los sueldos más bajos posibles para mantener sus ganancias. Pero si toda la burguesía hiciera lo mismo, eso causaría un descontento masivo, minaría los niveles de educación y motivación requeridos por buena

⁸ A propósito, la palabra “anarquía” es utilizada usualmente por los capitalistas como sinónimos de “caos”, pero an-arquía significa, literalmente, ausencia de gobierno. Del mismo modo mon-arquía significa “gobierno de uno” y demo-cracia “gobierno popular” (del griego *demos* = pueblo).

parte de la industria moderna y destruiría el mercado interno. Pero aun si los patrones de una empresa se dieran cuenta de esto, igual tendrían que tratar de bajar los sueldos, de otro modo sus beneficios serían menores y serían desplazados por la competencia. Sin embargo, el Estado puede imponer una ley de salario mínimo, obligando a todos los capitalistas a acatarla, y solucionando de este modo el problema para beneficio de toda la clase capitalista⁹.

Lo mismo puede decirse de otras acciones que, aun cuando convienen a la clase capitalista tomada en su conjunto, ninguno de los individuos que la integran las tomarían por sí mismos. Éste es el caso de casi todos los modos de regulación de la economía y la industria. El individuo capitalista es a menudo bastante ignorante en cuestiones de economía y política y tiende a preferir sus fantasías reaccionarias antes que a aquellas medidas que efectivamente mantienen funcionando al sistema. Por eso hace falta un Estado que intervenga y los salve de sí mismos.

El ejemplo más famoso en los Estados Unidos fue el *New Deal* impuesto por Franklin D. Roosevelt. Las clases altas lo odiaban (al punto de llamarlo un traidor a su clase), pero fue él quien salvó al sistema capitalista después de la Gran Depresión. A través de una mínima intervención estatal en la economía logró estabilizar el sistema y esquivar una posible revolución (aun cuando fue necesaria la Segunda Guerra Mundial para terminar de recuperar la economía de los Estados Unidos). El Estado no es un simple “agente” de la clase capitalista, sino su principal soporte, e incluso su creador. En esto se fundan las ilusiones liberales y socialdemócratas respecto del Estado. Es cierto que en ocasiones el Estado parece estar actuando con independencia de la clase dominante, o incluso a favor de los trabajadores o del socialismo, pero si vemos el proceso a largo plazo, se ve que en realidad siempre actúa en defensa del capitalismo.

⁹ Por supuesto, algunos sectores de la clase dominante (como los dueños de los *sweatshops* [talleres en países del tercer mundo]) se las arreglan para eludir este tipo de leyes, y aun el monto del salario mínimo tiende a caer por debajo de las necesidades básicas de la clase trabajadora. De eso se trata el capitalismo.

Es claro que estoy rechazando el modelo “pluralista” que predomina hoy en día en la “ciencia política” (por ej. Dahl, 1989). Esta teoría niega que haya una clase dominante, afirmando en su lugar que la sociedad se organiza a través de una serie de “elites” que compiten entre sí (poliarquía). Es cierto que existen intereses en conflicto dentro de la clase dominante, e incluso entre aquellos que no la integran. Es evidente que el Estado se ve presionado desde los sindicatos, las asociaciones de granjeros, las iglesias, los grupos pacifistas, etc. Pero afirmar que el estrato de gente rica, aquellos que dirigen las principales ramas de la industria y la economía, no son más que una de tantas fuerzas que influyen en el gobierno, ponerlos en pie de igualdad con los sindicatos o las minorías, es ridículo (para un refutación detallada de esta tesis cf. Miliband, 1969). A lo largo del tiempo, son los intereses de la clase capitalista los que prevalecen en la sociedad y en el Estado (especialmente los sectores más fuertes de aquélla).

De igual modo rechazo el modelo tradicional de “base” y “superestructura” presentado por el marxismo tradicional. En este esquema la estructura de clases constituye el fundamento autónomo de la sociedad, en tanto que el resto se desarrolla por sobre y en función de esta base. Como lo afirma la historiadora marxista Ellen Meiksins Wood: “La metáfora base/superestructura siempre ha traído más problemas que beneficios” (1995 p. 49). ¿Cómo es posible que el Estado, que es *necesario* para el funcionamiento del capitalismo, aparezca en la superestructura y no en la base? Existen además otras formas de jerarquías junto a la de clase que son meramente superestructurales, tales como las de género, raza, nacionalidad, ecología, etc. Estos diferentes sistemas y subsistemas de dominación se superponen e interactúan entre sí. Así como refuerzan el funcionamiento de la estructura de clases capitalistas, ésta los refuerza a ellos. En lugar de ver la estructura de clases del capitalismo como el *fundamento* del cual se deriva necesariamente todo el resto de la estructura social, yo prefiero entenderlo como un elemento central para entender el funcionamiento de la sociedad¹⁰.

¹⁰ El porqué la estructura de clases es más importante que el resto de las divisiones, así como los modos en que las diferentes jerarquías interactúan entre sí, es algo que excede los límites de este trabajo.

El Estado está por encima de todos los sistemas jerárquicos, manteniéndolos en funcionamiento. Por ejemplo, el Estado puede tener leyes que explícitamente opriman a las mujeres, como las antiguas leyes que penalizaban el aborto, esas leyes que hoy la derecha quiere reponer¹¹. Aún hoy, el Estado norteamericano impone una serie de límites al derecho de abortar, restringiéndolo a partir de los últimos dos trimestres, negándose a cubrir el costo a través del sistema público de salud, y se ha opuesto al derecho al aborto en otros países a través del chantaje de la “ayuda exterior”. Pero, por el momento, el aborto es legal, inclusive existen leyes prohibiendo la discriminación contra las mujeres y aun mecanismos de discriminación positiva¹². Pero a pesar de todo esto, no debemos perder de vista que el grueso de las prácticas discriminatorias del Estado toman vías indirectas. El Estado supone que todos los miembros de la sociedad son formalmente iguales, pero en realidad vivimos en sociedades patriarcales en las cuales las mujeres se encuentran por debajo de los hombres¹³. Aun cuando no es una forma directa de discriminación, este tipo de Estado está reforzando la desigualdad que no reconoce. Hay un dicho famoso que dice: “La ley prohíbe tanto a los ricos como a los pobres vivir debajo de los puentes”. La ley (el Estado) le pide, a las mujeres igual que a los hombres, que prueben “más allá de duda razonable”, que han sido abusados de niños, aun mucho tiempo después de sucedido el hecho. Pero las mujeres no están en la misma situación que los hombres, puesto que suelen ser víctimas de violación o abusos sexuales en una proporción mucho, mucho mayor que los hombres.

María Mies (1986) concluye que la explotación de la clase trabajadora llevada a cabo por el capitalismo no puede funcionar sin el dominio de los hombres sobre las mujeres; y que ambos son piezas esenciales de la dominación de la naturaleza por la sociedad y de los países periféricos por las potencias centrales. Según ella se trata de un único sistema, el “patriarcado capitalista”. En este

¹¹ Se refiere a la situación de los Estados Unidos, donde el aborto es legal en algunos estados. [N. de E.]

¹² Se habla de discriminación positiva cuando el Estado, además de prohibir las prácticas discriminatorias, impulsa medidas para incluir a los sectores discriminados. El ejemplo más común es el “cupos femeninos” en las elecciones legislativas. (N. de T.)

¹³ Este punto fue desarrollado ampliamente por Catherine MacKinnon en el libro *Hacia una teoría feminista del Estado* (1989).

sentido el Estado debe ser entendido como un aparato capitalista y patriarcal. En función de esto llega a la siguiente conclusión: “El movimiento feminista es, fundamentalmente, un movimiento anarquista..., que se propone construir una sociedad sin jerarquías ni centro, en la cual no exista una elite que viva a costa de la explotación o el dominio sobre el resto” (1986: p. 37).

En lo que respecta a la explotación de los negros por los blancos, el Estado solía tener leyes explícitamente racistas, tales como las normas de segregación racial en el sur de los Estados Unidos (las leyes de Jim Crow). Ahora existen leyes que garantizan el voto, prohíben la discriminación, e incluso apuntan a la inclusión de quienes eran discriminados. No obstante, la policía sigue arrestando a la gente por “portación de rostro”. Son numerosos los casos en los que la policía justificó el haber disparado contra ciudadanos afroamericanos diciendo que estaba en “el lugar equivocado” refiriéndose a las entradas de sus propias casas y edificios, llevando una política de terrorismo de Estado contra las comunidades afroamericanas. Mientras tanto, la asistencia pública a los sectores más empobrecidos (tanto afro como europeo-americanos) se ha visto drásticamente disminuida. Tomando todo esto en cuenta no sería incorrecto referirse al Estado burgués como un Estado racista, imperialista, heterosexista o anticologista. Cuando me refiero al Estado “burgués” o “capitalista” me estoy refiriendo al cuadro completo. De todos modos prefiero usar más que nada la expresión “Estado burgués” por dos motivos: en primer lugar creo que todas estas formas de opresión se encuentran unificadas y entrelazadas en la totalidad que representa el capitalismo; en segundo lugar, porque listar en cada oportunidad todos los adjetivos resultaría poco práctico.

La clase dominante encuentra en el Estado un canal más para transmitir su ideología y sus valores capitalistas (que incluyen al sexismo y al racismo). Uno de sus principales objetivos consiste en elevar su ideología como la visión dominante o hegemónica de la sociedad. Necesita construir, a nivel nacional, un consenso a través del cual los oprimidos acepten su opresión. Las escuelas son, fundamentalmente, instituciones estatales. Otros medios

de difusión ideológica no estatales podrían ser las iglesias, los diarios, la televisión, el cine y los deportes, para no nombrar a la familia. Aun cuando éstos no resultan intrínsecamente malos, todos son utilizados por la clase dominante para expandir la ideología de la burguesía. Para que una sociedad dividida en clases pueda funcionar con cierta estabilidad, es preciso que el pueblo quiera seguir haciendo lo que se le dice que haga, y que la intervención armada del Estado se mantenga como un último recurso. Ninguna sociedad podría existir si cada habitante tuviera que tener un policía armado encima. Cuanta más violencia directa necesita ejercer la clase dominante, más precaria es su ideología, y más cercana la revolución.

Los estados totalitarios capitalistas tienden a sostenerse en una única ideología, tal como el fascismo, el comunismo o el socialismo arábigo del *Ba'ath*, que a menudo se proponen como anticapitalistas. Para la difusión de su ideología y la movilización de las masas en su apoyo dependen de un sistema de partido único. Las democracias capitalistas, como los Estados Unidos, también tienen, aunque menos concentradas, sus ideologías: patriotismo, democracia, libertad, libertad de empresa y (durante la Guerra Fría) el anticomunismo. También suelen apelar a los valores religiosos. Desde hace no mucho tiempo la lucha contra el terrorismo (ayudada por los mismos terroristas), ha cobrado un papel central en este sentido. Los partidos políticos sirven para alinear a las masas tras las facciones de la clase dominante que compiten entre sí. Así es que ideologías aparentemente enfrentadas, tales como el conservadurismo y el liberalismo, ambas defensoras del capitalismo, se encuentran ampliamente extendidas. Las elecciones se llevan a cabo regularmente para crear en el pueblo la ilusión de que dirige la sociedad, que es libre y que tiene una verdadera democracia.

Más allá del carácter coactivo del Estado, visible en las fuerzas de seguridad y las prisiones, el Estado burgués constituye también un poder económico. Tiene que tener la potestad de cobrar impuestos para mantenerse a sí mismo, y de gastar dinero aunque más no sea para mantener a sus oficiales y empleados. Tiene que tener la

potestad de emitir dinero. Ya estas tres características le dan una enorme influencia económica. Desde sus inicios el Estado ha recurrido a estos medios y a otros para promover económicamente a la clase capitalista. Los Estados Unidos, por ejemplo, comenzaron con el programa de tarifas de Hamilton para proteger a la industria, con los acuerdos de comercio para proteger a sus mercados y con un banco nacional para proteger el crédito del país. Estas medidas originaron en su momento fuertes conflictos políticos entre los burgueses del Norte y los esclavistas del Sur (éstos se opusieron tanto al Banco Nacional como al sistema de tarifas, así como también a otras medidas tales como los subsidios para los ferrocarriles). En la actualidad la clase dominante norteamericana es bien conocida por su retórica defensa de una libertad de mercado ilimitada; sin embargo no hubo subsidio estatal o recorte de impuestos del que no se haya aprovechado. En particular se ha visto altamente beneficiada por la política armamentista de los Estados Unidos, a través de la cual se desvía la riqueza de la nación hacia los bolsillos de las grandes corporaciones, aquello que el presidente Eisenhower llamaba el “Complejo Militar Industrial”. Fue sólo a través de la presión popular que se introdujeron tibias medidas a favor de los derechos de los trabajadores, de las mujeres o del medioambiente, y aun éstas van siendo debilitadas constantemente, hasta que se las pueda revertir. Mientras tanto, el Estado interviene masivamente en la economía. La Gran Depresión de los '30 le dio la razón a Keynes: el capitalismo puede estabilizarse a sí mismo mientras se mantengan bajos los niveles de productividad y empleo. Sin la intervención esporádica del gobierno, el capitalismo habría caído hace mucho tiempo, hubiera sido rechazado por una furiosa clase trabajadora. Lo que mantiene al sistema funcionando son el gasto público, el déficit deliberado y el control sobre la emisión de moneda.

El Estado es, como lo describía Marx, la “dictadura” de la clase dominante. Esto es, una clase, una minoría dentro de la población, que ejerce su dominio sobre el resto de la sociedad. El Estado es el que pone en funcionamiento este dominio. La dictadura (el gobierno) de una clase no es, de todos modos, lo mismo que la dictadura de una persona o de un pequeño grupo.

Por ejemplo, en la antigua Grecia las distintas ciudades-estado poseían variadas formas de gobierno: monarquías, jefes militares, oligarquías y democracias. Éstas eran las diferentes formas en las que la clase dominante se organizaba para ejercer su dominio sobre la población esclava. Atenas tenía una forma radical y directa de democracia para sus ciudadanos (todos los hombres libres, de familias locales [Finley, 1985]). Aproximadamente 40.000 hombres eran elegibles para votar en la asamblea; usualmente participaban miles. Existían muy pocos puestos electivos (uno de ellos era el de jefe militar). La mayoría de los cargos públicos eran sorteados, del mismo modo que en los EE. UU. se eligen a los jurados. Este sistema funcionaba bastante bien, pero no obstante lo bueno que pudiera tener la organización política de los atenienses, seguía siendo una sociedad esclavista. Atenas era una dictadura, al igual que las peores monarquías de Grecia. Era una dictadura de clase sobre los esclavos, una dictadura *democrática*.

Esto es todavía más cierto para los gobiernos capitalistas. El capitalismo ha existido bajo monarquías, estados policiales, totalitarismos fascistas y bajo variadas formas de democracia restringida. En sus orígenes las democracias capitalistas sólo admitían el voto de los propietarios, aunque gradualmente fueron extendiéndolo al resto de la sociedad, sin distinción de riqueza, género o raza. Lo que el capitalismo necesita es el derecho de propiedad, la libertad de contrato, la libre circulación de bienes en el mercado, la acumulación del capital y el control sobre la fuerza de trabajo. Mientras un Estado garantice estos puntos, se trata de un Estado burgués, sin importar el nombre o la forma que diga adoptar.

Incluso durante el estalinismo (llamado comunismo), el Estado preservó la producción de bienes básicos, la existencia de un mercado interno, la acumulación del capital y la subordinación de la clase trabajadora. Aun cuando los burócratas no podían poseer la propiedad de los medios de producción a título individual, se mantuvo la división entre capital y trabajo. Esto es capitalismo de Estado. Entonces el régimen soviético fue un capitalismo de Estado, aun cuando la clase propietaria adoptara una forma de organización diferente a la que tenía en Occidente (y ésta es una diferencia que eventualmente desapareció en Rusia).

En general la burguesía prefiere una democracia restringida y no hace diferencia respecto de las otras formas de gobierno. Dentro de la clase capitalista existen facciones con diferentes programas: algunos creen que conviene darle unas migas más a la clase trabajadora, otros piensan que habría que conducirlos a golpes de nuevo a sus corrales (con recortes en los servicios sociales y aumento de la represión policial). Pero es a través de las elecciones representativas que estas facciones pueden arreglar sus diferencias sin derramar (demasiada) sangre. Si el líder político se vuelve peligrosamente irracional, es más sencillo sacárselo de encima en este sistema que en una dictadura. Pero lo más importante de todo esto es que la democracia burguesa le da a los trabajadores la ilusión de que controlan la sociedad, de que son libres y se autogobiernan. De este modo, cada dos o tres años el pueblo concurre a las urnas y elige cuál de los agentes de la burguesía que se presentan a elecciones lo va a gobernar. Luego vuelven a sus trabajos y durante el resto del tiempo reciben órdenes de jefes que nunca eligieron.

Para los trabajadores es mejor vivir en una democracia burguesa que en un totalitarismo burgués. Es más fácil vivir, así como organizarse contra los capitalistas, y es más probable que las minorías (como el anarquismo) puedan hacerse oír. Pero aun la mejor de las democracias burguesas sigue siendo, a pesar de todo, una dictadura de clase dirigida por los capitalistas.

Incluso en una democracia burguesa el Estado se eleva por encima de la sociedad, y el poder ejecutivo se eleva por encima del resto del Estado. Los anarquistas sostienen que el Estado posee una lógica y una dinámica propias. Marx y Engels estudiaron el modo en que el Estado se vuelve gradualmente independiente de las clases, cuando ninguna de las dos logra imponerse a la otra. Por ejemplo, cuando tanto los trabajadores como la burguesía son lo suficientemente fuertes para exigir sus demandas, pero no lo suficiente como para hacerse cargo de la sociedad en su conjunto. Marx llamó a esto “bonapartismo”, refiriéndose a la dictadura de Louis Napoleón Bonaparte (sobrino del primer Napoleón). De todos modos, que el Estado adquiera una autonomía relativa no implica que cambie su naturaleza esencialmente burguesa. Continúa reforzando las leyes del capitalismo, los derechos de propiedad privada y la relación capital/trabajo.

Sigue apuntando a los intereses generales de la sociedad, pero nunca dejó de tratarse de una sociedad capitalista.

Los reformistas apuntan a los conflictos dentro del Estado, en particular dentro del poder legislativo. Como resulta posible aprobar leyes “buenas”, tales como las que combaten la discriminación o permiten aumentar el salario mínimo, el reformista cree que el Estado debe ser considerado como un suelo neutral sobre el que se enfrentan la clase trabajadora y la clase propietaria. Por eso consideran que no debe ser destruido, sino democratizado, aumentando las posibilidades de participación de la gente (ej. Laclau y Mouffe, 1985).

Pero este argumento está errado. La gerencia de una empresa capitalista también puede tener conflictos internos. Enfrentados a la presión de los trabajadores (quizá por la presión del sindicato organizado), la oficina de recursos humanos puede llegar a decidir que conviene aceptar una cláusula antidiscriminación y aumentar un poco los salarios. Pero esto no cambia la naturaleza de la gerencia empresarial, que continúa siendo una institución capitalista, y por ende enemiga de la clase trabajadora. Al igual que el Estado, debe ser presionada desde afuera, no tomada. La proporción de dirigentes sindicales que integran los directorios de las empresas no es mucho mayor que la proporción de socialdemócratas que integran el gobierno.

Capítulo 3. ¿Revolución o reforma?

En 1887 el dramaturgo inglés George Bernard Shaw criticó así el antiestatismo: “Entiendo que la destrucción de la maquinaria es un error. Una máquina puede servir tan bien a Jack como a su patrón, si Jack logra sacársela de las manos. La maquinaria estatal tiene sus defectos, pero sirve suficientemente bien al enemigo. Con unos retoques, nos va a servir a nosotros tanto como cualquier cosa que vayamos a poner en su lugar” (citado en Ostergaard, 1997: pp. 123-124). Enfrentado tanto con el anarquismo como con el marxismo, Shaw era el líder de los ultrarreformistas socialistas fabianos. Junto con otros líderes del grupo, como Beatrice y Sidney Webb, impulsó la gradual apropiación municipal y nacional de la propiedad, que bajo el liderazgo de burócratas iluminados, permitiría alcanzar el socialismo de Estado. Ellos sentaron las bases del socialismo reformista del Partido Laborista inglés (que hoy ha sido abandonado en favor de un liberalismo procapitalista). Se opusieron a la Revolución Rusa mientras fue un desordenado movimiento de masas, pero una vez que se impuso el estalinismo se convirtieron en los defensores entusiastas del Estado ruso. Pensaban que Stalin había demostrado muy bien cómo puede funcionar la maquinaria estatal (con algunos retoques) si cae en las manos de funcionarios benevolentes.

Yo quiero ofrecer otra perspectiva. Desde Bakunin el anarquismo revolucionario sostiene que la abolición, la destrucción y la obliteración del Estado son una parte del proceso de desmantelamiento del capitalismo. Luego de la Comuna de París de 1871 (que será discutida más adelante), Marx llegó a la misma conclusión: “... La clase trabajadora no puede simplemente echar mano de la actual maquinaria estatal y redirigirla hacia sus objetivos” (Marx y Engels, 1971: p. 68). Esta afirmación resultó tan fundamental que la repitieron en el prefacio de 1872 para el *Manifiesto Comunista*, y Engels la volvió a incluir en su prefacio para la edición de 1888. Éste fue el *único* cambio que introdujeron en la declaración de sus principios, que era el *Manifiesto*. Marx afirmó que la meta revolucionaria de las masas oprimidas “... ya no sería, como antes, la obtención del control del Estado,

sino *su destrucción* (carta de 1871 a Kugelman, citado en Lenin, 1970: p. 313, énfasis de Marx). Esto significa que, *una vez que la mayoría de la clase trabajadora tome conciencia de la necesidad del socialismo*, deberá destruir al Estado a través de una insurrección armada.

El Estado es uno de los principales sostenes del sistema capitalista. El gobierno de la clase capitalista debe ser destruido y remplazado por un sistema alternativo, porque es inmoral. Unos dan órdenes y otros obedecen, unos gobiernan y otros son gobernados, unos viven del excedente y otros tienen que trabajar duramente. Esto está mal, sin importar qué tan alto o bajo pueda ser el salario de los trabajadores. El problema fundamental del capitalismo no es la pobreza –aunque produce una miseria espantosa–, sino la dominación, el dominio de unos pocos sobre la mayoría. Además sirve de apoyo para otras formas de dominación, como la de los hombres sobre las mujeres y en los EE. UU. de los angloamericanos sobre la gente de color.

Más aún, la economía capitalista es inestable. La economía crece hasta crear burbujas financieras, que luego explotan y arrastran a todo el sistema hacia abajo, en los períodos recesivos. Desde 1970 la economía mundial sigue una tendencia general descendente. El colapso general que produciría una nueva Gran Depresión ha sido evitado, hasta el momento, con medios artificiales, que incluyen enormes gastos militares, el saqueo del medio ambiente y el inflado de la deuda pública y privada. Pero el riesgo de una crisis se mantiene presente. Mientras tanto, el sistema se ha mostrado incapaz para industrializar de un modo sólido y balanceado las regiones más empobrecidas del planeta.

Los estados capitalistas siguen llevando adelante guerras alrededor de todo el globo. Los arsenales nucleares no dejaron de crecer desde el fin de la Guerra Fría, mientras que las grandes potencias se niegan a renunciar a sus bombas atómicas. Sigue presente, y aun aumenta, el peligro de una guerra nuclear mundial que destruya a toda la civilización.

Mientras tanto el capitalismo industrial sigue alterando el balance de la naturaleza, extinguiendo especies, explotando

recursos no renovables, aumentando los niveles de contaminación y de calentamiento global. Después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo generó la ilusión de una nueva era de prosperidad adoptando tecnologías nuevas y peligrosas (Commoner, 1974). Es por esto que la crisis económica se transformó también en una crisis ecológica. Los efectos de este proceso no sólo nos amenazan con la extinción de la humanidad, sino también de toda forma de vida. El capitalismo lleva dentro de sí un impulso desenfrenado de acumulación y crecimiento (cuantitativo), de aumentar las ganancias, sin importarle las consecuencias que esto pueda tener para la Tierra y los que la habitamos.

En pocas palabras, el sistema capitalista (y su Estado) es inmoral y peligroso para la humanidad; y por lo tanto debe ser destruido si queremos sobrevivir y desarrollarnos culturalmente¹⁴.

Sería bueno que el cambio del capitalismo hacia un socialismo sin Estado pudiera ser realizado por medios pacíficos, legales y progresivos. Si esto fuera posible, todo el mundo elegiría esta vía, por cierto que yo lo haría. Como escribió Thomas Jefferson en la Declaración de la Independencia para justificar la revolución: “... La experiencia nos muestra que la humanidad se encuentra más dispuesta a sufrir, mientras los males sean sufribles, antes que darse sus derechos por la abolición de las formas a las que están acostumbrados...” (Declaration of Independence, 1996: p. 4). Una revolución armada es una cosa incierta; y su precio “... en nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado honor...” (1996: p. 13) es enorme. Aun así la clase capitalista se ha impuesto a partir de una serie de revoluciones: la inglesa (liderada por Cromwell), la norteamericana de 1776, la francesa de 1789 y las latinoamericanas (dirigidas por Bolívar y otros), y eso sólo para nombrar las más importantes (yo incluiría también la guerra civil norteamericana).

¹⁴ Los argumentos morales esgrimidos aquí son típicamente anarquistas, Marx no los tenía en cuenta por considerarlos “utópicos”. Los argumentos en torno de la “necesidad histórica” de superación del capitalismo son típicamente marxistas; Marx analizó en profundidad las dificultades económicas y bélicas producidas por el capitalismo, pero dejó de lado las consecuencias para el medioambiente.

¡Y ahora la burguesía tiene la pretensión de calificar de inmorales los procesos revolucionarios! Lo que se está proponiendo es un cambio mucho más grande que los anteriores, es el fin de todas las clases y los estados, y eso va a exigir el levantamiento más grande de todos.

Shaw y otros proponían que los trabajadores fueran ganando gradualmente la mayoría de los votos y así pudieran tomar el control de los gobiernos democrático-burgueses. Recién entonces su partido podría utilizar el control sobre el Estado para introducir un programa socialista, fundamentalmente a través de la nacionalización de la economía. Esto es lo que se conoce como “la vía parlamentaria al socialismo” (ya que, a diferencia de los Estados Unidos, la mayoría de las democracias capitalistas poseen sistemas parlamentarios). Hay varias razones por las cuales esta vía reformista nunca funcionó y nunca logrará funcionar.

Para empezar, no es fácil ganar poder electoral. Participar en las elecciones requiere grandes cantidades de dinero, lo que otorga a los capitalistas una ventaja fundamental. Existen también una serie de obstáculos legales, tales como los sistemas electorales de suma cero por circunscripción. Los Estados Unidos tienen uno de los peores sistemas. Los distritos electorales son manipulados de tal modo que los representantes casi siempre resultan reelegidos. El Congreso tiene dos cámaras, diputados y senadores, y esta última asigna dos senadores a cada Estado, sin importar el tamaño y la población de cada uno. Las elecciones se alternan, de tal modo que la mayoría nunca puede tomar una decisión sobre todo el sistema a la vez. Las elecciones de presidente se realizan a través de un colegio electoral, de tal modo que las minorías quedan excluidas en estas elecciones. Los cargos de senador duran seis años, y los de jueces son vitalicios. Junto a todos estos defectos, se encuentra un enorme gobierno no elegido, la burocracia, compuesta tanto por los funcionarios civiles como por la policía y el ejército.

Sin embargo, partidos denominados socialistas (socialdemócratas) han sido elegidos en varios países europeos y en otras partes del mundo. Pero aun cuando llegan al gobierno, rara vez ejercen un verdadero control sobre el Estado, siendo siempre controlados por la oposición en el Parlamento, el poder judicial, los funcionarios civiles y los militares. Y aun si controlaran el

gobierno, no podrían controlar la economía. No pueden hacer otra cosa que administrar un sistema capitalista, lo que hace cuanto menos difícil la aplicación de políticas socialistas. Si se ponen muy radicales, los capitalistas tienen muchas formas de presionarlos. Es muy peligroso para un gobierno el “perder la confianza” de la clase capitalista. Éstos podrían generar un *lockout*, dejando de invertir, enviando divisas al exterior y cerrando sus fábricas. Una administración socialista podría solucionar esto expropiando las empresas privadas, pero eso iría en contra de sus propios compromisos reformistas. En su lugar, cada vez que ha tenido lugar un proceso de esta clase, los socialdemócratas se han rendido al capitalismo, abandonando su programa socialista (que de todos modos era más que nada retórico). De otro modo, perderían las elecciones siguientes, por los votos de la clase media descontenta y por los trabajadores desempleados debido al *lockout*. Esto ha sucedido una y otra vez.

Pero, ¿qué pasa si los socialistas son muy radicales para los capitalistas, o si los capitalistas sienten que no pueden conceder la más mínima reforma? Entonces los capitalistas abandonarían la democracia burguesa, a pesar de los beneficios que obtienen de ella. En ese caso les pagarían a psicópatas para organizar movimientos de masas de clases medias desmoralizadas y mejor aún, de clases trabajadoras. Estos fascistas aterrorizarían a los socialistas y a los sindicalistas sacando a los socialistas de las calles y asesinando a sus líderes. Los odios raciales aumentarían. Los militares se sentirían avalados para realizar un golpe. Las elecciones serían canceladas. Una dictadura sería instalada. Una vez que los fascistas y/o los militares tomasen el poder, habría un ataque sobre la izquierda, un baño de sangre de activistas y también de trabajadores. Luego de años de tiranía, sería reinstaurada una democracia limitada, una vez que la izquierda fuese efectivamente desarticulada. Esto no es especulación. Estas políticas fueron llevadas a cabo en Italia en los '20, España en los '30, y en otros países de Europa de la época. También fueron llevadas a cabo en Chile en 1973 contra el gobierno de Allende, en América Central y alrededor del globo, una y otra vez. La única manera de prevenir estas dictaduras fascistas es que los trabajadores se preparen para luchar y defenderse a ellos mismos y a sus derechos

democráticos, y en última instancia luchar para tomar el poder y establecer un autogobierno de los trabajadores.

La primera elección a la que le presté atención fue la carrera presidencial de 1964 entre el demócrata Lyndon Johnson y el republicano Barry Goldwater. Era el comienzo de la larga estancia en el poder del derechista Partido Republicano. Aunque era muy joven para votar, le presté atención al debate entre los socialistas acerca de si apoyar a Johnson (Harrington, 1964; McMahan, 1964). Me convencí de que la visión más moderada, socialdemócrata, era la correcta: era necesario apoyar a Johnson porque Goldwater haría cosas terribles como expandir la guerra en Vietnam. Esta postura fue defendida por Michael Harrington (1964), quien sostenía que habría una “realineación política” en la cual el ala derecha y los racistas del Partido Demócrata se concentrarían en el Partido Republicano, mientras que los demócratas se convertirían en el partido de los sindicatos, la gente de color y los progresistas. Johnson ganó las elecciones muy fácilmente. Luego extendió la guerra en Vietnam, enviando muchas más tropas y comenzando el bombardeo de Vietnam del Norte. Yo me sentí desilusionado y sorprendido. Era demasiado temprano para ver que la realineación política ocurriría en realidad, captando la extrema derecha a los republicanos. Pero los demócratas, en vez de convertirse en el partido de los trabajadores y los oprimidos, también se movieron hacia la derecha, justo detrás de los republicanos. Pero ya vi suficiente acerca de cómo Johnson llevó adelante la guerra. Desde ese momento no voté nunca más por un candidato de un partido mayoritario, y raramente volví a votar por algún candidato. No pueden engañarme dos veces.

En tanto movimientos, tanto el anarquismo como el marxismo han tenido alas revolucionarias y reformistas. Aquellos que apuntaban a la destrucción del Estado burgués y aquellos que apuntaban a trabajar a través, o alrededor del Estado existente. La cuestión *no* es luchar por las reformas en sí mismas, cambios que harán la vida de alguna manera mejor bajo el sistema capitalista. Los revolucionarios usualmente apoyan luchas

por reformas en el sistema. Reformas que incluyen mejores salarios, el derecho a formar sindicatos, menor discriminación a los afroamericanos o mujeres y mayores libertades civiles. Las reformas son buenas para las personas. Las luchas por ellas, ganadas o perdidas, generan conciencia en los trabajadores acerca de la necesidad de una revolución. Pero el *objetivo estratégico* de los revolucionarios es la destrucción del Estado burgués.

Siempre ha habido un ala reformista dentro del anarquismo; desde los tiempos de Pierre Joseph Proudhon, la primera persona que se llamó a sí misma “anarquista”, a Paul Goodman, el escritor anarquista más conocido de los años sesenta (Goodman, 1994). Tales enfoques creen que una serie de pequeños cambios sociales, nuevas formas de relacionarse unos con otros, nuevas ideas y pequeñas instituciones podrían gradualmente, si no drásticamente, cambiar la sociedad. Algunos ven esto como una batalla de nunca acabar, con el anarquismo como la oposición permanente a las instituciones autoritarias (Barclay, 1990). Señalan que la sociedad nunca será perfecta y los seres humanos tendrán conflictos, fallas e imperfecciones. Esto es cierto, aunque es imposible saber los límites a las mejoras humanas. Pero no contradice la posibilidad de crear una nueva y vastamente mejor forma de sociedad. Ha habido ya bastantes sistemas sociales generación tras generación, desde sociedades sin clases y sin estados de cazadores-recolectores hasta sociedades de esclavismo, feudalismo y capitalismo. ¿Por qué no podría haber otro sistema social? ¿Se terminaron los cambios? Nosotros no deseamos abolir todas las imperfecciones humanas; sólo el riesgo de guerras nucleares subvencionadas por estados nacionales.

Otros anarquistas creen que el resultado de cambios graduales será una nueva sociedad, más o menos similar al comunismo anárquico. A veces se ven a sí mismos como revolucionarios porque desean cambiar el capitalismo por una sociedad diferente. De todas maneras esto es reformismo clásico. Se asume que no hay necesidad de un cambio cualitativo al ir de un sistema al otro. Se espera hacer la corrida final delante de las narices de la clase capitalista. Asumiendo que el Estado no intervendría para defender al capitalismo, niega la necesidad de confrontar al Estado.

El peor ejemplo de anarquistas que se ajustaron al Estado capitalista ocurrió cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Como los líderes marxistas, quienes apoyaban a sus gobiernos, un grupo de anarquistas prominentes, incluido Kropotkin, adhirieron al bando de los aliados de la guerra imperialista. El principal anarquista individualista, Benjamin Tucker de los EE.UU., también los apoyó. Eso mismo hizo la Confederación General del Trabajo francesa, la cual había sido principalmente construida por anarcosindicalistas (aunque no estaba en ese momento liderada por ellos). A diferencia de los marxistas, sin embargo, una mayoría de anarquistas se opusieron a la guerra. Errico Malatesta (1984) escribió una severa condena de Kropotkin y sus amigos, llamándolos “anarquistas gubernamentales”. En su conjunto, estos eventos demostraron por qué era necesaria la más decidida oposición al Estado imperialista.

La principal tendencia reformista dentro del anarquismo ha consistido en el intento de construir instituciones alternativas, particularmente cooperativas de productores y consumidores y pequeñas comunas (comunidades intencionales). Tales instituciones podrían ser construidas por varias razones, pero para el anarquismo reformista una razón es estratégica: construir las para que crezcan y se federen hasta que reemplacen al capitalismo y al Estado. Esto fue propuesto por primera vez por Proudhon. Este enfoque no necesariamente recurre al Estado pidiendo ayuda (aunque algunas versiones lo hacen) pero se espera que el Estado sea al menos neutral, permitiendo que las instituciones alternativas lo reemplacen. Más que confrontar al Estado y al capitalismo, se espera esquivarlo pacíficamente, sin necesidad de una revolución. Esta visión es coherente con la de aquellos que quieren usar la maquinaria estatal. El mismo Proudhon, durante la revolución de 1848, se postuló y fue elegido para la legislatura francesa, donde no logró nada.

Las cooperativas y otras instituciones alternativas son excelentes. Pueden hacer mucho bien por sus miembros y por la comunidad. Es muy difícil encontrar algún emprendimiento

económico que no haya sido manejado exitosamente por una cooperativa de consumidores o productores (trabajadores). Pueden ser citadas cuando se argumenta sobre la posibilidad de una economía democrática y cooperativa. Sin embargo, los revolucionarios rechazan la idea de instituciones alternativas como una *estrategia*¹⁵.

El principal problema de las cooperativas, a lo largo de la historia, ha sido que *fallan por su propio éxito*. Funcionan bien y entonces son absorbidas dentro de la economía capitalista como formas subsidiarias. Las tiendas cooperativas venden comida saludable pero pueden terminar explotando a trabajadores no sindicalizados. Las cooperativas de trabajadores funcionan tan bien que cuesta mucho que entre nueva gente; los miembros más antiguos pueden querer vender el negocio a una empresa capitalista por una ganancia enorme. Otras cooperativas simplemente se adaptan. Yo vivo en una casa cooperativa. Está manejada por un grupo de hombres de negocios jubilados y directores de escuela; no ha habido necesidad de contratar un administrador profesional. Pero, como todas las otras casas cooperativas o condominios, ¡no es ninguna amenaza para el sistema capitalista! Los ejemplos de comunidades intencionales anarcocomunistas más exitosos han sido los colectivos *kibbutz* de Israel. Lejos de amenazar al capitalismo, han sido una parte importante del Estado colonial sionista que expropió a los árabes palestinos.

¿Qué tal si las cooperativas, colectivos y otras instituciones alternativas se volvieran una amenaza para el capitalismo? Los capitalistas no son tan estúpidos como para no darse cuenta de esto a tiempo. El mercado, aún más que el Estado, es el campo de juego de los capitalistas. Para avanzar, es necesario adaptarse. Cualquier institución que es demasiado “alternativa” no conseguirá préstamos, publicidad, productos que comprar o vender, etc. Si se vieran suficientemente amenazados, los capitalistas podrían hacer una campaña de propaganda sobre los malvados efectos de las cooperativas, que supuestamente socavan la libertad de empresa. El Estado podría sacar leyes limitándolas o incluso declarándolas ilegales. Por ejemplo, hace unos años los

¹⁵ Por algún motivo, esta estrategia es a menudo confundida con el concepto revolucionario de “doble poder”, que será discutido en el capítulo sobre la Revolución Rusa.

grandes bancos comenzaron a quejarse de las cooperativas de crédito. Éstas son bancos cooperativos sin fines de lucro, controladas por sus miembros, y muchas veces apoyadas por sindicatos y otras organizaciones populares. Funcionan muy bien. Los grandes bancos capitalistas afirmaban que las cooperativas de crédito recibían demasiadas exenciones impositivas y regulatorias. Querían que las leyes fueran más estrictas para las cooperativas de crédito, y lo consiguieron. Éste es un ejemplo menor.

Las cooperativas y otras instituciones alternativas tienen muchas virtudes, pero como estrategia para derribar al capitalismo, no funcionarán. No hay alternativa a la confrontación directa y de masas contra el Estado, tarde o temprano.

El reformismo anarquista a menudo se superpone con el pacifismo absoluto. Esto ha sido propuesto por muchos anarquistas, como León Tolstoi y Paul Goodman. Rechazar el pacifismo no significa estar “por” la violencia. Más del 99,99 % de la raza humana cree que hay momentos en que la violencia es, desafortunadamente, necesaria. Lo mismo piensan los anarquistas no pacifistas.

En la actualidad la mayoría de los anarquistas rechazan el “terrorismo”, esto es, el uso de la violencia contra los políticos, los ricos, la policía o las muchedumbres. Hubo un tiempo, en el siglo XIX, antes de la Primera Guerra Mundial, en el que una minoría de anarquistas utilizó estos métodos, matando a algunas cabezas coronadas de Europa. En nuestro tiempo, el Unabomber, que se identificaba a sí mismo como anarquista, se hizo tristemente conocido por enviar cartas bomba para volar personas (la mayoría gente de bajo nivel; los ricos tienen empleados para abrir su correspondencia). Tales actos a menudo hacen que la gente común reaccione apoyando la represión del Estado (algo que sucedió en los Estados Unidos después del 9/11). En 1891 Kropotkin resumió la experiencia del siglo XIX con el anarquismo terrorista, “... No son estos actos heroicos los que hacen revoluciones. La revolución es sobre todo un movimiento de masas... Instituciones enraizadas en siglos de historia no pueden ser destruidas por unos kilos de explosivos. El tiempo para tales acciones ha pasado y el

tiempo para la idea anarcocomunista de penetrar en las masas ha llegado” (citado en Tuchman, 1994: p. 72).

El rechazo al “terrorismo” no justifica, sin embargo, el pacifismo absoluto. Los métodos no violentos son a menudo útiles, incluso durante las revoluciones, tales como abandonar el trabajo en una huelga o usar la “propaganda” para persuadir a las tropas del otro lado. Pero hay límites a la no violencia. La no violencia podría funcionar en situaciones en las cuales los conflictos son limitados. Así fue que Gandhi pudo expulsar a los británicos de la India, pero porque ellos sabían que podrían continuar invirtiendo capital británico en una India independiente. Pero algunos conflictos son irreconciliables; deben ser luchados para terminarse. O bien la clase capitalista seguirá mandando o bien la clase trabajadora la derrotará y tomará las riendas. No hay puntos intermedios. Ni tampoco funcionará la no violencia contra un enemigo sin misericordia, como los nazis. Las campañas no violentas pueden ser aplastadas por un enemigo que esté preparado para matar y matar y matar a los manifestantes no violentos. Esto sucedió con la lucha no violenta por la libertad en Sudáfrica en los años cincuenta, después de lo cual hubo un vuelco hacia una lucha armada. De manera similar los kosovares intentaron la resistencia no violenta por años contra los serbios antes de volverse una fuerza armada. Si el movimiento de Martin Luther King hubiera sido confrontado solamente por los blancos establecidos al sur de EE.UU., sin la intervención de la clase dominante nacional de EE.UU., éste hubiera sido ahogado en sangre. La no violencia usualmente usa las noticias nacionales e internacionales para propagar sus historias; un régimen suficientemente represivo podría suprimir todas las noticias de las luchas no violentas.

La no violencia también depende de la violencia, aunque más no fuere como trasfondo. Los británicos no pudieron reprimir el movimiento de Gandhi porque estaban debilitados por la Segunda Guerra Mundial. El ejército japonés los había ablandado para Gandhi. Los imperialistas británicos sabían que si Gandhi fallaba, tendrían que enfrentarse a una violenta lucha de liberación nacional. Era mejor llegar a un acuerdo con el Partido del Congreso. De manera similar, el movimiento por los derechos civiles de King descansaba sobre un trasfondo amenazante de

violencia de masas (simbolizado por Malcolm X). Esto eventualmente explotó y se hizo realidad con las rebeliones de los *ghettos* del Norte (llamadas “revueltas”), que ganaron las leyes nacionales antidiscriminación... Una vez que las leyes por derechos civiles fueron aprobadas, por supuesto, fueron implementadas por el gobierno, usando las cortes y la policía, esto es, por la violencia estatal. La no violencia hubiera sido en vano sin esta violencia.

Marx y Engels fueron revolucionarios, pero las raíces del reformismo marxista yacen en lo profundo de la teoría marxista. Marx era un editor de periódicos en Alemania, luchando una “cruzada” por la democracia burguesa más avanzada posible, tanto contra el Estado prusiano como contra los vacilantes liberales. Esto era verdad tanto antes como después de que se volviera un revolucionario socialista (un marxista). En Inglaterra, él y Engels fueron cercanos a los líderes del movimiento cartista, el movimiento de trabajadores que apoyaba la cada vez más extendida democracia parlamentaria. La estrategia de Marx y Engels era luchar por un Estado burgués radicalmente democrático (que hubiera requerido revoluciones contra la mayoría de los regímenes europeos monárquico-burocráticos y semi-feudales de la época). Entonces los trabajadores usarían sus derechos democráticos para elegir sus representantes, quienes implementarían un programa socialista (como el que se da al final de la sección II del *Manifiesto Comunista*). El *Manifiesto* resume: “...El primer paso en la revolución hecha por la clase trabajadora, es elevar al proletariado a la posición de clase dominante, para *ganar la batalla por la democracia*” (en Drapper, 1998, p. 155; mi énfasis). Se refiere a que esto se convierta en “...el Estado, por ejemplo el proletariado organizado como la clase dominante” (ídem). Era el Estado el que eventualmente se desvanecería.

Durante el levantamiento de 1871 en París conocido como la Comuna, Marx observó lo que los trabajadores de París hicieron para reorganizar sus estructuras políticas y aprendió de ellos. Extrapolando lo que ellos hicieron en 72 días, él logró un entendimiento más profundo del Estado y la revolución (lo

que será discutido en el próximo capítulo). Concluyó que no era posible votar el socialismo. No había una “vía parlamentaria al socialismo”. Incluso los estados capitalistas más democráticos deberían ser aplastados y reemplazados por una estructura como la de la Comuna.

Sin embargo no modificó sus políticas a partir de estos nuevos descubrimientos. En lugar de eso, aumentó su énfasis en trabajar dentro del Estado existente. Le propuso a la Asociación Internacional de los Trabajadores (la Primera Internacional), que buscara construir partidos políticos de trabajadores en todos lados, para presentarse a elecciones. Marx y Engels sostuvieron que la Comuna había mostrado a los trabajadores la necesidad de tomar el poder político. Para que esto tuviera un significado, los trabajadores necesitarían formar sus propios partidos políticos, separados de los varios partidos burgueses, no importa cuán liberales éstos fueran. Organizada en estos partidos la clase trabajadora iniciaría la contienda por el poder al presentarse en las elecciones. Obtuvieron una resolución a estos efectos en el documento “Acción Política de la Clase Trabajadora” aprobado en septiembre de 1871 en la Conferencia de Londres de la Internacional (Marx, 1974a).

Nueve años más tarde, Marx escribió una introducción al programa de un nuevo partido de trabajadores franceses en la que afirmaba que, “...la apropiación colectiva sólo puede proceder de una acción revolucionaria de la clase de los productores —el proletariado— organizado en un partido político independiente, ...el sufragio universal... será por ende transformado del instrumento de fraude que ha sido hasta ahora a un instrumento de emancipación; los trabajadores socialistas franceses... han elegido, como los medios de organización y lucha, entrar a elecciones...” (1974a, pp. 376-377). Este programa fue aprobado a pesar de las objeciones de sus miembros anarquistas. Ellos no creían que las elecciones dejarían de ser medios de fraude burgués para volverse instrumentos de emancipación sólo porque un partido socialista de los trabajadores decidiera usarlas para la organización y la lucha.

Dejando de lado los conflictos entre personalidades y los asuntos organizativos, esta estrategia electoral se convirtió en la principal disputa política entre Marx y los anarquistas.

Marx sostenía que los anarquistas estaban ignorando la importancia de la toma del poder por los trabajadores y la mejor manera de resolver el problema era, específicamente, a través de elecciones. Los acusó de ser “políticamente indiferentes”.

Por su parte, los anarquistas acusaron a los marxistas de estar capitulando ante el Estado capitalista, de ignorar la influencia corruptora de la participación electoral y, aún más, de estar siendo elegidos para los parlamentos burgueses. Los representantes electos se acostumbrarían a vivir bien y mezclarse con los ricos. El solo hecho de presentarse requiere que el partido proponga políticas para manejar el Estado y para dirigir la economía capitalista, empezar a pensar como políticos burgueses. En tiempos de paz la mayoría de los trabajadores no son revolucionarios; tratar de ganar sus votos significa acomodarse a su conciencia reformista. Algunos marxistas estuvieron de acuerdo con este antielectoralismo, como el británico William Morris, quien estuvo activo durante los últimos años de vida de Engels. Al construir los partidos socialdemócratas de Europa, Marx y Engels estuvieron, en los hechos, aliados con sus enemigos políticos, los reformistas. Esto es, Marx y sus seguidores querían construir partidos para hacer revoluciones mientras que sus aliados querían hacer partidos de trabajadores para prevenir las revoluciones.

No queda claro, al menos para mí, cuál fue la estrategia de Marx y Engels para las elecciones. Marx dijo en algunas ocasiones que creía posible que los partidos de los trabajadores tomaran el poder de manera pacífica en países como Gran Bretaña y EE.UU. Dudo que haya tenido razón incluso en eso, pero de todas maneras él generalmente matizaba esto al predecir que sería seguido por una rebelión de “dueños de esclavos”. Quería decir que los eventos serían similares a los que ocurrieron cuando Lincoln fue elegido democráticamente en los EE.UU. Los dueños de esclavos, en lugar de aceptar el resultado de las elecciones, se levantaron, se llevaron a los mejores oficiales militares e intentaron derrocar al gobierno y quebrar al país. A esto le siguió una guerra civil tan sangrienta y amarga como cualquier revolución de abajo hacia arriba. En la mayor parte del mundo

industrializado (en ese momento, Europa), Marx creía que las revoluciones violentas probablemente fueran necesarias porque los capitalistas no permitirían cambios democráticos, pacíficos. Lo que no me queda claro es cómo pensaba hacer una revolución ganando las elecciones.

Engels explicó su punto de vista. Afirmaba que los trabajadores mostrarían su capacidad política a través del grado en que se organizaran en partidos independientes de la clase poseedora. “De esta manera, es el sufragio universal el que mide la madurez de la clase trabajadora. No puede ser ni será más que eso... El día en que el termómetro del sufragio universal muestre el punto de ebullición entre los trabajadores, ellos, al igual que los capitalistas, sabrán dónde se encuentran” (1972a; p. 232). Francamente, esto parece inadecuado. Por un lado, reconoce que mediante una votación no se puede cambiar el Estado ni la economía (“no será más...” que una medida de la opinión pública). Por otro lado..., ¿qué?

Hoy en día tenemos más de un siglo de experiencia con el electoralismo marxista. La evidencia histórica muestra que los antielectoralistas tenían razón. En Alemania y en otras partes del mundo, los socialdemócratas construyeron partidos que se decían marxistas y revolucionarios (excepto el Partido Laborista inglés, que nunca dijo ser ninguna de esas cosas). Decían, pero no hacían. Mientras tanto llevaban al Parlamento una batería de políticos, construían una burocracia de partido que vivía mucho mejor que los trabajadores comunes y construían una burocracia sindical similar. Publicaban periódicos y patrocinaban toda clase de clubes populares y sociedades para los trabajadores; cómo alguna de todas estas cosas iban a guiarlos hacia un cambio revolucionario, no era considerado. Algún día, se suponía, la economía capitalista iba a tener una crisis, el humor de los trabajadores alcanzaría el “punto de ebullición”, y en ese momento ocurriría una revolución. Algún día. La mayoría de los funcionarios consideraron esto como irrelevante para las acciones cotidianas. Incluso se desarrolló una corriente reformista (o “revisionista”), guiada por Eduard Bernstein, quien alguna vez fue socio cercano a Engels. Insistía en abandonar el objetivo final del socialismo para abocarse a luchas limitadas a beneficios cotidianos.

Luego, en 1914, irrumpió una guerra imperialista en Europa y en el extranjero. Los partidos socialistas que habían jurado hermandad ahora votaban por las políticas de guerra de sus gobiernos, en Alemania, Francia, Gran Bretaña y otros países. Esto fue un shock muy grande para mucha gente de izquierda (como Vladimir Ilich Lenin). Incluso la mayoría de los socialistas que criticaban la guerra se negaron a condenar a sus hermanos y hermanas que estaban a favor de ésta, salvo unos pocos extremistas de izquierda.

Después de la guerra, los líderes socialdemócratas buscaron sabotear la Revolución Rusa, luego derrotar las revoluciones que se desataron en Alemania, en Italia y en otros lugares. Los líderes socialdemócratas alemanes se aliaron con el ejército y asesinaron a Rosa Luxemburgo y a Karl Liebknecht y a varios otros revolucionarios socialistas. En los veinte y treinta, los socialdemócratas no pudieron presentar combate a los nacientes fascismos, incluyendo a los nazis (la incapacidad de los socialdemócratas en Alemania y España para pelear contra el fascismo se discutirá más tarde). Pasada la Segunda Guerra Mundial se volvieron los mejores seguidores del imperialismo de EE.UU en la Guerra Fría. Para este momento han abandonado completamente todo discurso por la creación de un nuevo sistema social. “Socialista” o “laborista” es algo que quedó en sus nombres. Son simplemente partidos capitalistas, apenas de centroizquierda.

Durante la Primera Guerra Mundial, Lenin y otros se dieron cuenta que la socialdemocracia había sido un fracaso. Lenin quiso comenzar de vuelta con el marxismo, reviviendo su espíritu revolucionario. Después de que sus bolcheviques tomaron el poder en el imperio ruso, Lenin estableció la Internacional Comunista, aspirando a construir secciones (partidos) a lo largo y ancho del mundo. Existieron 21 famosas condiciones para los partidos que desearan afiliarse a la Internacional Comunista. Una era participar en las elecciones. Lenin no creía que las elecciones al Parlamento pudieran llevar a un cambio social pacífico y legal (¡ni siquiera en los EE.UU.

o Gran Bretaña!). Pero pensaba que presentarse para las elecciones podría dar oportunidades para hacer propaganda revolucionaria para los nuevos partidos comunistas. Servir en los parlamentos sería una plataforma incluso mejor para la propaganda política. Los candidatos comunistas dirían, una y otra vez: *¡Necesitamos una revolución! ¡Solo una revolución de los trabajadores resolverá nuestros problemas sociales!*

También creía que había tiempos durante los cuales los comunistas podían apoyar a un partido reformista para las elecciones, al mismo tiempo que criticarlo vigorosamente (esto en una época en que los partidos socialdemócratas aún se proclamaban socialistas). Los comunistas deberían apoyar a los reformistas populares para poder exponerlos por fallar y no poner en práctica sus promesas socialistas. Afirmó que los comunistas apoyarían a los socialdemócratas “como una sogá soporta a un ahorcado”.

A lo largo y ancho del mundo, una gran minoría de activistas de pensamiento revolucionario se vieron atraídos a la Internacional Comunista, incluidos varios antiguos anarquistas. Al principio una mayoría de estos nuevos comunistas no estaban de acuerdo con el deseo de Lenin de usar las elecciones. No siempre se ve con claridad que Lenin (y compañeros bolcheviques como Trotsky) se encontraban a la derecha del primer movimiento comunista. Lenin escribió un folleto famoso contra los comunistas de izquierda, *Comunismo de izquierda, una enfermedad infantil* (en Lenin, 1971). En este debate, el asunto de participar en el Parlamento y elecciones se mezclaba con otros asuntos como el participar o no en los sindicatos existentes (oponiéndose a los liderazgos socialdemócratas de los mismos). Otro asunto, aunque no tratado en este libro, era sobre el apoyo a las luchas de liberación nacional (oponiéndose a la ideología del nacionalismo). Estos temas no están necesariamente conectados. Yo personalmente pienso que Lenin estaba en lo correcto sobre la participación en sindicatos y respecto del apoyo al derecho de las naciones oprimidas a la autodeterminación en contra del imperialismo, mientras que estaba equivocado en el electoralismo. De todas maneras Lenin ganó el debate dentro de la Internacional Comunista en todas estas temáticas. Más tarde, algunos de los comunistas de izquierda fueron partidarios de romper con la Internacional, haciendo foco en otra cuestión.

Ésta era su oposición al establecimiento de una dictadura de partido único (un Estado-partido) por los comunistas en Rusia. En su lugar destacaban la importancia de los consejos (soviets) como la base del poder de los trabajadores. Se hicieron conocidos como comunistas consejistas.

El historial del electoralismo del Partido Comunista es sombrío, como lo es el de los socialdemócratas. La única diferencia entre ambos es la manipulación de la burocracia estalinista rusa hacia los partidos comunistas en función de sus propios intereses en política exterior. Aparte de eso, los partidos comunistas fueron corrompidos por el proceso electoral. Un partido puede concentrarse en el mensaje revolucionario por un tiempo, cuando parece que la revolución se encuentra a la vuelta de la esquina. Pero en un período pacífico extenso, la conducción del partido tuvo que adaptarse. Debió ofrecer propuestas de reformas prácticas para satisfacer a sus votantes, aunque sólo fuera por eso. Mientras tanto se desarrolló una capa de políticos y funcionarios comunistas profesionales. Ahora, con el colapso final de la Unión Soviética, los partidos comunistas son libres para poder alcanzar su máximo esplendor. Cada uno de ellos ha adoptado un programa de reforma de la así llamada “economía mixta” (o sea, el mantenimiento del capitalismo). Son, simplemente, nuevos socialdemócratas.

Desde Proudhon existen anarquistas que han intentado usar los métodos electorales. Murray Bookchin es un prominente escritor anarquista, que ha hecho muchos aportes valiosos, especialmente sobre la integración de la teoría anarquista y la ecológica. Sin embargo, también desarrolló un programa llamado “municipalismo libertario” (Biehl, 1998; Bookchin, 1986a). Una parte clave de su propuesta incluye presentarse a elecciones en pueblos y ciudades y tratar de cambiar los estatutos municipales y las leyes. Su objetivo es reemplazar las comunidades locales por comunas comunistas libertarias, que funcionen a través de la democracia directa. Esto está basado en la creencia de que el federalismo de los EE.UU. todavía está vivo, lo que podría tranquilamente permitir cambios radicales sin necesidad de una revolución. Está también vinculado con sus argumentos en contra de un enfoque en la clase trabajadora. No es para sorprenderse que sus intentos por llevar su municipalismo

libertario hayan fallado de muy mala manera. Los gobiernos de pueblos y ciudades todavía forman parte de los gobiernos nacionales y estatales, y parte del Estado en general. Cualquier cosa demasiado radical que ocurra a un nivel local será desautorizada por los niveles más altos del gobierno o de la justicia. Los capitalistas locales se retirarán de las comunidades, destruyendo la economía local. La municipalidad será suspendida (de la manera en que el Estado de Nueva York tomó el control del proceso económico de la Ciudad de Nueva York y de Yonkers con las Juntas de Control Financiero).

En pocas palabras, todos estos acercamientos electoralistas son intentos (en las palabras de condena de Marx, citadas al comienzo de este capítulo) de “simplemente, tomar la máquina estatal previamente constituida y utilizarla con propósitos socialistas”. Como los anarquistas revolucionarios y otros lo esperaban, esos métodos nunca funcionaron. Esto no significa que involucrarse en una votación nunca es útil (por ejemplo en un referéndum), o que no existen momentos en que los anarquistas revolucionarios crean útil, tácticamente hablando, el presentarse a elecciones. Significa que es erróneo usar al electoralismo como estrategia¹⁶.

* * *

Los reformistas han sostenido contra el antielectoralismo (y contra la oposición a instituciones alternativas como estrategia) que esto no deja nada para hacer más allá de insurrecciones concretas. Que no abre el paso para luchar por mejoras en el día a día de la gente común, no hasta que la gente esté lista para la revolución.

De hecho, *la mayoría de las mejoras en la vida de la clase trabajadora y en otros sectores oprimidos han sido obtenidas por luchas no electorales*. En los EE.UU., por ejemplo, en los años 30, los trabajadores se impusieron a través de largas y militantes luchas laborales, organizando a los desocupados, creando

¹⁶ No me estoy refiriendo a la especial situación de los EE.UU. donde mucha gente de izquierda ha apoyado por mucho tiempo al Partido Demócrata. Este partido siempre estuvo contra el socialismo. Es el segundo partido del capitalismo imperialista, racista y bélico de los EE.UU. Cualquier tipo de apoyo es aberrante.

sindicatos, llevando a cabo huelgas en gran escala e incluso ocupando fábricas y haciendo piquetes masivos. Los sindicalistas se enfrentaron violentamente contra policías de las empresas, los vigilantes, la policía regular y la Guardia Nacional. Se *ganaron* el derecho a formar sindicatos y a obtener beneficios de las compañías y del gobierno. La debilidad de los sindicatos hoy en día está directamente relacionada con el abandono de la acción de las masas militantes en busca de la defensa de sus propios intereses¹⁷.

La siguiente ola de radicalización popular comenzó a fines de los años '50 y duró hasta mediados de los '70 (y se la llama, en general, “los sesenta”). Comenzó con la lucha contra la discriminación legal por Jim Crow de los afroamericanos en el sur de EE.UU. A ésta se le opuso la masiva y no violenta “desobediencia civil” (que es otra forma de decir rompimiento de la ley). Se siguió con rebeliones urbanas en el norte. Como resultado, la discriminación legal fue derrotada, se ganó el derecho de los afroamericanos a votar, y se aprobaron leyes de acción afirmativa y contra la discriminación.

Mientras tanto un movimiento se comenzó a gestar contra la “demoníaca” guerra estadounidense en Vietnam. La oposición a la agresión de EE.UU. incluyó objeciones de conciencia explícitas y desertiones frente a los reclutamientos, movilizaciones masivas, ocupaciones de campus (ciudades universitarias) y huelgas, una pequeña cantidad de violencia de los manifestantes y mucho más por las autoridades, soldados desertando, soldados amotinándose, soldados matando a sus oficiales (con granadas de fragmentación). Y, por supuesto, la presión militar de los nacionalistas vietnamitas contra los militares estadounidenses y sus compinches. La conscripción militar se terminó incluso antes de que terminara la guerra, finalmente los EE.UU. tuvieron que retirarse. Nosotros sabemos ahora, por cintas presidenciales secretas, que el presidente Nixon consideró la opción de arrojar bombas atómicas en el norte de Vietnam, pero estaba asustado por el efecto que pudieran causar en los *campus* universitarios (tenía razón, habríamos tirado abajo la Casa Blanca).

¹⁷ Marx fue virtualmente el primer pensador socialista en tomar una actitud positiva inequívoca hacia los sindicatos, mientras que, simultáneamente, Proudhon denunciaba sindicatos y huelgas.

Otras rebeliones de aquel tiempo incluyeron los movimientos de liberación de gays, lesbianas, bisexuales y transgénero. Comenzaron con una revuelta en la ciudad de Nueva York en un bar en la calle Christopher. Las travestis y gays que se prostituían (los menos respetados de la comunidad) pelearon contra las redadas de la policía y fueron la chispa de un movimiento nacional. Desde entonces, la lucha contra la negación de recursos para el SIDA se ganó a través de la acción directa anarquista, con ACT-UP¹⁸ y otros grupos.

El Movimiento de Liberación Femenina surgió del conjunto de estas luchas, incluyendo a muchas activistas mujeres con gran experiencia en los movimientos antirracistas y antimilitaristas. Cansadas de ser ciudadanos de segunda calidad en sus propios movimientos, se organizaron para la igualdad. Las movilizaciones, conferencias y grupos para elevar la conciencia jugaron roles esenciales.

También hubo una expansión de las luchas de los trabajadores (algo que a menudo se ignora al mirar este período). Hubo una ola de huelgas salvajes en industrias clave, usualmente lideradas por trabajadores negros, la más famosa una huelga nacional del servicio postal. Se construyeron con éxito sindicatos de los empleados públicos y en el gremio de la salud, de nuevo especialmente en aquellos con gran presencia de trabajadores negros. Muy a menudo se olvida que M. L. King fue asesinado cuando estaba en Memphis apoyando la huelga de un sindicato de trabajadores de la salud afroamericanos.

Por supuesto, las actividades legales y electorales jugaron su parte en estas luchas. Los políticos fueron corriendo detrás de la gente enojada hasta alcanzarlos, poniéndose al frente y proclamándose líderes. Eventualmente estos métodos traicioneros dieron por resultado la caída de dichos movimientos.

El programa revolucionario de aplastar al Estado y desmantelar al capitalismo, entonces, no es sólo un objetivo de largo alcance. Cuanto más extremas son las luchas de masas, más militantes, más irrespetuosas de la autoridad, de base, y furiosas –esto es, revolucionarias– más la clase dominante se ve bien dispuesta a garantizar reformas (cuando puede). A los dominadores se les debe enseñar a temer a la clase trabajadora.

¹⁸ AIDS Coalition to Unleash Power [coalición del SIDA para desencadenar el poder], la sigla “ACT-UP” también significa reaccionar frente a algo. (N.T.)

Una oposición legal y bonita no los presiona; puede ser ignorada. Al igual que puede serlo un pequeño grupo de revolucionarios. Pero un gran movimiento que sea también radical puede imponerse donde ninguna otra forma de lucha lo haría.

Existe una última razón por la cual la clase trabajadora debería ser revolucionaria. Los trabajadores, dicen sus enemigos, tienen varias debilidades. Se caracterizan por un racismo bastante extendido, sexismo, un superpatriotismo, fundamentalismo religioso, desprecio por aquellos de un estatus más bajo y admiración por aquellos a los que les va mejor, un deseo casi sin esperanzas de elevarse en la clase superior y un deseo general de que los líderes los salven. Hay muchísimo de verdad en estos estereotipos. No hay evidencia, sin embargo, de que los trabajadores tengan *mayor* tendencia a ser racistas, sexistas, superpatrióticos, etc. que *otras* clases. La pregunta que permanece es: ¿cómo hará la clase trabajadora para superar estas debilidades? A través de la lucha contra sus verdaderos enemigos.

“¿Cómo hace una persona o una clase para volverse apto para mandar en su propio nombre? *Sólo peleando para hacerlo...* Sólo luchando por el poder democrático se autoeducan y se elevan lo suficiente como para ejercer ese poder. Nunca ha habido ninguna otra forma para ninguna clase” (Draper, 1992, p. 33, énfasis de Draper).

Capítulo 4. El Estado marxista de transición

“Entre la sociedad capitalista y la comunista hay un período de transformación revolucionaria que conduce de la primera a la segunda. Durante este período de transición corresponde, en la esfera política, la adopción por el Estado de la forma de *dictadura revolucionaria del proletariado*.” Así lo afirma Marx en su *Crítica al programa de Gotha* (1974b: p. 355, énfasis de Marx).

En esta afirmación se basa la idea de que Marx propone la destrucción del Estado capitalista, y luego construir un Estado proletario, no menos dictatorial que el anterior. Eventualmente este Estado, de algún modo, “desaparecería” (a veces se dice que “moriría por sí mismo”). Esta idea se opondría a la tesis anarquista, según la cual debería pasarse directamente del Estado capitalista hacia una sociedad sin clases, sin Estado, sin dinero, sin fuerzas de seguridad y comunista.

Tanto en la tesis marxista como en la de los anarquistas hay algo de cierto, pero no alcanzan a dar cuenta de todo el problema. De hecho, existe una interpretación libertaria de Marx que resulta bastante similar a la posición real que sostienen muchos anarquistas.

La noción de una etapa de transición entre el capitalismo y una sociedad completamente socialista (comunista) parece casi de “sentido común”. Durante la revolución, e incluso un tiempo después de realizada, será necesario defender a la sociedad de ejércitos contrarrevolucionarios y de conspiraciones. De cualquier modo, durante un tiempo seguirán existiendo un gran número de psicópatas y antisociales –producto de la fría sociedad capitalista–, respecto de los cuales habría que defender al resto de la sociedad. Todo esto sugiere la necesidad de alguna forma de organización estatal que sirva a la defensa armada y la seguridad. Mientras tanto, habrá una gran mayoría de gente criada bajo el capitalismo. Aun cuando vayan a responder a los incentivos idealistas del nuevo sistema, puede ser que también requieran de algún tipo de incentivo material que los haga seguir trabajando. Todo esto parece ser una versión parcial de un comunismo completamente realizado¹⁹.

¹⁹ Marx distinguía, de hecho, entre una primera etapa, limitada, del comunismo, y una fase superior, de realización plena.

Incluso el concepto de la eventual autodestrucción del Estado tiene algo de sentido. Por un lado, la clase capitalista derrotada perderá tamaño e influencia, y se irá integrando gradualmente a la nueva sociedad. Los viejos irán muriendo, y sus hijos serán asimilados gradualmente. Ya no habrá necesidad de mantener a raya a la burguesía. A medida que la revolución se expanda por el planeta, y se vayan ganando varias guerras civiles, la necesidad de algún tipo de ejército irá desapareciendo. En una sociedad próspera, saludable y feliz, la existencia de conductas antisociales disminuiría drásticamente, y la necesidad de controles de tipo policial irá disminuyendo con éstas. Por otro lado, la participación de los trabajadores en la administración de la sociedad irá aumentando. La gente estará cada vez más educada y habrá más tiempo para el ocio y la participación. En la medida en que todos *participen del gobierno*, dejaría de existir un *gobierno* (separado y por encima de la sociedad). En todas las revoluciones previas la gente participó de los levantamientos masivos; pero luego volvieron a sus vidas cotidianas, dejando a unos pocos el control político. En la actualidad, si se combina el nivel de productividad de la tecnología moderna con un sistema socialista, el pueblo tendría mucho más tiempo libre. De este modo la participación popular seguiría en aumento luego de la revolución inicial.

Sin embargo, las experiencias concretas de estados de transición, de dictaduras del proletariado, de autodestrucción del Estado, no funcionaron demasiado bien. Lejos de disolverse, los estados establecidos por los marxistas –empezando por la Unión Soviética de Lenin–, no sólo no se desvanecieron, sino que se fueron convirtiendo en terribles totalitarismos. Luego de 75 años de capitalismo de Estado totalitario, la Unión Soviética se vino abajo –pero no en el sentido de disolverse–, mientras que el Estado de China comunista se mantiene, incluso con una economía privatizada.

La teoría de un Estado y una economía de transición sólo sirvieron para justificar 75 años de despotismo, no sólo de los portavoces pagados por los estados comunistas, sino de sus críticos marxistas también. Aquellos que no vieron en la URSS el paraíso socialista de los trabajadores, pensaron que al menos se trataba de una forma desviada de Estado proletario, de una

sociedad postcapitalista o de una sociedad que avanzaba hacia el socialismo. Todos estos teóricos acordaron en que la Unión Soviética (en los hechos un Estado capitalista e imperialista) era de algún modo diferente de (y mejor que) el Occidente capitalista; y que por lo tanto debía ser apoyado en contra de este último. Tomaron su posición durante la Guerra Fría.

Marx abogaba por la “dictadura del proletariado”. Lo que quiso decir es que habría un tiempo, luego de la abolición del Estado capitalista, en el que la clase trabajadora, como un todo, gobernaría sobre los capitalistas y aquellos que los apoyaran. De ningún modo se opone este modelo a la autoorganización democrática de los trabajadores, así como la dictadura de la burguesía puede funcionar a través de una democracia burguesa.

Lo que Marx y los marxistas quisieron decir al usar el término “dictadura del proletariado” ha sido analizado por Draper (1987; Ehrenberg, 1992). Draper demuestra que Marx y Engels se referían al gobierno democrático de la clase trabajadora. También muestra que –salvo una excepción– todos los marxistas hasta Lenin y Trotsky (e incluso después) lo interpretaron como un gobierno represivo, usualmente de una minoría. La única excepción fue Rosa Luxemburgo, que utilizaba el término en el sentido de un gobierno proletario democrático. Luxemburgo ha sido una de las principales influencias de los marxistas libertarios.

La así llamada “dictadura del proletariado” –en la concepción clásica de Marx– debía ser diferente a todas las formas anteriores de dictaduras en varios sentidos. No sería el dominio de una minoría sobre la mayoría de la población, sino que sería el dominio de una vasta mayoría (los trabajadores junto al resto de las clases oprimidas, tales como el campesinado, que seguirían los pasos del proletariado) sobre una minoría (la clase capitalista). No apuntaría a mantener una clase gobernante en el poder, sino más bien a disolver todas las clases en un socialismo sin clases y sin Estado. En función de estas diferencias me parece un error referirse al gobierno de los trabajadores como una dictadura, sin importar lo que Marx haya querido decir con

esta expresión. A todo esto podría agregarse que el mundo ha cambiado con el tiempo y ya casi nadie usa esta palabra para referirse al gobierno de una clase. Muy poca gente en la actualidad sostendría que una dictadura es compatible con una democracia. Y, por supuesto, los gobiernos comunistas han usado la expresión “dictadura del proletariado” para referirse al ejercicio dictatorial del poder del Partido Comunista *sobre* el proletariado.

Como ya hemos visto, tanto las antiguas sociedades esclavistas como los modernos gobiernos capitalistas pueden adoptar variadas formas políticas, tiránicas o democráticas. Muchos marxistas afirman que lo mismo puede decirse del gobierno de los trabajadores. Esto es, que los trabajadores pueden ejercer el poder a través del democrático (y parecido a la Comuna) sistema de consejos obreros, pero que también puede hacerlo a través de un partido minoritario y revolucionario (Lenin) o del totalitarismo de un solo hombre (Stalin). Supuestamente todas éstas son formas posibles de “dictadura del proletariado”. Esto es lo que han sostenido aquellos que, a diferencia de los miembros del Partido Comunista, reconocían que la Unión Soviética estaba lejos de la democracia, pero que debía ser defendida como una forma de socialismo o de Estado de los trabajadores (como León Trotsky e Isaac Deutscher).

Sin embargo, la clase proletaria es diferente de los propietarios de esclavos o los capitalistas. No posee la propiedad privada de la industria. No tiene esclavos ni acciones de corporaciones que deban ser resguardadas por algún tipo de gobierno. El proletariado sólo puede administrar la sociedad de forma colectiva, cooperativa y democrática. La moderna sociedad tecnológica se encuentra cada vez más colectivizada, pero la colectivización de la industria no es, en sí misma, socialista. El capitalismo colectiviza a través de enormes corporaciones semimonopólicas. El capitalismo de Estado de Stalin estaba colectivizado. La pregunta es: ¿quién controla (posee) la economía colectivizada? ¿Los capitalistas de siempre, burócratas del Estado, o la clase obrera en su conjunto? Si alguien dirige la economía (y el Estado), supuestamente “por” los trabajadores, entonces éstos

siguen en el lugar en que estuvieron siempre, debajo de todos, obedeciendo órdenes de sus jefes, siendo explotados. Si los trabajadores van a dirigir a la sociedad hacia el camino de la abolición del Estado, de las clases y de todas las formas de opresión, entonces deben poder dirigir por sí mismos la sociedad. La clase trabajadora debe ser democrática, o nunca podrá ser libre²⁰.

La visión definitiva que tuvo Marx de lo que seguiría a la revolución –la etapa de transición– se formó a través de lo que aprendió del pueblo trabajador de la Comuna de París en la primavera de 1871. Se ha escrito mucho acerca de la Comuna de París, haré a continuación un breve resumen: En 1871 se desató una guerra entre la dictadura francesa de Louis Napoleón Bonaparte y el imperio alemán dirigido por el canciller Otto von Bismarck. La maquinaria militar prusiana destrozó el ejército francés y tomó prisionero al emperador Bonaparte. Un grupo conservador de políticos franceses declaró la república y se preparó a negociar con los alemanes, que para ese momento habían ocupado gran parte de Francia. Eventualmente convocaron a elecciones parlamentarias, dominadas por los políticos reaccionarios y monárquicos de las provincias rurales. Sin embargo, los trabajadores de París no se rindieron a los invasores alemanes. El pueblo trabajador de la capital francesa se armó, bajo la forma de una Guardia Nacional voluntaria, que poseía sus propios cañones y otras armas. La burguesía francesa tenía más temor de los trabajadores parisinos, armados y autoorganizados, que de las fuerzas de ocupación alemana (que en última instancia representaban a una clase capitalista). La guerra civil estalló en Francia, entre el Estado capitalista y la clase trabajadora de París. Los trabajadores tomaron el poder y declararon la “Comuna”, por la Comuna de París de la gran Revolución Francesa. Eventualmente fueron derrotados por el gobierno capitalista, con ayuda de los alemanes. París se convirtió en una masacre sangrienta, decenas de miles de trabajadores fueron asesinados y varios miles fueron enviados a prisión.

²⁰ Por supuesto que las formas de autogobierno obrero pueden variar, pero siempre que se mantengan dentro de los márgenes de la democracia.

Pero durante 72 días la Comuna de París se mantuvo en pie. Marx estaba impresionado por lo que se hizo, y por lo que podría haberse hecho, es decir, las tendencias que surgieron de ella y la promesa que representaban de un futuro diferente. En *La guerra civil en Francia* (Marx y Engels, 1971) describió las radicales medidas democráticas llevadas adelante: el reemplazo de los burócratas por oficiales elegidos por las secciones barriales, que podían ser fácilmente removidos por los votantes y que no recibían un sueldo mayor al de la mayoría de los trabajadores. Ningún oficial electo podía tener un sueldo superior a los jornales obreros. El ejército profesional y permanente fue reemplazado por las milicias populares de la Guardia Nacional. La policía no era elegida desde arriba, sino por los habitantes de cada sección. No existía un poder ejecutivo separado del legislativo. Con un poco más de tiempo, cada villa, pueblo y ciudad hubiera adoptado este sistema de democracia radicalizada, con delegados enviados a las ciudades principales, y con un cuerpo de coordinación nacional en París, integrado por los delegados de cada región.

En el plano económico, se sancionaron leyes que beneficiaban a los pobres y a los trabajadores de París, tales como la anulación del turno nocturno para los panaderos y la cancelación de deudas. Las fábricas y lugares de trabajo abandonados por los capitalistas quedaron en manos de los trabajadores. Existía un deseo generalizado de promover las cooperativas obreras, aunque el tiempo fue demasiado escaso para avanzar en este sentido.

Marx resumió claramente las medidas antiestatales de la Comuna de París en el primer bosquejo de su ensayo: “Fue una revolución en contra del *Estado* mismo..., fue la reapropiación, por el pueblo y para el pueblo, de su propia vida social. No fue una revolución para transferir el control del Estado de una facción a otra de la clase dominante, sino una revolución para destruir en sí misma esta horrible maquinaria de opresión de clase” (Marx y Engels, 1971: p. 152, énfasis de Marx).

Los anarquistas comparten con Marx esta interpretación de la Comuna de 1871, e incluso llegaron a acusarlo de robarle al anarquismo esta interpretación (lo que es poco probable). Bakunin saludó a la Comuna de París como una simple y claramente formulada negación del Estado (Bakunin, 1980: p. 264).

Engels, revisando lo escrito por Marx acerca de la Comuna de 1871, hizo dos comentarios aparentemente contradictorios. En 1891 desafió a la “filistea socialdemocracia” a que “observe la experiencia de la Comuna de París. Eso fue una verdadera Dictadura del Proletariado” (1971: p. 34). Al mismo tiempo que forzaba a la cada vez más desarrollada ala derecha del Partido Socialdemócrata a enfrentar el carácter revolucionario del gobierno obrero, identificaba el mando (la dictadura) del proletariado con la democracia radical de la Comuna.

Sin embargo, en 1875, Engels había redactado una carta en la que proponía modificaciones al programa del partido a partir de la experiencia de la Comuna. “Todo el debate acerca del Estado debería ser abandonado, especialmente desde la Comuna, que ya no era un Estado en el sentido estricto de la palabra... Deberíamos por lo tanto promover el reemplazo de todos los *Estados* por la *Gemeinwesen* [comunidad], una vieja palabra alemana que bien podría tomar el lugar del término francés *commune*” (citado en Lenin, 1970b: p. 333). Después de citar esto Lenin agrega, “¿Qué gritería sobre ‘anarquismo’ comenzarían las luminarias del actual ‘marxismo’... si se les sugiriera una modificación como ésta del programa!” (ídem).

Entonces, para Engels la Comuna de París era, al mismo tiempo, la “dictadura del proletariado” (el gobierno de la clase obrera), y también, “ya no un Estado en el sentido estricto del término”. No era un Estado porque había dejado de ser una forma de organización social separada y por encima de los trabajadores. Era la autoorganización democrática del proletariado. Ya no se trataba de una minoría dominando y explotando a la mayoría, sino una mayoría que mantendría bajo control a lo que antes había sido la minoría explotadora, y por lo tanto, ya no sería un Estado.

El mismo argumento es retomado por Paul Mattick, un comunista consejista (antimarxista-leninista) que escribe que para “Marx y Engels... la victoriosa clase trabajadora ni establecerá un nuevo Estado ni tomará el control del Estado existente, sino que ejercerá su dictadura... Aun cuando asuma funciones previamente asociadas con las del Estado, esta dictadura [de la clase trabajadora] no debe convertirse en un nuevo Estado...

No es a través del Estado que puede realizarse el socialismo; porque la existencia del Estado implica que la clase obrera no puede autogobernarse, y ésta es la esencia del socialismo” (1983: pp. 160-161). Éste es un punto importante, porque prueba que aun desde una perspectiva marxista *no existe tal cosa como un Estado obrero*.

El libro de Lenin *El Estado y la revolución* (1970b) es bien conocido por ser su trabajo más libertario. Es, fundamentalmente, una interpretación de casi todo lo que escribieron Marx y Engels acerca del Estado. Lenin lo escribió bajo la influencia de la Revolución Rusa, cuando los soviets (consejos) parecían capaces de repetir la experiencia de la Comuna de París, pero a mayor escala. Esto fue antes de que tomara el poder y convirtiera a la revolución en un proceso autoritario. En este texto Lenin denuncia repetidas veces a los líderes marxistas por sus críticas a la tesis anarquista de la abolición de la sociedad burguesa y la búsqueda de una sociedad sin clases; él entendía que las críticas debían ser otras.

En su lugar Lenin escribe, “Lo que desaparece después de la revolución es el *Estado proletario o semiestado*” (1970b: p. 298, énfasis mío). “... De acuerdo con lo que afirma Marx, el proletariado necesita un Estado que ya esté desapareciendo, es decir, un Estado constituido de tal modo que *inmediatamente empiece a desaparecer* (1970b: p. 303, énfasis mío). “...La democracia, introducida del modo más completo y consistente que pueda concebirse, se transforma de una democracia burguesa en una democracia proletaria; de un Estado (que es una forma específica de opresión sobre una clase particular) *en algo que ya no es propiamente un Estado*” (1970b: p. 317, énfasis mío). “La Comuna *estaba dejando* de ser un Estado...” (1970b: p. 334, énfasis de Lenin). “...Durante la *transición*... el ‘Estado’ *todavía* será necesario, pero se trata de un Estado de transición. Ya no es un Estado en el sentido propio del término...” (1970b: p. 352, énfasis de Lenin).

Lenin pensaba que el establecimiento de una sociedad completamente libre del Estado tomaría un largo tiempo. Pero creía

que este proceso *comenzaría inmediatamente* después de proclamada la revolución. Inmediatamente la gran mayoría de la clase trabajadora participaría en la administración de la sociedad y el control de las clases propietarias. De hecho, el programa del partido bolchevique de Lenin, antes de la revolución, era “Todo el poder a los soviets”, control obrero de la industria, comités de mujeres para la distribución de bienes de consumo, comités de campesinos para la distribución de la tierra de los terratenientes, etc., todo aparentemente consistente con esta perspectiva antiestatal. Los anarquistas rusos pensaban, en su mayoría, que el programa bolchevique era cuanto menos amigable respecto de los valores anarquistas. Se aliaron con los leninistas durante la revolución.

Parece posible, entonces, *interpretar la idea de dictadura del proletariado de Marx y Engels de modo libertario y antiestatalista*. Así ha sido interpretada por los comunistas consejistas y por Lenin en un primer momento. Aun así, la lectura libertaria resulta contradictoria respecto de los estados totalitarios desarrollados por los marxistas, Lenin incluido. Es una paradoja. De hecho, tanto *La guerra civil en Francia* de Marx como *El Estado y la revolución* de Lenin eran textos muy leídos por aquellos que apoyaron las dictaduras estalinistas. ¿Cómo pueden haber leído estos textos y aun así apoyar el capitalismo de Estado? Hay varias razones.

Las afirmaciones de Marx, Engels y Lenin son contradictorias. No queda claro hasta qué punto la lectura libertaria es realmente correcta. En *El Estado y la revolución* Lenin, como se dijo anteriormente, afirma que el Estado proletario debe empezar a disolverse inmediatamente, pero que no puede saber si alguna vez desaparecerá por completo. Entonces, aun en su trabajo más libertario, Lenin afirma que el Estado puede llegar a existir por un tiempo indefinido. Engels, en su introducción de 1891 a *La guerra civil en Francia*, modifica su posición anterior según la cual la Comuna de París implicó la desaparición *inmediata* del Estado: “... El Estado es... en el mejor de los casos un mal heredado por el proletariado luego de su victoriosa lucha

por la supremacía en la lucha de clases, con cuyo peor lado el proletariado victorioso, al igual que la Comuna, no pueden evitar tener que manejarlos lo mejor posible, hasta que llegue el momento en que una nueva generación, forjada en nuevas y libres condiciones sociales esté en condiciones de desechar el fardo del Estado” (Marx y Engels, 1971: p. 34). En esta concepción el Estado *es* ahora la dictadura del proletariado. ¡La revolución sólo puede “limar” (revisar) sus “peores aspectos”, mientras que el Estado en sí debe permanecer por una o más generaciones!

Además hay un problema con el concepto de “disolución del Estado” (Tabor, 1988). Es consistente con la tendencia del marxismo a comprender la historia como un proceso que avanza, necesariamente, de la esclavitud al feudalismo y al capitalismo, y que luego, generándose automáticamente la conciencia de la clase trabajadora, culminaría inevitablemente en el socialismo. Esta tendencia puede rastrearse hasta Marx, y probablemente se deriva de la dialéctica de Hegel, en la cual la historia avanza inevitablemente hacia su propio fin (que en la filosofía de Hegel es la monarquía prusiana). Esta tendencia del marxismo niega la elección, la voluntad y el elemento moral que se requieren para la revolución socialista²¹.

¿Realmente el Estado proletario (o semiestado) se disolverá automáticamente? ¿Los elementos estatales que permanezcan, no tendrán una tendencia a consolidarse? ¿No es posible que, alrededor de esta institución, surja una nueva capa de oficiales que lleguen a convertirse en una nueva clase dominante? La necesidad de combatir a la vieja clase dominante, ¿no hará que los brazos militares y policiales de este semiestado se vuelvan más autoritarios, más estatales?

De acuerdo con la fórmula marxista, los activistas revolucionarios deben ocupar todos sus esfuerzos en la creación de un nuevo Estado. La desaparición o disolución de éste es algo que debería producirse por sí mismo. Pero si todos tus esfuerzos se dirigen a la creación de un Estado, lo más probable es que todo el proceso termine produciendo... un Estado. La alternativa consiste en pensar la disolución del Estado como algo

²¹ No quiero decir con esto que se trata de la única tendencia existente dentro del marxismo, pero sí la principal, y la que ha predominado tanto en las versiones socialdemócratas como en las estalinistas.

que debe ser realizado. El nuevo semiestado (o lo que sea) debe *ser disuelto*. Aun si aceptamos que algunos elementos estatales deben ser creados (por ejemplo la defensa militar contra ejércitos contrarrevolucionarios), debe haber un esfuerzo consciente –un plan– dirigido a evitar la consolidación del nuevo Estado. Es preciso que se den esfuerzos constantes y deliberados para contrarrestar las tendencias estatistas, para mantenerlas dentro de los límites en que son necesarias, y para orientarse hacia una sociedad sin Estado. La regla debe ser, *tanto autogobierno como sea posible, con la mínima cantidad de represión y centralización (semiestado) requerida por las circunstancias.*

Una forma de combatir las tendencias estatistas consiste en preservar una democracia que admita múltiples partidos y tendencias dentro de los nuevos consejos; esto es, que se permita la *libre asociación política* y el pluralismo. Antes, durante y después de la revolución van a existir una variedad de ideas políticas, aun dentro del proletariado revolucionario. Una de las razones principales para la construcción de una organización anarquista revolucionaria radica en la necesidad de combatir las tendencias autoritarias, que van desde la socialdemocracia al leninismo. Los anarquistas deben organizarse para persuadir a los trabajadores de que deben apoyarse en ellos mismos, y no en nuevos jefes. De todos modos, la necesidad de combatir las tendencias autoritarias no es el único objetivo de una organización anarquista. También debe trabajar junto a otras tendencias políticas. Norteamérica, por ejemplo, es una sociedad grande y compleja, y no es probable que una única organización política sea capaz de tener todas las respuestas y atraer a los mejores militantes. Todas las organizaciones que avancen hacia una democracia de los trabajadores deben, necesariamente, aliarse entre sí.

Hay dos tipos diferentes de organizaciones políticas. Por un lado están las organizaciones pequeñas, programáticas, similares a un partido. Éstas son organizaciones voluntarias, formadas alrededor de un programa y con un relativamente alto grado de consenso ideológico entre sus miembros. Sus medios para

extender su programa son las palabras y las acciones. Por otro lado hay organizaciones masivas, tales como los sindicatos, las asociaciones comunitarias, las ligas por los derechos de los afro-americanos o los consejos obreros. Estas organizaciones incluyen una gran variedad de personas y tienen requisitos mínimos de ingreso. Por ejemplo, para entrar en un sindicato basta con trabajar para cierta patronal o en cierta rama de la industria. Fuera de estos acuerdos básicos, es probable que sus miembros disientan en una cantidad de definiciones políticas o religiosas (aunque de todos modos el personal directivo no es aceptado, lo que las convierte, con todas sus limitaciones, en instituciones de clase). Es importante no confundir estos dos tipos de organizaciones. Los estalinistas, por ejemplo, concebían a su propia organización como si representara los intereses de toda la heterogénea clase trabajadora. Algunos anarquistas cometen el error inverso de disolverse en organizaciones masivas, e ignorando la necesidad de transmitir a la gente sus ideas políticas²².

En los textos de Marx no hay mención alguna respecto del valor de una democracia pluralista bajo el socialismo, aunque (para ser justos) es probable que lo haya dado por sentado. Los marxistas que lo siguieron desarrollaron la idea de que únicamente un partido representa realmente los intereses de los trabajadores, lo cual es, cuanto menos, consistente con su convicción de que sólo sus ideas representaban a los trabajadores. Lenin estaba convencido de que su partido era el único que poseía verdadera conciencia de clase, sin importar qué conciencia tuvieran los trabajadores de sí. Es bien conocido que en *El Estado y la revolución* no se habla del rol del partido, o de los partidos. Una omisión importante si tenemos en cuenta que pasó casi toda su vida tratando de desarrollar uno. Puede que haya supuesto que el partido permanecería tras bambalinas, o bien que se disolvería solo. En cualquier caso, no ofrece concepción alguna de una democracia de varias tendencias. A medida que se desarrolló la Revolución, los partidos opositores fueron declarados fuera de la ley uno tras otro, por razones buenas o malas. Los anarquistas fueron suprimidos. Aun si asumiéramos, de acuerdo con la argumentación de Lenin, que cada supresión fue necesaria

²² En la medida en que existe una tendencia generalizada a pensar que los anarquistas están en contra de toda forma de organización, a algunas personas puede sonarle extraño oírlos discutir sobre formas de organización.

durante la revolución, podría decirse que los leninistas hicieron de la “necesidad” una costumbre. Un líder comunista decía, irónicamente, que bajo el comunismo había lugar para muchos partidos, uno en el poder, y el resto en la cárcel. Los anarquistas nunca defendieron explícitamente una democracia de múltiples tendencias, pero su programa sostenía la libertad de organizarse voluntariamente.

Como veremos, la Revolución Rusa no fue hecha sólo por los bolcheviques, sino por una alianza de los leninistas con otros, incluyendo a los anarquistas. La caída del frente único –su reemplazo por el régimen de dictadura de partido único– fue un punto de inflexión en la degeneración del proceso revolucionario.

Es cierto que eventualmente los partidos tenderían a disolverse, en la medida en que nuevos problemas y nuevas formas de organización se fueran desarrollando. Algunas comunidades locales pueden adoptar un sistema de decisión por consenso. Pero el frente único de todas las tendencias revolucionarias constituye un paso en esa dirección. Diferentes regiones pueden adoptar diferentes formas de organización. Sin embargo, el anarquismo no puede crear una sociedad perfectamente armónica. La gente tendrá intereses o preocupaciones enfrentadas, distintas ideas o deseos. Es preciso que siempre se resguarde la libertad de asociarse con gente que piense como ellos para poder expresar sus ideas e intentar persuadir a otros.

* * *

Quizá la clave para entender la tendencia totalitaria del marxismo sea su centralismo. De Marx a Lenin, los marxistas siempre han puesto el acento en la necesidad de centralizar las instituciones políticas y económicas, esto es, que el poder resulte focalizado en un centro, a través del cual todas las decisiones quedan en manos de una o pocas personas.

Marx apoyaba su centralismo en ciertas determinaciones políticas y económicas. En el plano político, y siendo uno de los principales demócratas revolucionarios de Alemania, se oponía a los pequeños reinos que pretendían escindirse del país. Su posición era la unificación de Alemania, dirigida desde el centro por un Parlamento elegido. Esto serviría para deshacerse

de los aristócratas locales y para permitir el surgimiento de un mercado interno que, liberando al capitalismo, permitiera el desarrollo de las fuerzas económicas. En esto seguía la tradición centralizadora del jacobinismo francés²³.

Luego del fracaso de las revoluciones de 1848 en Europa, Marx y Engels redactaron un documento para el Comité Central de la Liga Comunista (en marzo de 1850). En este documento criticaron a los demócratas burgueses que buscaban una “república federada” y afirmaron: “...los trabajadores no sólo deben luchar por una república única e indivisible, sino también... por la más decisiva centralización del poder en la autoridad del Estado” (Marx, 1974b: p. 328). Como ejemplo citaron a los revolucionarios franceses que luchaban por la centralización.

Pero en 1885 –después de la Comuna de París–, Engels introduce una nota al pie, “... esta afirmación está basada en un malentendido... Ahora se sabe que durante toda la Revolución [Francesa de 1791], toda la administración de los departamentos, distritos y municipalidades recaía en autoridades elegidas por la población local, y que estas autoridades actuaban con total libertad, dentro de los límites de la legislación del Estado. Este autogobierno provincial y local, que recuerda al americano, se convirtió ciertamente en el instrumento más fuerte de la revolución... [Esto] no contradice la centralización política y nacional...” (Marx, 1974b: p. 329). Engels se da cuenta de que fue Napoleón el que destruyó estas formas de autogobierno, reemplazándola con un sistema de arriba hacia abajo de funcionarios designados desde el gobierno central. La última oración me parece, a mí al menos, ambigua. ¿Se refería a que el federalismo no necesariamente se contradice con la unificación nacional (lo que es cierto); o quiso decir que una centralización estricta es de algún modo compatible con el autogobierno local? No lo sé. De todos modos nunca volvió a referirse a este tema, y no se produjo modificación alguna en la teoría marxista de ahí en adelante.

²³ El proceso fue diferente en los Estados Unidos, donde los jeffersonianos (demócratas radicales) apoyaban una federación descentralizada, mientras que los hamiltonianos (conservadores) pretendían una cuasi monarquía centralizada. Por supuesto, la democracia de los jeffersonianos sólo incluía a los blancos.

Los escritos de Marx sobre la Comuna de París suelen ser citados en este tema. Edward Bernstein y los marxistas “revisionistas” (abiertamente reformistas), citaban estos pasajes para criticar a Marx, afirmando que sus tesis eran similares a las de Proudhon (anarquista/descentralizador). La respuesta indignada de Lenin fue que Marx siempre había permanecido centralista. De hecho, Marx no se refiere a la cuestión de la centralización/descentralización en estos textos. Su trabajo sobre la Comuna de París es ciertamente consistente con una perspectiva descentralizadora, pero no queda claro si llegó efectivamente a esa conclusión. Marx y Engels criticaron a la Comuna por no atacar a las fuerzas de la reacción de modo rápido y decisivo, cuando estaban débiles, y por no haber tomado el oro del Banco de Francia. Lenin y otros citan estos pasajes como evidencia de que Marx quería que la Comuna hubiese sido más centralista y dictatorial, pero la deducción es forzada.

Sin embargo, a diferencia de algunos anarquistas, Marx no analizó los esfuerzos tendientes a revivir las asambleas barriales en París, que habían jugado un rol tan importante en la Revolución Francesa del siglo XVIII. Tampoco abordó el papel fundamental que jugaron los clubes locales durante la Comuna de París. En términos más generales, Marx y Engels *no tomaron en cuenta la importancia de la democracia local, directa, de cara a cara*. Su análisis de la democracia obrera se limita siempre a los oficiales elegidos, sujetos al control de las bases, la forma más radical de democracia representativa. Pero no escribieron nada acerca de cómo se daba la democracia en el control cotidiano de las instituciones y las comunidades por los trabajadores. Aparentemente nunca se les ocurrió.

Finalmente, los textos sobre la Comuna no dicen nada acerca de la creencia de Marx en la centralización económica tecnológica. Tanto Marx como Engels se vieron muy influidos por las grandes fábricas y enormes compañías del capitalismo, las veían como un progreso tecnológico. Las grandes fábricas conducían a un aumento en la productividad y a la concentración de grandes masas proletarias en las ciudades. Serían estas

enormes fuerzas las que liderarían la revolución socialista. Éste es el mensaje de *El capital*, el socialismo se montaría sobre él para producir una industria aún más desarrollada. Por supuesto que Marx era consciente de que los grandes negocios tenían por objetivo inmediato ejercer un mayor control sobre la clase trabajadora, y que la “concentración y centralización del capital” era llevada a cabo por motivos financieros más que por conseguir un aumento de la productividad. Sin embargo pensaba que estos factores permitían, en el largo plazo, la mejora de la tecnología y de la productividad a través de la gran industria.

En el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels desarrollan su programa socialista basándose en el valor de la centralización. “El proletariado utilizará su supremacía política, para luchar, gradualmente, por quitar todo el capital de manos de la burguesía, y centralizar todos los instrumentos de producción en las manos del Estado” (Draper, 1998: p.155). A continuación escribieron un programa de diez puntos que incluía, “5. La centralización del crédito en manos del Estado... 6. Centralización de los medios de comunicación y transporte en las manos del Estado. 7. La extensión de las fábricas y medios de producción en posesión del Estado... 8. Igual responsabilidad de todos frente al trabajo. Establecimiento de ejércitos industriales...” (ídem). El documento dirigido en 1850 a la Liga Comunista también sostenía la demanda de propiedad gubernamental y centralización. Cualquiera que fueran los cambios que realizaron en su programa, Marx y Engels jamás abandonaron su lucha por una economía completamente centralizada.

No es que Marx y Engels fueran adoradores del Estado. Por el contrario, concluyen esta sección del *Manifiesto* declarando que, una vez que se haya centralizado y satisfecho la economía nacional, *el Estado dejaría de existir*. “Una vez que... las distinciones de clase hayan desaparecido, y toda la producción se encuentre concentrada en las manos de la vasta asociación de toda la nación, el poder público perderá su carácter político” (Draper, 1998: p. 157).

Desafortunadamente, aun si deja de llamarse Estado, la “vasta asociación de toda la nación”, que concentra toda la producción en sus manos, suena bastante estatal, en el sentido de

ser una máquina burocrática centralizada, ubicada por encima del resto de la sociedad. Los miembros de esos ejércitos industriales, que son “responsables” (forzados) respecto del trabajo, pueden no creer que tienen los mismos intereses que los planificadores. De este modo podría ser necesario volver a utilizar a la policía y a las fuerzas armadas para evitar la rebelión de los trabajadores. En resumen, este poder público recuperaría su naturaleza “política” (se convertiría en un Estado).

Esto es todavía más evidente en el caso de Lenin, que siempre se reivindicó como un centralista. Aun cuando apoyaba el federalismo (entre naciones), lo veía como una medida temporal, un paso hacia la total centralización. Su partido y su Estado se basaban en el principio del “centralismo democrático”.

En *El Estado y la revolución*, junto con los pasajes aparentemente libertarios, Lenin deja en claro su creencia en el centralismo económico. Su modelo, dice, es el “capitalismo de monopolio estatal” en tiempos de guerra del imperialismo moderno, especialmente del Estado alemán. Admira la central de correos alemana y todo tipo de empresas masivas centralizadas que fusionan aspectos gubernamentales y capitalistas. Si el Estado imperialista-capitalista es reemplazado por un Estado de la clase trabajadora, para manejar el mismo tipo de empresas centralizadas, entonces ése sería el siguiente paso hacia el socialismo. Bajo estas condiciones, “*todos los ciudadanos se transforman en empleados contratados por el Estado...; todos los ciudadanos se convierten en empleados y trabajadores de un solo ‘consorcio’ estatal a nivel nacional. El conjunto de la sociedad se convertirá en una única oficina y en una única fábrica...*” (1970b, pp. 360-361, énfasis de Lenin). Él esperaba que por un período todavía existieran “técnicos, capataces y contadores” (p. 323) y otros oficiales en esta gran empresa única. No es realmente necesario detallar los aspectos propios de un Estado capitalista que esta visión tiene. ¡La sociedad entera, como una única y enorme fábrica u oficina, con capataces y oficiales! Bajo la presión de que el fracaso de la revolución no se propague, invasiones extranjeras y guerras civiles, y la extrema pobreza del país, esos conceptos aplastaron los aspectos libertarios de la visión de Lenin y produjeron una pesadilla totalitaria.

En comparación con el programa marxista, Kropotkin escribió (en un artículo sobre anarquismo para la *Enciclopedia Británica* de 1910), “Los anarquistas consideran... que entregar al Estado las principales fuentes de la vida económica —la tierra, las minas, los ferrocarriles, la banca, los seguros, y otras— así como la dirección de las principales ramas de la industria, sumado a todas las funciones que ya tiene acumuladas en sus manos (la educación, las religiones que sostienen Estados, la defensa del territorio, etc.), significaría crear un nuevo instrumento de tiranía. El capitalismo de Estado sólo aumentaría los poderes de la burocracia y del capitalismo” (1975, pp. 109-110). Con el beneficio de más de un siglo de retrospectiva, está claro quién tenía razón.

Capítulo 5. Alternativas anarquistas al Estado

De las tareas de las que se hace cargo actualmente el Estado, por lo menos tres seguirán siendo necesarias, al menos durante la revolución y el período inmediato posterior. Éstas son la defensa militar del territorio, el manejo de las conductas antisociales o “criminales”, y la coordinación general de la sociedad. ¿Cómo puede el anarquismo manejar estas tareas sin un Estado?

En el artículo para la *Enciclopedia* citado, Kropotkin afirmaba que bajo el anarquismo “... las asociaciones voluntarias sustituirían por sí mismas al Estado en todas sus funciones. Éstas representarían una compleja red de vínculos, compuesta por una infinidad de variedades de grupos y federaciones de todos los tamaños y grados, locales, regionales, nacionales, e internacionales —temporales o más o menos permanentes— para todos los propósitos posibles: producción, consumo, intercambio, comunicaciones, sanidad, educación, *protección mutua*, *defensa del territorio*, y así sucesivamente...” (1975: p. 108, énfasis mío). Las asociaciones establecerían acuerdos entre ellas, se desarrollarían hacia el aumento de la descentralización y de la iniciativa local. Reemplazarían el capitalismo por la cooperación socialista y la producción no lucrativa.

Kropotkin no esperaba el pasaje inmediato hacia un mundo pacífico. Ciertas funciones que llevaba a cabo el Estado seguirían siendo necesarias por un tiempo. Bajo el anarquismo habría asociaciones para la “*protección mutua* [y] *la defensa del territorio*”. Los anarquistas revolucionarios siempre han acordado acerca de la necesidad de fuerzas armadas durante la revolución; sólo que en lugar de un ejército estatal regular, propusieron el enrolamiento voluntario del pueblo y la creación de una milicia²⁴ de los trabajadores, posiblemente usando tácticas de guerrilla. Estas fuerzas deberían ser coordinadas y supervisadas por consejos de trabajadores.

²⁴ Hoy en día el término “milicia” se utiliza para describir cualquier fuerza armada no gubernamental, incluyendo los grupos paramilitares de derecha y los grupos armados organizados por la Jihad en Irak. Yo lo estoy usando en el sentido tradicional de “pueblo en armas”.

Los anarquistas han organizado fuerzas militares, incluso algunas muy efectivas. Durante la Revolución Rusa el anarquista Néstor Mahkno organizó una guerrilla de campesinos en Ucrania, con la que derrotó varios ejércitos contrarrevolucionarios (los blancos) y solamente fue derrotado, finalmente, mediante traición por el Ejército Rojo de Trotsky. Durante la Revolución/Guerra Civil Española de 1936, las fuerzas fascistas fueron rechazadas gracias a la formación de columnas anarquistas, la más famosa liderada por Buenaventura Durruti. El ejército zapatista en México puede ser visto como un ejemplo paralelo de una fuerza militar libertaria.

El anarquismo reemplaza a las fuerzas armadas regulares o permanentes, un organismo de las clases dominantes, con milicias populares y democráticas. Éste es un concepto que se remonta por siglos, hasta las democracias tribales. En la democracia directa de la antigua Atenas, los ciudadanos (hombres) eran los soldados. Si decidían ir a la guerra en la Asamblea, entonces los ciudadanos iban a sus casas y tomaban su armadura y sus lanzas. A diferencia de hoy, ellos no votaban *para que otros peleen*. El filósofo Rousseau admiraba a los antiguos griegos, así como a los suizos de su época, quienes tenían un sistema similar de democracia directa y ciudadanía armada. Rousseau se dio cuenta de que la aparición de los soldados profesionales estaba conectada con la aparición del gobierno de “representantes” profesionales, la gente se esclavizó al dejar de participar en las tareas esenciales del gobierno (Roberts, 1976).

En la revolución norteamericana, el ejército profesional del imperio británico fue derrotado por una fuerza harapienta, mitad ejército regular voluntario (nunca muy profesional) y mitad milicia. Desconfiados de los ejércitos profesionales, los revolucionarios escribieron frases como ésta: “*Los ejércitos regulares son peligrosos para la libertad y no son deseables de ser mantenidos*” en las constituciones de Pensilvania, Delaware, Massachussets, Carolina del Norte y Maryland (Hart, 1998). En el artículo dos del *Bill of Rights* [Carta de Derechos] dispusieron que los ciudadanos deberían tener el derecho de “*portar y utilizar armas*” para mantener una “*milicia regular*”, la cual es “*necesaria para la seguridad de un Estado libre*”. Este artículo se convirtió en un obstáculo para los liberales estatistas, quienes

quieren que sólo la policía y los militares (¿y los criminales?) tengan armas, y fue aprovechado por la derecha, quien, de todas formas, no tiene intención en desarmar al ejército a favor de una milicia.

A medida que los demócratas capitalistas abandonaron el ideal de las milicias, éste ingresó en la tradición socialista. De la Comuna de París, tanto Marx como los anarquistas aprendieron la lección de que los pueblos pueden defenderse a través de las milicias populares, en lugar de tener que depender de un ejército profesional. Marx afirma: “El primer decreto de la Comuna... fue la supresión del ejército insurrecto, y sustitución del mismo por el pueblo en armas” (Marx, 1971: p. 71). Bebel, uno de los fundadores del Partido Socialista alemán, abogaba por una milicia que reemplazase al ejército imperial. En el período previo a la Primera Guerra Mundial, Jean Jaurès, un prominente socialdemócrata francés reformista, escribió el influyente texto, *El nuevo ejército*. Motivado en parte por el odio hacia el reaccionario cuerpo de oficiales franceses (esto sucedió después del caso Dreyfus), propuso su reemplazo por un sistema de milicias territoriales, de carácter puramente defensivo, formado a través del sistema de conscripción. Como reformista, lo propuso para la sociedad capitalista y para ser llevado a cabo por un gobierno liberal.

De manera similar, la idea de una milicia de trabajadores fue defendida por el ala revolucionaria del marxismo. Lenin en particular la enfrentó a las propuestas de arbitraje internacional o desarme, a las cuales consideraba ilusorias para los estados imperialistas. A medida que la Revolución Rusa se expandía, propuso que se forzara a los capitalistas a pagar el entrenamiento de sus trabajadores en el uso de armas, que se reemplazase a la policía por patrullas de trabajadores y que los oficiales del ejército fueran electos. Los grupos voluntarios de trabajadores, organizados como Guardias Rojas, y varias fuerzas guerrilleras, jugaron un papel importante en la primera etapa de la toma del poder comunista.

De todas maneras, los comunistas no organizaron un ejército basado en la idea de milicias democráticas. Con León Trotsky al mando, construyeron un Ejército Rojo centralizado y profesional, basado en la conscripción y usando los servicios de decenas de miles de oficiales del viejo ejército zarista (Deutscher, 1954).

Los comunistas sostuvieron que esta desviación de sus ideales era necesaria por varias razones objetivas, más que nada el retraso e ignorancia del país. Ciertamente, Néstor Makhno y otros anarquistas organizaron un ejército guerrillero en Ucrania, a pesar de que las circunstancias eran similares a las del resto de Rusia. Como se mencionó, los makhnovistas derrotaron exitosamente un par de ejércitos de derecha y resistieron al Ejército Rojo por años.

Durante la Segunda Guerra Mundial las fuerzas guerrilleras jugaron un papel importante, si bien subordinado. Entre ellas se contaban los *maquis* de la resistencia francesa, los partisanos italianos, el combate de guerrillas en Europa oriental (particularmente en Yugoslavia, Albania y Grecia), las fuerzas partisanas en Rusia y Ucrania, y la guerra de guerrillas librada contra Japón a lo largo y ancho de China, el sudeste de Asia y las islas²⁵.

Después de la guerra mundial, la guerra de guerrillas jugó un papel importante en las revoluciones comunistas de China, Yugoslavia, Albania y Cuba, todas las cuales mostraron independencia de la Unión Soviética, a diferencia de los gobiernos comunistas, que habían sido instalados por el ejército ruso. Las tácticas de guerrilla fueron también parte de la guerra de Argelia para independizarse de Francia. La guerra vietnamita contra los japoneses, los franceses y finalmente con EE.UU., se luchó en gran medida en base a tácticas de la guerrilla. El enfrentamiento y eventual derrota del ejército estadounidense por los vietnamitas fue un factor muy importante en la radicalización mundial que se vivió en los sesenta. La confianza en la estrategia de guerrillas se volvió un artículo de fe para la izquierda.

Los métodos de guerrilla no son patrimonio exclusivo de la izquierda. En Afganistán, guerrilleros, quienes eran a menudo fundamentalistas islámicos, expulsaron al ejército ruso, lo que jugó un rol fundamental en la caída definitiva de la Unión Soviética. Los métodos de guerrilla son utilizados en la actualidad contra EE.UU. en Irak, por combatientes de la resistencia nacionalista e islámica.

Varios países han hecho de la milicia o de los métodos de guerrilla una parte esencial de sus planes de defensa. Suiza nunca dejó de tener un sistema de milicias, desde la Edad Media

²⁵ Como el nombre implica, guerra de guerrillas remite a las luchas de España contra la invasión napoleónica.

hasta el día de hoy (Roberts, 1976). Gran parte de la población masculina integra las reservas y por ley se les exige a los ciudadanos hombres que tengan un rifle o ametralladora en su hogar (haciendo de Suiza la población más armada del mundo, aunque con una baja tasa de criminalidad). Hay pocos militares profesionales. El Estado de Israel se vio influido por el sistema suizo cuando estableció su propia estructura militar. Siendo fundamentalmente un Estado de colonos, Israel no podía pagar un gran ejército estable, pero necesitaba ser capaz de movilizar rápidamente su pequeña población para la guerra en una crisis. Los israelíes poseen una población fuertemente armada, una gran fuerza de reserva y armas y municiones distribuidas en centros regionales; pero no para una defensa descentralizada, sino para un sistema de reacción rápido²⁶.

Otro país que incluyó métodos guerrilleros en su programa de defensa fue Yugoslavia (Roberts, 1976). Un sistema de defensa popular existía de modo paralelo, y equivalente, al ejército regular. Tenía un sistema de reservas locales que podían ser rápidamente movilizadas para formar una defensa en profundidad o bien adoptar tácticas de guerrilla. La Constitución prohibía específicamente la rendición, ante cualquier circunstancia²⁷. Otros países, tales como Suecia o Corea del Norte, han incluido estos métodos en sus planes de defensa.

Una milicia es una forma de fuerzas armadas populares. A menudo se la defiende junto con los métodos de *defensa territorial o defensa en profundidad*. Esto implica un enfoque de la defensa del país palmo a palmo, haciendo que el enemigo pague por cada avance. Sin embargo, como muestra Israel, también se pueden usar reservas tipo Guardia Nacional para una movilización rápida. Las técnicas de *guerrilla* consisten en tácticas de golpear y correr, para vencer al enemigo por desgaste. Las fuerzas milicianas locales pueden convertirse en guerrillas, las unidades de guerrilla pueden fundirse para formar fuerzas más grandes para enfrentamientos regulares (como en China y Vietnam), los grandes ejércitos regulares se pueden dividir en

²⁶ Dado su pequeño tamaño, no es difícil mover fuerzas movilizadas desde su punto de reclutamiento a donde fueran necesarias.

²⁷ La amplia disponibilidad de armas fue un elemento que colaboró en el carácter sangriento de las guerras que destruyeron Yugoslavia tras la muerte de Tito.

fuerzas de guerrillas (*partisanos*) y los ejércitos regulares pueden usar pequeñas unidades de elite para tácticas de comando como las de la guerrilla. *Una nación armada de ciudadanos soldados puede ser muy flexible en sus formas de combatir*. La cuestión en torno de la conscripción versus el reclutamiento voluntario de los militares es diferente a la cuestión de la forma que adopten las fuerzas armadas.

Hacia fines de los setenta y principios de los ochenta algunos militantes pacifistas europeos comenzaron a preguntarse si sería posible defender Europa occidental de la Unión Soviética sin recurrir a armas nucleares o las fuerzas estadounidenses. Era obvio que incluso una guerra nuclear “limitada” realizada en Europa destruiría el subcontinente. Incluso una guerra convencional, no nuclear, dejaría todo el territorio convertido en una ruina humeante. Consultando con expertos militares liberales, revisando la historia de la guerra de guerrillas y examinando los planes defensivos de Yugoslavia, Suiza y Suecia, arribaron a varias propuestas concernientes a este tema (Alternate Defense Commission, 1983; Barnaby y Boeker, 1982; Mackay y Fernbach, 1983; Roberts, 1976; Smith, 1982).

Lo que proponían, en términos generales, era un programa de defensa no nuclear para Europa occidental, basado en una estructura militar y un programa armamentístico que obviamente enfatizaba la capacidad defensiva por sobre la ofensiva, con el objeto de dejar de ser amenazas potenciales para los países vecinos. Propusieron limitar el rol de las fuerzas armadas regulares a la protección de las fronteras, de tal modo que cualquier ejército invasor tuviera que pagar un precio alto, dando a las milicias tiempo de mobilizarse. La población estaría organizada en milicias, con amplio entrenamiento militar repetido a lo largo de los años, y con depósitos locales de armas y *bunkers* esparcidos a lo largo y ancho de la campaña. Las armas podrían incluir no sólo pistolas y rifles, sino también Stingers u otros misiles guiados de precisión similares. Uno o dos soldados pueden llevarlos y usarlos contra tanques y aviones. Podía variarse entre una defensa en profundidad y tácticas de guerrillas dependiendo de varias condiciones, tales como el terreno. Las tácticas de guerrilla urbana se mencionan también, incluyendo el asesinato y sabotaje. También se incluían métodos de resistencia civil no

armada, tomados de propuestas de métodos no violentos (King-Hall, 1960; Roberts *et al.*, 1964). Éstos incluían huelgas, trabajo a reglamento, y otras formas de no cooperación y manifestaciones pacíficas o propaganda dirigida a las tropas invasoras.

La idea de adaptar el ejército estadounidense a los modelos de ciudadanos soldados de Suiza o Israel fue propuesta por Gary Hart (1998). Fue candidato a presidente, senador demócrata de Colorado (1975-1987) y miembro del Comité de Servicios Militares del Senado. En *El Miliciano: volviendo a un ejército del pueblo* (1998), Hart propone reducir drásticamente el ejército profesional, al menos en dos tercios, convirtiéndolo en una pequeña fuerza de rápido despliegue. El resto sería reemplazado por fuerzas de reserva, “una milicia nacional”. *El entrenamiento militar básico sería universal y parte del sistema educativo, pero el alistamiento como reservista (“miliciano”) sería voluntario*. Él cree que una reserva bien entrenada y equipada podría tomar a su cargo la mayoría de las tareas militares usuales y entiende que este sistema no podría ser utilizado para políticas agresivas, tales como la primera Guerra del Golfo. Las unidades de reserva estarían vinculadas con las comunidades civiles y con las industrias. Por ejemplo, sugiere que una proporción de los buques mercantes estadounidenses se pueden construir de manera tal que puedan ser transformados en barcos de la marina, manejados por unidades de reserva de marineros mercantes.

El objetivo de este breve repaso histórico del concepto de nación armada consiste en mostrar que la idea tiene una historia respetable, que se extiende hasta las tradiciones democráticas y socialistas, que ha sido tomada en serio por gente reconocida en Europa occidental y los Estados Unidos, y que en ocasiones ha sido puesta en práctica con éxito para derrotar ejércitos regulares. Aunque esto no alcance para *probar* que vaya a funcionar con éxito, sí nos da una prueba de su factibilidad.

Una sociedad sin Estado pondría en práctica dicho programa (International Revolutionary Solidarity..., 1980). El tipo de sistema militar que se adopte va a depender en gran medida de las formas militares que se usen en el curso de la revolución, particularmente de la magnitud y el tipo de guerra civil que resulten necesarias para derrotar la contrarrevolución. Probablemente las fuerzas armadas debieron haber sido más centralizadas de

lo que los libertarios quisieron. El principio sería el siguiente: *un ejército debe ser tan descentralizado y democrático como sea posible, y debe mantener la centralización y el profesionalismo al mínimo necesario*. Ésta es una cuestión que debe ser resuelta en la práctica y que debe ser objeto de una decisión política consciente. La meta es formar un ejército organizado democráticamente (incluyendo la elección de oficiales, cuanto menos en los rangos más bajos), que se encuentre directamente vinculado con las comunidades y unidades industriales y con un mínimo de cuadros profesionales. Muchas unidades especializadas pueden ser compuestas por gente proveniente de la vida civil. Por ejemplo, los pilotos de la fuerza aérea suelen convertirse en pilotos civiles al retirarse, pero permanecen en la reserva de la fuerza aérea; algo similar podría afirmarse de los criptógrafos militares y los especialistas en computadoras.

Una sociedad revolucionaria anarquista *no* estaría capacitada para usar bombas nucleares ni otras clases de armas de destrucción masiva (de tipo químico o biológico). Tales métodos son inmorales puesto que atacan a civiles y militares por igual y sus objetivos son los trabajadores y campesinos del país enemigo, que son justamente a quienes queremos como aliados. Además son suicidas. Un ataque nuclear de nuestra parte produciría una respuesta nuclear del otro lado. El solo hecho de *tener* armas nucleares nos convierte en posibles blancos de un ataque nuclear preventivo por parte de un enemigo. Un ataque que estaría fundado únicamente en el miedo a que nosotros las utilizáramos primero. Aun el uso unilateral de armas nucleares tendría como consecuencia la liberación de agentes radioactivos que se esparcirían a lo largo y ancho de todo el mundo, envenenando tanto a aquellos que enviaron las bombas como a los bombardeados.

Paul Nietze, el principal negociador del control de armas de la administración Reagan (no precisamente un pacifista) declaró que los Estados Unidos deberíamos “deshacernos unilateralmente de nuestras armas nucleares” (1999: p. A31). Además de ser peligrosas, costosas e inmorales, sostuvo que son innecesarias. La precisión de nuestras armas convencionales es tan grande (afirma que el margen de error es inferior a un metro) que el gobierno de Estados Unidos podría destruir cualquier

objetivo que escogiese sin tener que recurrir a su arsenal nuclear. Por lo tanto el arsenal nuclear resulta innecesario, ya sea para disuadir o atacar.

La defensa fundamental de un sociedad libre no radica en las bombas o en el ejército, sino en la política; en su capacidad de apelar a la población de otros países. Ya el hecho de desmantelar nuestras armas nucleares sería un poderoso mensaje político para el resto de los pueblos del mundo. “Estamos destruyendo las bombas infernales que fueron construidas por el Estado capitalista. Estamos renunciando a nuestra capacidad de destruirlos. Estamos creando una nueva sociedad. ¡No dejes que tus gobernantes te usen para atacarnos! ¡Desármenlos! ¡Derroquen sus estados! ¡Únanse a nosotros en un mundo libre!”. Una revolución, especialmente en los Estados Unidos, el centro del imperialismo mundial, tendría un impacto político enorme en todo el mundo. Soldados extranjeros enviados para destruirnos se transformarían, “infectados” por la revolución. Los gobiernos extranjeros no se atreverían a enviar sus fuerzas en contra de una Norteamérica libre por miedo a que sean destruidos por la guerra de guerrillas, la defensa en profundidad, el sabotaje, la resistencia no violenta y la propaganda revolucionaria. Ésa sería nuestra “fuerza de disuasión”. Nuestra libertad sería nuestra mejor defensa.

* * *

La milicia popular sería también parte del programa anarquista para controlar el “crimen”; esto es, las acciones antisociales llevadas a cabo por personas desmoralizadas. La milicia tomaría el lugar de gran parte de la policía actual, cuanto menos el patrullaje de calles y el mantenimiento de la paz. *La participación popular en el control del delito puede ser muy efectiva, aun en las condiciones actuales, para el control de las conductas antisociales*, según se deduce de la aplicación actual de los programas de “vigilancia ciudadana”.

Muchas personas piensan, equivocadamente, que la cuestión central del anarquismo es deshacerse de la policía. Piensan que el anarquismo es una sociedad tal como la actual pero sin

la policía. Esto produciría caos y violencia contra los trabajadores, hasta que el crimen organizado se erigiera en el nuevo Estado. De hecho hay “libertarios” procapitalistas que defienden una sociedad así, sin Estado pero con todo lo demás igual (Rothbard, 1978). En su lugar, los anarquistas socialistas quieren una sociedad totalmente diferente en todos los aspectos. Pero aun el problema que permanece es que habrá personas antisociales, sin moral y viciosas, producto de la anterior sociedad capitalista, con los que habrá que lidiar por algún tiempo. Los anarquistas no aceptan la venganza o el castigo como un objetivo social, pero sí aceptan la necesidad de proteger a la gente. La anterior afirmación de Kropotkin hacía referencia a las asociaciones formadas para la “protección mutua”. Cómo se llevaría a la práctica es una cuestión que depende de las condiciones de cada caso en particular. Las comunidades y regiones probarán diferentes métodos.

A la hora de lidiar con la cuestión del crimen, de la policía, de las cortes y de las prisiones, la cuestión no es si es posible abolir inmediata y completamente toda coerción –lo que dudo– sino en qué medida podemos prescindir del Estado. ¿Es posible reemplazar el sistema de “justicia” burocrático (con sus tribunales, abogados y su vasto cuerpo de policía especializada) que se alza sobre y contra la población trabajadora sin convertirnos en víctimas de individuos agresivos? *Bajo el anarquismo socialista el control del delito y de la policía serían administrados por las comunidades autogobernadas localmente, experimentando cada cual con diferentes enfoques.*

“¿Qué se hará con aquellos individuos que insistan en violar la ley social invadiendo a sus vecinos? El anarquista responde que, luego de la abolición del Estado, los miembros de la sociedad mantendrán un lazo defensivo de carácter voluntario, que reprimirá a los invasores por cualquier medio que se pruebe necesario.” Así lo escribió Benjamin Tucker en 1893 (en Kimmerman y Perry, 1966: p. 255).

Sin imaginar que todos se volverán santos, se puede afirmar que los crímenes disminuirán bajo el socialismo antiautoritario. Ciertamente los delitos contra la propiedad deberían disminuir en una sociedad próspera, con pleno empleo o cuanto menos un ingreso mínimo garantizado, y con la presión social

de las pequeñas comunidades cooperativas. A medida que las comunidades se aproximen al comunismo libre, los delitos contra la propiedad se desvanecerán. ¿Quién robaría cuando los bienes puedan ser tomados libremente de las estanterías del almacén comunitario?

En una sociedad comprometida con la libertad, muchos actos hoy considerados ilegales serán legales: los “crímenes sin víctima”. No tenemos derecho a forzar a la gente a ser buena “por su propio bien”. Las leyes de la moral pública terminarán, incluyendo las leyes contra las prácticas sexuales entre adultos, la prohibición de las drogas y las leyes contra la bebida, como aquellas que castigan la “intoxicación pública”. Esto cubre las causas por las que la mayoría de la gente es arrestada. Esto no significa que dejemos de luchar contra las adicciones a la droga y el alcoholismo, pero éstas serán cuestiones de salud pública, similares al contagio del SIDA; y serán combatidas con educación, medidas de salud pública y –donde fuera necesario– por regulaciones comunales²⁸. Si los adictos pudieran conseguir drogas de fuentes médicas controladas, no sólo no tendrían que robar para mantener sus hábitos, sino que colapsaría toda una industria criminal, como sucedió con el contrabando de alcohol cuando se levantó la prohibición.

Una sociedad sin poder, racismo y sexismo tendría mucho menos –si es que algo de– adicciones, alcoholismo o sexo sin consentimiento. Incluso ahora la magnitud de la criminalidad responde más a las condiciones sociales que a las políticas de control del gobierno. Por ejemplo, en los EE.UU., el Estado con la menor tasa de criminalidad es Dakota del Norte (*New York Times*, septiembre 9, 1996). Tiene la menor tasa de asesinatos y otros crímenes violentos, la menor tasa de robos y la menor tasa de presos: uno de cada mil (la tasa nacional es uno cada 167). Tuvo menos de cien delitos violentos por cada cien mil habitantes en 1994. En contraste, California tenía arriba de mil incidentes por cada cien mil habitantes. Hubo ocho asesinatos en todo Dakota del Norte en 1995. La gente se enorgullecía de dejar sus puertas, bicicletas y autos abiertos y tienen el seguro de autos más barato de la nación. Y las tasas de criminalidad

²⁸ Hoy en día, debido a la prohibición absoluta, es imposible regular el consumo de drogas. Esto hace que sea más fácil conseguir drogas que alcohol, aunque el consumo del último esté regulado.

se mantienen aproximadamente en los mismos niveles que hace quince años. Como resultado hay mucha menos policía que en cualquier otro lado y no fue sino hasta 1995 que crearon la oficina de medicina legal estatal para hacer autopsias. “Un miembro de la junta de libertad bajo palabra de Dakota del Norte se siente a menudo un poquito como en aquel aviso sobre el servicio técnico de los electrodomésticos Maytag: [inútil]” (*New York Times*, 21 de septiembre, 1996).

El artículo del *New York Times* aventura las posibles razones de esta baja tasa de criminalidad, incluyendo el hecho de que Dakota del Norte es fría, un factor no reproducible. Entre las causas más relevantes se mencionaba que la mayoría de la gente vive en pequeñas comunidades rurales. Un juez tribal de los sioux del Espíritu del Lago dice: “Una de las razones por las que el crimen es tan bajo en Dakota del Norte es que las personas viven unas muy cerca de las otras. Si un ladrón de bancos o un personaje sombrío llega a la ciudad resalta como un pulgar hinchado”. Otras causas mencionadas son los hogares estables de dos progenitores, las bajas tasas de divorcio y el apoyo que brindan familias de muchos miembros. Finalmente, tiene una muy baja tasa de desempleo, menos de la mitad que el promedio nacional. No es que se trate de la utopía, e incluso muchas personas no querrían vivir tan tradicionalmente como en Dakota del Norte, aunque muchos sí. Mi punto es que *una sociedad con fuertes lazos comunitarios, pleno empleo y relaciones sociales de apoyo mutuo pueden disminuir los índices de criminalidad y reducir la necesidad de la policía*. El artículo resume: “Dakota del Norte, en gran parte, se basa en un sistema de honor”. Podemos crear toda una sociedad que funcione (en gran medida) en un sistema de honor.

Las comunidades anarquistas tendrán reglas y regulaciones –“leyes”– aprobadas por asambleas populares. Éstas serán aplicadas a través de la participación popular: los trabajadores locales tomarán turnos en la milicia comunitaria. Habrá algunos especialistas, tales como los guardias de los cruces escolares designados por el consejo de la escuela pública, o expertos en artes marciales para entrenar a los miembros de la milicia en defensa personal. Podría haber también un laboratorio forense. Algunas comunidades podrían elegir tener el equivalente a los

sheriffs locales. Por otro lado, Shalom (2004), defensor de una política postestatista que resulte consistente con una “economía participativa”, argumenta que un ejército de ciudadanos no sería apropiado. Continuaría habiendo alguna necesidad, afirma, de policías especialmente entrenados, sensibles y controlados democráticamente. Quizá. Pero *sería esencial no crear un cuadro de policías especializados, que se sientan diferentes y enfrentados a la población trabajadora*.

Los individuos podrían aún cometer actos violentos y antisociales, aunque menos que antes. Especialmente en el período posterior a la revolución habría muchas personas influidas por la anterior sociedad capitalista. El principio básico es que *la sociedad tiene derecho a protegerse a sí misma, pero no a castigar a las personas*. Podríamos defendernos contra los individuos antisociales, pero deberíamos abandonar conceptos antiguos como venganza y represalia. Las víctimas individuales aún se sentirían llenas de venganza, naturalmente, pero no es en esto en lo que una sociedad debería basar sus políticas. Ahora bien, estar contra el castigo no significa estar contra la responsabilidad personal. Los actores antisociales, no importa cuán víctimas hayan sido en el pasado, deben hacerse responsables por sus actos; sólo entonces pueden dejar de ser víctimas.

Una vez detenidas, las personas acusadas serían conducidas ante la corte comunal, probablemente ante un juez electo o contratado. Los miembros del jurado serían el pleno de la asamblea o bien una porción de ésta. Éste sería un caso criminal. Los casos civiles, las disputas entre individuos dentro de la comunidad, podrían resolverse ante la misma clase de corte, o recurriendo a árbitros independientes, aceptados por ambas partes (incluso ahora una gran proporción de las disputas por negocios son llevadas ante árbitros antes que a cortes estatales). Los jueces serían guiados por las leyes de la comunidad y por los precedentes de decisiones razonables tomadas por otros jueces: el *common law*.

Si un individuo es hallado culpable de un acto antisocial, la comunidad intentaría subsanar sus consecuencias por medio de la reconciliación o restitución entre ofensor y víctima o por confesión y arrepentimiento público. Se lo podría asignar a un

servicio comunitario y ofrecerle un trabajo y apoyo psicológico. Podría haber alguna forma modificada de libertad condicional: que permanezca en la comunidad pero bajo supervisión. Hay muchas personas comprometidas con la abolición de la prisión, que pensaron sobre alternativas a la reclusión e incluso han experimentado con algunas (Morris, 1976; Pepinsky y Quinney, 1991). Si algunos individuos muestran, por sus acciones, que la sociedad necesita protegerse de ellos, entonces deberían permanecer recluidos en hogares de la comunidad o, como un último recurso, instituciones residenciales (pequeñas prisiones). De todas maneras *la vasta red de prisiones que tenemos hoy en día sería destruida*.

La “rehabilitación” de los prisioneros es una broma en nuestra sociedad. Es más probable que los prisioneros cometan crímenes después de haber estado encarcelados que antes. Las prisiones no tienen hoy otro objetivo más que mantener a un gran número de gente lejos de las calles y con el menor costo posible. La “rehabilitación” da por supuesto que tenemos una sociedad buena y saludable, y que todo estará bien si estos individuos aberrantes –los criminales– se ajustan a ella. En su lugar tenemos una sociedad enferma, cuyos valores antisociales –prosperar siempre a costa de los demás– son rasgos comunes tanto a los ladrones de autos como a los grandes hombres de negocios. Una sociedad en la que la violencia machista se glorifica en la guerra y en los medios, que crea bolsones de miseria debajo de la próspera clase media, donde el racismo y el sexismo triunfan y los caminos al éxito están cerrados para los pobres y las personas de color. *Por supuesto*, la rehabilitación no funciona y las prisiones son escuelas del crimen.

Pero en una sociedad realmente libre y cooperativa, la rehabilitación de criminales se vuelve un objetivo razonable. Cuando la gente es valorada, el racismo y sexismo son combatidos, los valores cooperativos predominan, y el trabajo y la posibilidad de llevar una vida decente están al alcance de todos, los individuos antisociales serán aberrantes. En este contexto sería razonable pedirle a las personas que sean responsables por sus actos para unirse a la sociedad. Esto no se puede hacer por los métodos de las cortes y prisiones de hoy, pero una nueva sociedad trabajará duro para encontrar otros más apropiados.

Más importante que la rehabilitación es la prevención a largo plazo. Así como un pueblo libre postrevolucionario trabajará para abolir el poder y la opresión, también superará el abuso y la negligencia en el trato a los niños. Los individuos antisociales, emocionalmente problemáticos, son producto del maltrato infantil. Un programa social masivo, llevado a cabo por cada comunidad, protegería a todos los chicos (Kellerman, 1999). Se llevarían adelante esfuerzos para tratar de reintegrar a las familias con problemas, de ser posible con consejeros para padres, donde fuera necesario. Hogares sustitutos cálidos y protectores son una alternativa. De todas maneras, muchos chicos abandonados o difíciles de controlar estarían mejor en hogares residenciales comunales, casas de la juventud o en servicios de terapia de grupo administrados por adultos responsables. Actualmente muchos chicos –o al menos adolescentes– querrían poder dejar a sus familias y vivir en una casa común por un tiempo, si tuvieran la opción.

Un esfuerzo especial se debería hacer para identificar chicos peligrosos, personas jóvenes en riesgo por comportamiento violento y antisocial (Kellerman, 1999). Las agencias comunales detectarían a aquellos jóvenes que muestren tendencias agresivas o vicios precoces, lo más temprano que fuera posible²⁹. Terapias especiales y programas educativos y médicos podrían evitar que estos jóvenes se conviertan en la clase de predadores sin moral alguna que existen en la sociedad autoritaria.

* * *

¿Cómo se *coordinará* a sí misma una sociedad socialista anárquica sin un Estado? Habrá cierto grado de planificación económica y de regulación de las empresas. Esto ha sido llamado a veces la “administración de las cosas, no de las personas” (¡aunque es difícil de imaginar cómo se pueden “administrar” cosas sin coordinar a las personas!). En el nivel local –en la comunidad o en la fábrica– el cuerpo que coordina debería estar integrado por las personas mismas, en su asamblea. Los niveles superiores de la *Commune* federada estaría compuesto

²⁹ Es claro que bajo el capitalismo tales programas son excusas para el racismo, pero estamos pensando en una sociedad postcapitalista.

por delegados de las asambleas y se concentrarían en resolver la tareas para las que fueron electos, tales como la coordinación económica.

Las revoluciones han dado siempre la misma respuesta a esta cuestión. Una y otra vez se han impuesto los consejos populares. Éstos incluyen asambleas de base administradas por democracia directa cara a cara. Así eran las asambleas de vecinos de París durante la Revolución Francesa o los consejos de delegados de base fabriles formados en la Revolución Rusa y luego formados nuevamente en Alemania e Italia. Las comunidades locales autogobernadas enviaban delegados a centros comunes, gente que es fácilmente revocable y a los que se les paga salarios obreros. Éstos, a su vez, enviaban delegados a consejos de niveles superiores. Tales consejos de trabajadores (o consejos de trabajadores, campesinos y soldados) se crearon nuevamente durante la Revolución Española de 1936 y en la revolución húngara de 1956, así como en otras revueltas en Europa oriental. Los consejos de trabajadores se desarrollaron durante las luchas chilenas en los setenta y repetidamente en otras luchas sudamericanas. Los más recientes son las ocupaciones de fábricas de la Argentina y sus asambleas vecinales.

Shalom (2004) propone un sistema de “consejos anidados”. Los consejos primarios, en las comunidades, incluirían entre 25 a 50 personas, y todos los adultos en la sociedad serían miembros. Este tamaño es necesario para permitir la discusión cara a cara y la toma de decisiones. Cada consejo manda delegados a consejos de segundo nivel, también de no más de 50 integrantes. Estos consejos mandarían delegados a niveles superiores, y así, hasta que la nación entera (al menos) esté cubierta. A diferencia de varios anarquistas, Shalom no propone que los delegados estén sujetos por mandatos que determinen cómo deben votar. Eso evitaría las verdaderas deliberaciones que podrían cambiar las opiniones de los delegados y alterarían las decisiones. Los anarquistas podrían proponer que los consejos de más alto nivel deberían hacer descender las decisiones a los niveles más bajos para ser aprobadas antes de aceptarlas, aunque esto podría tornar considerablemente lento todo el proceso.

Alguna clase de sistema de consejos, con arraigo en la democracia directa de las comunidades locales y los comités delegados de lugar de trabajo, crearía una forma de coordinación

social flexible y radicalmente democrática. El control popular sobre los “líderes” se seguiría manteniendo y habría cambios más frecuentes del personal oficial. Diferentes partidos (u organizaciones políticas que no fueran partidos) estarían representados en proporción a su apoyo por parte de los sectores oprimidos de la sociedad. Los cambios en las opiniones políticas se verían rápida y fácilmente reflejados en la composición de los delegados de los consejos. Entonces es fácil para los partidos (o no partidos) crecer pacíficamente; en particular permitiría a las organizaciones revolucionarias, que comienzan como minorías, expandir su influencia.

Exactamente cómo un nuevo sistema de consejos se instalaría durante una revolución depende de las circunstancias particulares. Algunos defienden la idea de que los consejos estén basados, fundamentalmente, en los barrios y comunidades; otros, en la tradición anarcosindicalista, sostienen que deberían estar basados en las fábricas, oficinas y otros lugares de trabajo. Los métodos de elección y representación variarían de región en región incluso dentro de un mismo país. Esto es también parte de la fuerza del sistema federal de consejos.

Los anarquistas creen en la gran importancia de las instituciones locales de autogobierno, con democracia directa cara a cara, sea en los talleres o en la comunidad. Las personas electas deberán ser enviadas a niveles más altos de la federación, pero la federación debe estar anclada en la democracia directa del día a día, democracia como “modo de vida”. Durante casi toda la existencia de la especie humana hemos vivido en pequeñas comunidades: en unidades tribales de cazadores-recolectores o en pueblos. Para esto evolucionamos. La mayoría de las ciudades, en sus comienzos, tenían poblaciones del orden de las decenas de miles de habitantes. Las ciudades de más de un millón son muy recientes, creadas por la revolución industrial. Como partidarios de la descentralización, los anarquistas deseamos combinar las ventajas de un estilo de vida moderno, urbano y postindustrial –incluyendo la libertad de movimiento– con la democracia directa descentralizada. Esto es esencial si la democracia aspira a ser más que una selección de representantes que irán a lugares distantes para hacer política *por* nosotros. En su lugar, la democracia, incluso con elecciones, debe estar arraigada en la toma diaria de decisiones de las personas.

Thomas Jefferson estaba impresionado por los consejos de Nueva Inglaterra. Él sostenía que había que dividir los condados en secciones más pequeñas, con control local sobre las escuelas, las milicias, la vigilancia, el mantenimiento de caminos, los juzgados y la selección de jurados y para el conteo de los votos para los cargos de mayor rango. “Cuando todo hombre comparte la dirección de su pequeña república o sección, o de alguna de las más altas, y él siente que es un participante en los asuntos de gobierno, no sólo en una elección al año, sino todos los días; cuando no haya un hombre en el Estado que no sea miembro de alguno de los consejos, grande o pequeño, antes dejará que su corazón le sea arrancado del pecho que permitir que un César o un Bonaparte le quiten su poder” (Jefferson, 1957: p. 54).

Cómo balancear exactamente las tendencias centralizadoras y descentralizadoras en una institución en particular es una cuestión práctica. Necesitaremos tanto las comunas locales como las asociaciones internacionales. En teoría el federalismo hace que ambas sean posibles, pero el balance apropiado sólo se puede encontrar a través de la experimentación social. De cualquier manera el principio básico debería ser, nuevamente, *tanta descentralización como sea posible, y tan poca centralización como sea absolutamente necesaria*.

Esto es lo que señaló Martin Buber en su controvertido *Caminos de utopía* (1958). En este libro cita a Lenin durante la Revolución Rusa: “Debemos ser centralistas, sin embargo habrá momentos en los que las tareas se desplazarán a las provincias; debemos dejar el máximo de iniciativa a las localidades individuales...” (en Buber, 1958: p. 109). Pero a continuación agrega: “En lugar de... ‘Debemos ser centralistas, sin embargo habrá momentos...’ una actitud genuinamente socialista hubiera consistido en decirlo exactamente al revés: debemos descentralizarnos, ser federalistas, autónomos; sin embargo habrá momentos en los que las principales tareas se desplazarán a una autoridad central porque una acción central lo requiera; sólo que debemos cuidar de que estas exigencias nos hagan perder de vista el objetivo y el marco de referencia” (Buber, 1958: p. 109). Esto es exactamente así. En contraste con el punto de vista marxista, incluso durante una revolución, deberíamos ser sólo tan centralistas como sea temporalmente necesario.

Un sistema democrático, descentralizado, federalista, no requiere que todos pasen todo su tiempo involucrándose en todas las decisiones, locales y federales. Barber (2003) describe una forma de política participativa que llama “democracia fuerte”. Su objetivo es un sistema donde “todas las personas puedan participar parte del tiempo en parte de las responsabilidades del gobierno...”.

La necesidad de coordinación social no significa que debe haber una única institución “soberana”, que posea la autoridad suprema sobre todas las otras instituciones porque “representa” a toda la sociedad. Por ejemplo, en la actualidad no hay un gobierno mundial; internacionalmente estamos en un estado de “anarquía”. Las Naciones Unidas sólo funcionan cuando los principales gobiernos nacionales se ponen de acuerdo en que debería ser así. Sin embargo es posible mandar cartas desde cualquier lado a cualquier lado de la tierra. Los sistemas postales del mundo se han puesto de acuerdo. De manera similar los aviones vuelan entre países, los negocios se hacen internacionalmente, los ferrocarriles cruzan todas las fronteras de Europa, los teléfonos nos comunican internacionalmente e Internet funciona a nivel global. A pesar del nacionalismo preponderante, las conferencias internacionales han hecho posible el establecimiento de reglas para una amplia variedad de funciones que mantienen unido al mundo, sin un gobierno mundial soberano³⁰.

Aun en el marco de nuestra democracia capitalista se acepta que el Estado no tiene un poder ilimitado sobre todas las instituciones. Por ejemplo, en función de la doctrina de separación de la Iglesia del Estado, el Estado de EE.UU. no apoya, paga o interviene en los asuntos internos de las iglesias (aunque se les dan exenciones impositivas). Se trata de grandes instituciones que afectan las vidas de millones, y que son teóricamente paralelas, y no inferiores respecto del Estado. De manera similar las garantías de las libertades civiles implican que hay grandes áreas de la vida que no están bajo el control del Estado, excepto en circunstancias extremas³¹.

³⁰ Esto fue señalado a menudo por Kropotkin.

³¹ Por supuesto que esto sólo es cierto en teoría, mientras que en la práctica son comunes las violaciones de estos principios de no intervención.

Los socialistas guildistas sostenían que un socialismo libre se organizaría industrialmente a sí mismo de una manera plural, oponiéndose al modelo de socialismo de Estado centralizado (Cole, 1980; Pateman, 1970; Tawney, 1948). Más recientemente John Burnheim ha propuesto un esquema para un pluralismo extremo que él llama *demarquía*: las decisiones corrientemente tomadas por agencias centrales polifuncionales, desde el nivel nacional al local, podrían quedar a cargo de “agencias autónomas especializadas que se coordinen por negociación entre ellas, o, si eso falla, por arbitraje cuasi judicial, antes de quedar sujetas a la dirección de un organismo controlador”. Esto implicaría la administración independiente de parques, calles, bibliotecas, regulaciones edilicias y de servicios de salud y de sanidad (Burnheim, 1989: pp. 7-8).

En su modelo la dirección de cada agencia no sería confiada a toda la comunidad, sino a aquellos que se vieran directamente afectados por la misma (trabajadores y consumidores). Tampoco habría elecciones para los comités de dirección, que serían integrados por miembros de la comunidad afectada elegidos al azar (sorteo). “Tomando del montón” es como seleccionamos a los jurados hoy en día, y es como la democracia de la antigua Atenas seleccionaba la mayoría de sus magistrados y comités. Esto nos permitiría crear una “democracia estadísticamente representativa”, en la cual los diferentes puntos de vista estarían representados de acuerdo con su grado de difusión entre la población. En lugar de políticos especializados, las personas comunes tendrían la oportunidad de administrar directamente las instituciones que dominan sus vidas.

Insisto en que esto es algo que diferentes regiones y naciones podrían experimentar. Algunas regiones podrían ensayar un sistema más rígidamente federado, con organizaciones populares reunidas en una única organización y con un consejo general. Otras preferirían intentar una red más laxa, con organizaciones paralelas entre sí, coordinadas únicamente a través de negociaciones ocasionales. La idea de Burn de reemplazar las elecciones por sorteos para la selección de funcionarios no tiene por qué estar atada a su pluralismo extremo. Barber (2003) también propone que se la ensaye en varias instituciones, como una alternativa a la representación por elección.

Al anarquismo se lo critica a menudo por suponer que todos pueden ser buenos todo el tiempo. Se supone que ésta es una posición excesivamente idealista y que no tiene en cuenta la supuestamente sórdida realidad de la naturaleza humana. Es cierto que el anarquismo cree realmente que las personas se pueden adaptar a una sociedad cooperativa y autogobernada. Pero el anarquismo no supone que las personas pueden ser perfectas; por el contrario, el anarquismo ha sostenido siempre que no se les puede confiar el poder a las personas. Hablando contra la esclavitud, Abraham Lincoln dijo, “Ningún hombre es tan bueno para gobernar a otro hombre sin el consentimiento de éste”. Los anarquistas creen que nadie es tan bueno como para gobernar a los otros incluso con su consentimiento. La idea de que “el poder corrompe” es fundamental en el anarquismo. Es por eso que los anarquistas defienden la descentralización, el pluralismo, la libertad de expresión y de prensa (libertad de todos los medios), la democracia directa, la menor cantidad posible de representación y toda clase de controles y balanzas para evitar la acumulación de poder en las manos de cualquiera (Goodman, 1965).

Un problema que suele surgir respecto de todo esto es el de la “*comunidad renegada*”. Supongamos que hay una federación anarquista, pero parte de la población, una comuna o un enclave urbano, decide no participar, como es su derecho. ¿Qué pasa si se declaran abiertas sólo para gente blanca, o si se enseña creacionismo en sus escuelas, o si arrojan desperdicios en los ríos o en otras comunidades? ¿Acaso esto no prueba que es necesario el Estado para obligar a la comunidad a seguir el bien común? ¿Qué podría hacer al respecto una sociedad no estatista?

Acepto esta posibilidad para retomar el argumento, puesto que ya acepté que la gente no será perfecta bajo el socialismo libertario, aunque sí espero que vaya a ser mejor de lo que es ahora. En este caso imagino que las otras comunidades regionales tendrán un congreso (después de que tenga lugar la discusión local). Alguien podría proponer que la comunidad renegada sea aislada. Que se arreglen ellos mismos. La gente de color tendrá un montón de lugares donde ir. Sus escuelas no serán acredita-

das por instituciones de enseñanza superior, si es que no enseñan la teoría de la evolución. Su contaminación puede ser limpiada por otros, lo que es mejor que la alternativa de la coacción. Alguien más, de otra ciudad, podría decir, en cambio, que lo que hace esa comunidad es intolerable, que perjudica no sólo sus propios intereses sino también los del resto. Esta persona propondría que las milicias regionales sean movilizadas contra la comunidad ofensora, obligándola a cambiar sus políticas. Otros dirán que esto es muy extremo y que hay posibilidades intermedias. Puede organizarse una campaña de propaganda en toda la región para persuadir a los miembros de esa comunidad de cambiar sus políticas. Podrían organizarse manifestaciones no violentas en el interior de la comunidad, causando trastornos pero de modo pacífico. Podría recurrirse al boicot económico para coaccionarlos sin recurrir a las armas. La federación regional podrá elegir entre las diferentes alternativas dependiendo de las circunstancias específicas del caso.

Los marxistas y muchos otros creen que el anarquista piensa que es posible saltar inmediatamente a una sociedad completamente libre, pacífica y cooperativa (“el Estado superior del comunismo” de Marx). Eso es una caricatura del anarquismo. Como hemos visto, los anarquistas son conscientes de la necesidad de (en palabras de Kropotkin) “defender el territorio” mediante milicias populares, de organizar la “protección mutua” contra los individuos antisociales y de la necesidad de coordinación social conjunta mediante una asociación de consejos.

Capítulo 6. Desafíos tecnológicos para la abolición del Estado

¿Puede lograrse la abolición del Estado en esta época de masiva industrialización? Además de la generalizada desconfianza de la gente común respecto de su capacidad para administrar sus propios asuntos, uno de los mayores argumentos a favor del Estado radica en la suposición de que la tecnología industrial requiere de un orden social centralizado. Este punto de vista es compartido por conservadores, liberales y marxistas. En una introducción a una colección de escritos anarquistas, Irving Louis Horowitz escribió desdeñosamente: “Apenas requiere algún talento o inteligencia el mostrar que *la moderna vida industrial es incompatible con la demanda anarquista por la liquidación de la autoridad estatal*” (1964: p. 26, énfasis mío).

Una afirmación similar fue hecha en 1922 por Nikolai Bujarin, entonces el líder teórico de los comunistas rusos después de Lenin. En *Anarquismo y comunismo científico* afirmó que la diferencia entre el anarquismo y el comunismo marxista (“científico”) *no* se encontraba en “el objetivo final”, esto es, la abolición del Estado. A diferencia de los liberales y los socialistas reformistas (tales como Horowitz), Bujarin creía que “en el futuro [comunista] no habrá clases, no habrá opresión de clase, y por ende no existiría el instrumento de opresión, no habrá Estado...” (Bujarin, 1981: p. 2). La diferencia real, afirmaba, estaba en (1) la necesidad de un Estado de transición, la “dictadura del proletariado”, y (2) en cómo expandir la producción social en orden a satisfacer todas las necesidades de una sociedad.

“Nuestra solución ideal para este problema es la producción centralizada, organizada metódicamente en grandes unidades y, en última instancia, la organización de la economía mundial como un todo. Los anarquistas, por el otro lado, prefieren... pequeñas comunas... [y] una producción pequeña y descentralizada que no puede elevar, sino únicamente disminuir, el nivel de estas fuerzas productivas” (Bujarin, 1981: pp. 2 y 4). Esto equivale a proponer, a escala mundial y por un tiempo indefinido, una estructura de tipo estatal, centralizada y burocrática.

El anarquista italiano Luigi Fabbri (1981) escribió una respuesta al ensayo de Bujarin. Entre los muchos comentarios incisivos del texto se encuentra la predicción (¡en 1922!) de que la dictadura comunista rusa, lejos de extinguirse, produciría un “capitalismo de Estado” administrado por una “nueva clase gobernante”. Criticó la adoración de los marxistas por la centralización capitalista. Es cierto que el capitalismo tiende a centralizarse por la búsqueda de ganancias, pero no porque la centralización sea siempre la forma más efectiva de producción. Los capitalistas centralizan la producción con el objeto de especular, para tener un mejor control sobre los trabajadores, para poder obtener el monopolio sobre las materias primas y los mercados, para mejorar su competitividad internacional y por otras razones imperialistas y monopolistas³².

De todas maneras Fabbri negó que los anarquistas fueran inflexibles sobre la producción descentralizada. Los anarquistas proponen una forma de producción que encaje con las federaciones de comunas cooperativas y las industrias controladas por los trabajadores. Por ende ellos sostienen que debe tenderse hacia la descentralización industrial tanto como sea posible; pero si algún grado de centralización fuese necesario en algunas industrias, entonces era preciso aceptarla. La visión anarquista “...se reflejaba también en la organización de la producción, dando preferencia, *tanto como sea posible*, a las formas descentralizadas de organización; pero esto no toma la forma de un dogma absoluto que debe ser aplicado en todo momento y lugar. Un orden libertario debería, por sí mismo... excluir la posibilidad de imponer tal solución de modo unilateral” (1981: p. 23, énfasis mío). Esta afirmación, concerniente a la tecnología, es similar a la de Buber citada anteriormente en relación con la política y es un importante principio del método anarquista.

Los marxistas sostienen que hay posibilidades liberadoras en la moderna tecnología industrial organizada en una producción centralizada. Afirman (y con razón) que por primera vez en la historia mundial la tecnología haría posible acabar con la escasez, el hambre y el esfuerzo. Hoy es posible crear un mundo

³² Esto es incluso más cierto en nuestra era de globalización, una época en la que la tecnología ha vuelto innecesaria la centralización.

de prosperidad para todos, con abundante ocio, lo que, como se dijo antes, permitiría la participación de todos en la toma de decisiones. Las tendencias políticas abiertamente procapitalistas (conservadoras y liberales) señalan que fue el capitalismo la causa de toda esta tecnología productiva y, por ende, deberíamos mantenerlo. Hoy en día incluso los socialdemócratas, aun cuando proponen algunas reformas, no quieren matar a la gallina burguesa mientras, supuestamente, está poniendo huevos de oro. Los marxistas señalan, por el contrario, cómo la pobreza y la miseria siguen creciendo alrededor del mundo, así como la inseguridad económica, incluso en los países imperialistas industrializados. Sólo unos pocos se quedan con esos huevos de oro. La tecnología sólo podrá ser utilizada para el bienestar de la humanidad, ellos dicen, cuando deje de ser “capital” (propiedad de unos pocos) y se convierta en un medio social de producción, tenido en común por los trabajadores. El capitalismo debe ser reemplazado por una nueva sociedad, *pero* será una sociedad que aún tendrá las formas de producción capitalistas (pero bajo nueva administración, por decirlo de algún modo).

Desafortunadamente para estas apologías del industrialismo, la tecnología moderna tiene más problemas que el ser monopolizada por unos pocos (Commoner, 1972). Los huevos de oro son también radioactivos, ¿y, de todos modos, quién puede comer oro? Para repetirlo: la tecnología moderna contamina el aire que respiramos y la comida que comemos; está recalentando la Tierra entera y preparando tanto sequías como inundaciones; está exterminando todas las especies de plantas y animales y destruyendo las selvas; produce desechos tales como plásticos y material radioactivo que durarán indefinidamente, está agotando los recursos no renovables y ha producido armas de tal poder destructivo que una guerra podría eliminar toda forma de vida en la Tierra.

Consideremos cuánto de nuestra vida industrial está basado en el petróleo, el gas natural, el carbón y sus subproductos. Nuestro sistema de transporte (autos, camiones y aviones) funciona con gasolina. Nuestra comida es producida con el uso masivo de fertilizantes petroquímicos y pesticidas. Nuestras ropas están hechas, en gran parte, de fibras sintéticas derivadas del petróleo. Nuestros hogares son calentados con gas natural y petróleo.

La electricidad proviene del carbón y del petróleo. Y en todos lados, desde la ropa a los muebles y a la construcción, para toda clase de objetos, usamos plástico, que tiene el mismo origen.

Sin embargo el petróleo, el gas natural y el carbón son recursos limitados y no renovables, destinados a acabarse algún día. La oferta mundial de combustible probablemente va a disminuir dentro de la próxima década, o como máximo dentro de dos. El uso de hidrocarburos contamina el aire, causando el efecto invernadero que inundará las ciudades costeras y extenderá la sequía en los campos. Los plásticos no son biodegradables, la basura plástica probablemente dure un largo, largo tiempo. Los derrames inevitables de combustible en tuberías y tanqueros destruyen ecosistemas locales. ¡Sin embargo hemos permitido que esos recursos se conviertan en la base de nuestro modo de vida!

También hay males de la tecnología que rara vez se mencionan, incluso por los críticos preocupados por la ecología. Uno es su efecto en los trabajadores de las fábricas modernas. No sólo la contaminación en el trabajo o la alta frecuencia de accidentes, sino la relación misma de los trabajadores con sus máquinas. En lugar de aprovechar las capacidades creativas del trabajador individual, las maquinarias típicas de las fábricas están *diseñadas* para hacer el trabajo tan descerebrado y repetitivo como sea posible. Los trabajadores están subordinados a la maquinaria. Su trabajo podría definirse como aquellas actividades para las cuales todavía es muy costoso utilizar. Otras dificultades con la tecnología actual tienen que ver con la calidad de las mercancías que consumimos, la planificación de nuestras sobredimensionadas ciudades y la naturaleza general de nuestro “alto estándar de vida”.

Sancionar algunas leyes contra la contaminación no puede ser suficiente. *La totalidad de la base tecnológica de nuestra sociedad industrial –cómo producimos y distribuimos mercaderías y servicios– debería ser transformada.* El problema con la moderna tecnología industrial no es sólo que sea propiedad de unos pocos, ni tampoco el que estos pocos, los capitalistas, sean conducidos por el sistema a producir por su ganancia monetaria, para acumular y crecer, sin importar los efectos que produzcan sobre los trabajadores o el medio ambiente. Éstos *son* problemas inherentes al capitalismo. *La propiedad socializada*

y la producción orientada al consumo y no a la ganancia son necesarias pero no suficientes. Los marxistas dicen que el Estado capitalista no puede simplemente tomarse y usarse para crear el socialismo, sino que debe ser reemplazado por otra estructura. También reconocen que el sistema económico capitalista debe ser abolido y reemplazado. Pero, extrañamente, la mayoría de ellos creen que la tecnología existente puede usarse como está, sin una transformación básica.

En el otro extremo, algunos anarquistas y otros sectores radicalizados sostienen que se debe prescindir de todo el aparato de la tecnología industrial. La electricidad, los automóviles, los hornos a gas, la producción de electricidad, los aviones, la televisión, las computadoras e incluso la medicina moderna deben ser abolidos. La humanidad debería volver al nivel tecnológico previo a la Revolución Industrial, al menos al nivel técnico de la Edad Media o quizás incluso más allá, antes de la revolución agraria, a las sociedades de cazadores-recolectores. Estos tecnófobos, o “primitivistas”, comparten las tesis básicas de los marxistas y los tecnófilos convencionales: están de acuerdo en que la tecnología moderna sólo puede ser centralizada (masiva, antiecológica, alienante y jerárquicamente organizada). Los marxistas y otros defienden la centralización porque la tecnología científica lo requiere (ellos creen eso), y los tecnófobos *critican* la tecnología científica porque requiere centralización (ellos creen eso).

Hay un tercer punto de vista, que rechaza el presupuesto según el cual una tecnología científica, moderna e industrializada debe ser centralizada y autoritaria. Extendiéndose hasta Kropotkin, incluye a Lewis Mumford (1970), Paul Goodman (1965, 1990), E. F. Schumacher (1999) y Murray Bookchin (1986). Ellos, y otros, son tan críticos del uso actual de la tecnología como los “primitivistas”. Están de acuerdo en que la civilización industrial ha llegado a un callejón sin salida a nivel moral, ecológico y humano, así como también en que se ha convertido en una amenaza para la humanidad. Pero creen que una tecnología científica podría ser utilizada para crear una sociedad realmente humana. Pero para esto la tecnología debe usarse de otra manera.

Los teóricos alternativos de la tecnología basan su punto de vista en varias premisas. Una es que la tecnología moderna no sólo es potencialmente muy *productiva* (están de acuerdo con lo señalado por el marxismo), sino también que es potencialmente muy *flexible*. Hay diferentes fuentes de energía (carbón y gasolina, pero también alcohol, viento, madera, luz solar, mareas y calentamiento geotérmico) que pueden usarse para poner en marcha algunos pocos motores grandes centralizados o varios pequeños motores descentralizados, y que permitan abastecer el tendido eléctrico de un vasto territorio y proveer calor y luz a grandes o pequeñas comunidades. Y esto sin mencionar la demostración, realizada por Lovins (1977), según la cual una conservación apropiada en el hogar y en la industria podría ahorrar una gran cantidad de la energía actualmente desperdiciada. Las grandes fábricas usan máquinas enormes, pero también existen pequeñas y poderosas herramientas que podrían ser usadas en talleres comunales (actualmente el promedio de empleados en las fábricas estadounidenses es de 40 a 60 trabajadores, y de las 275.000 compañías manufactureras del país sólo alrededor del 10 por ciento tiene 100 o más empleados [Morris, 1982]). En la actualidad el transporte se realiza, principalmente, con autos, camiones, barcos propulsados por hidrocarburos y aviones y algunos ferrocarriles. Con la tecnología moderna los ferrocarriles podrían expandirse, los trolebuses podrían ser reinstalados y podrían construirse autos eléctricos, dirigibles seguros y grandes barcos de vela. Las cosas que solían hacerse sólo de acero pueden hacerse ahora con aluminio, plástico o maderas especialmente tratadas. Los servidores de computadoras gigantes existen, así como existen las PCs e incluso tipos de computadoras más diminutos. Internet permite que las corporaciones capitalistas controlen sus operaciones alrededor del globo, pero también permite la cooperación desde abajo entre los individuos usuarios de computadoras personales. La comida puede ser cultivada en gigantescos establecimientos rurales o bien en pequeñas granjas orgánicas o invernaderos en el medio de las ciudades. Los diarios se pueden imprimir en grandes plantas impresoras para un par de cadenas de noticias o localmente para las pequeñas prensas.

Hace más de 40 años atrás, Paul y Percival Goodman escribieron en *Communitas*, "...Por primera vez en la historia tenemos... un excedente de tecnología, una tecnología de libre decisión... Podríamos centralizar o descentralizar, concentrar a la población o dispersarla... Si queremos combinar los valores de la ciudad y el campo en un modo de vida agroindustrial, podemos hacerlo... Podríamos volver a la anticuada industria doméstica, incluso quizá con una ganancia en la eficiencia, ya que los pequeños generadores se consiguen en todas partes; las máquinas pequeñas son baratas e ingeniosas, y hay medios simples de obtener las partes de las máquinas y ensamblarlas..." (Goodman y Goodman, 1990: pp.11-13)

Los Goodman escribieron antes del crecimiento del nuevo movimiento tecnológico. E. F. Schumacher (1999), una figura clave, comenzó investigando proyectos para el desarrollo económico. Descubrió que las ayudas económicas para el desarrollo iban a unos pocos ricos locales y a funcionarios del gobierno, quienes lo usaban para construir enormes proyectos: grandes represas, fábricas y aeropuertos. Incluso cuando éstos "funcionaban", perturbaban drásticamente las culturas locales (sentando las bases para futuros movimientos fundamentalistas religiosos-nacionalistas). Porque estos grandes proyectos usaban tecnología "avanzada" en el uso intensivo del capital, empleaban a un limitado número de personas para el dinero invertido y resultaban ecológicamente destructivos.

En su lugar, Schumacher propuso desarrollar una tecnología que ayudaría a los pueblos a desarrollarse a su propia velocidad. Estaría adaptada a los países donde el capital es escaso pero la mano de obra abundante. Lo que él denominó como "tecnología intermedia" debía estar a medio camino de las técnicas tradicionales y de los actuales métodos de producción en masa. En lugares donde los granjeros usaban arados de madera tirados por bueyes, Schumacher y sus colegas no ofrecían tractores; en su lugar desarrollaban mejores arados de acero y arneses para los bueyes. Trabajaron en hornos solares de metal para granjas y pueblos y en las mejores maneras de construir pequeñas casas usando materiales locales. La idea era usar lo mejor de la ingeniería científica para desarrollar pequeñas máquinas, pequeños motores y dispositivos útiles que satisficieran las necesidades locales

y dependieran del trabajo y materiales locales para ponerse en marcha. Toda una industria de la “tecnología intermedia” se ha desarrollado a lo largo y ancho del mundo.

Bajo el eslogan “lo pequeño es hermoso”, Schumacher y sus colegas comenzaron a aplicar este enfoque, inclusive a los condados ricos. Ahora se llama “tecnología apropiada” o “tecnología alternativa” (o “comunitaria” o “liviana” o “tecnología de liberación”). Mostraron, *con los hechos*, que los principios de la tecnología moderna podían usarse para hacer maquinaria que estuviera descentralizada, que fuese ecológica, que conservase los recursos naturales y que se adaptara a sí misma al control de los trabajadores (Davis, 1978; Sale, 1980, 1985).

De manera similar, Karl Hess y sus amigos mostraron la posibilidad de la tecnología descentralizada, orientada a la comunidad, en un barrio pobre de Washington D.C. (Hess 1979). Construyeron jardines invernaderos hidropónicos sobre los techos para cultivar verduras y acuarios en los sótanos para obtener carne de pescado. Introdujeron sanitarios bacteriológicos que sirvieron a la vez como alternativa al sistema de cloacas convencional y como base para aprovechar los desechos cloacales humanos en fertilizante. Con latas de alimento para gatos construyeron colectores solares. Todo esto se llevó a cabo en paralelo con la construcción de una organización comunitaria administrada por democracia directa, en la cual aquellos que votaban sobre los proyectos eran los que los llevaban a cabo. Su trabajo fue continuado por el Instituto para la Autosuficiencia Local, cuyo objetivo consiste en promover la conversión de ciudades y barrios en comunidades industriales autosuficientes, a través de la tecnología alternativa y de la planificación económica local (Morris, 1982).

Entre los teóricos de la tecnología alternativa es posible encontrar orientaciones políticas variadas. Algunos, como Lovins (1977), son directamente procapitalistas. Otros, como Hess (1979) o Sale (1980) parecen adoptar una posición neutral entre el capitalismo y un cooperativismo de producción para consumo. Bookchin (1980) defiende explícitamente el anarcosocialismo (o comunismo con c minúscula) y Goodman (1965) se identifica a sí mismo como “anarquista comunista” y propone un sistema de “economía mixta”. La orientación política

de Schumacher consistía en algo así como una socialdemocracia descentralizada, influido por el guildista R. H. Tawney (Twaney, 1948; Cole, 1980). Aun cuando fuese precisa la crítica a los marxistas y su excesivo énfasis en los aspectos políticos y los económicos, Schumacher y otros especialistas de la tecnología han tendido a afirmar, en el otro extremo, que el cambio fundamental debe buscarse *en* la tecnología y en el tamaño de las instituciones. En realidad la tecnología alternativa de pequeña escala es, aunque esencial, sólo una parte de un programa integrado de cambio revolucionario (Dickson, 1974). El movimiento de tecnología alternativa desarrollado tras el eslogan “lo pequeño es hermoso” ha hecho mucho por demostrar, en la teoría y la práctica, que una tecnología descentralizada y humanista es práctica y *posible*.

Los tecnólogos alternativos rechazan la idea de que la producción centralizada es siempre la más eficiente, un mito capitalista que los marxistas han comprado completamente. Este mito se basa en la asimilación de la “eficiencia” con aquello “que deja más ganancia” o “lo que sea más útil para el control político por unos pocos”. Por el contrario, cuando uso la palabra “eficiencia” me refiero a “capaz de producir mercancías y servicios útiles, de permitir vidas creativas y plenas para los trabajadores, pasible de ser controlado democráticamente y respetuosos de una ecología balanceada”.

Por ejemplo, es cierto que, como suele afirmarse, un aumento en la concentración de la producción podría hacer la producción más barata debido a la “economía de escala”. Pero también es cierto que, *a medida que los costos de producción disminuyen, aumentan por otro lado los costos de transporte y distribución*³³.

Entonces, una gigantesca fábrica de manufacturas, usando grandes stocks de materias primas, con máquinas gigantes y muchos trabajadores, puede hacer muchos artículos a un bajo precio. Pero primero tiene que obtener las materias primas de fuentes dispersas a lo largo del país o del mundo y luego llevarlas hasta la fábrica central. Estos materiales deben ser almacenados y transportados a través de caminos. La cantidad de trabajadores hace imposible que todos puedan vivir cerca de la

³³ Ley de Borsodi (Goodman y Goodman, 1990).

fábrica, por lo que algunos tienen que cubrir, dos veces por día, grandes distancias. Una vez terminados, estos artículos deben ser distribuidos entre los consumidores alrededor del mundo. Para ello deben ser envasados, puestos en contenedores, almacenados en depósitos en varios lugares a lo largo de su viaje y transportados por trenes, camiones, barcos y aviones. El viaje de los trabajadores y el envasado, almacenaje y transporte en dos direcciones utiliza demasiados recursos.

En contraste (yendo imaginariamente al otro extremo), pensemos en una cantidad de pequeños talleres manufactureros, esparcidos por todo el territorio y utilizando pequeñas herramientas eléctricas y motores. Podrían abastecerse de fuentes locales de materias primas, o bien reciclar artículos usados u otros desperdicios que utilicen materiales similares. El pequeño número de trabajadores permitiría que todos vivan cerca, y por ende no deberían viajar tanto. En la medida en que se trata de una pequeña planta o taller local, sus artículos podrían consumirse localmente, reduciendo los costos de envasado, transporte y almacenamiento. Como la producción dependería del consumo local, y el negocio podría aumentar o disminuir su producción en función de la demanda a corto plazo, también disminuiría la necesidad de almacenamiento. Para decidir si, para un artículo en particular, conviene un modo de producción centralizado o descentralizado, se requiere un cálculo comparativo de los costos concretos de producción y de distribución, y no limitarse al lugar común según el cual la producción en masa es siempre la más barata.

Este argumento fue expuesto durante los años veinte y treinta por Ralph Borsodi (1972), un defensor de la descentralización productiva. La familia Borsodi se fue a vivir a una hacienda, una granja casi autosuficiente. Aun cuando sus motivos originales eran políticos y culturales –querían crear una alternativa a nuestra “fea civilización”– descubrieron que mucho de su trabajo, usando las herramientas más modernas del momento, resultaba más eficiente que la producción en masa. Borsodi calculó entonces que los tomates, cultivados y enlatados por su esposa, eran más baratos que las latas de tomates compradas en los negocios (contando sus horas de trabajo a salarios estándar). Así comenzó a calcular

los costos del resto de los artículos que usaban para comida, ropa y refugio. Por sus estimaciones, un tercio del producto nacional era, efectivamente, producido con mayor eficiencia de manera centralizada y masiva; pero los dos tercios restantes resultaban más baratos si eran producidos localmente y a pequeña escala. Basándose su programa político en granjas pequeñas, Borsodi no tuvo en cuenta la posibilidad de producir a niveles intermedios o regionales, que probablemente sería lo más conveniente. Por supuesto que los economistas capitalistas no hacen esos cálculos hoy, aun cuando los tecnólogos alternativos han mostrado que gran parte de los productos industriales podrían ser efectivamente producidos a nivel local o regional, superando probablemente los dos tercios calculados por Borsodi.

Cuando se discute la supuesta eficiencia de la producción masiva centralizada, sus defensores suelen no tomar en cuenta sus efectos perjudiciales sobre el medio ambiente, incluyendo desechos venenosos y el consumo de recursos no renovables. Tampoco se tienen en cuenta los costos de “reparación” del medioambiente cuando se calculan los costos de producción. La contaminación se cuenta como un factor “externo”, esto significa que es la comunidad y no la empresa capitalista quien tiene que hacerse cargo de la limpieza. Por regla general, una fábrica enorme –volviendo al ejemplo de la producción de manufacturas– produce mucho del mismo residuo, concentrado en un único punto. Éste es más difícil de absorber que la misma cantidad de desecho producido en pequeñas cantidades, en varios lugares diferentes y por plantas más pequeñas. Más aún, una economía localmente planificada puede hacer el esfuerzo de examinar los productos de desecho de la comunidad y ver cómo se pueden reciclar para propósitos productivos (Morris, 1982). Por ejemplo, la misma durabilidad de los plásticos que hace que sea tan difícil deshacerse de ellos, facilita al mismo tiempo su reciclaje, absorbiéndoselos como nuevos productos. Tanto los desechos humanos y animales como la basura orgánica pueden ser convertidos en fertilizantes para granjas y jardines locales.

Los problemas de la eficiencia en la producción industrial incluyen la organización humana del proceso de producción. Relacionados integralmente con la maquinaria se encuentran los seres humanos que las operan (o que son operados por ellas). La industria es centralizada y jerárquica, con los trabajadores sirviendo en la base de la cadena de mando. Allí obedecen órdenes, cumplen con trabajos asignados por otros, se les da tan poco lugar a la iniciativa como sea posible y sus tareas se ven descompuestas en la mayor cantidad posible de acciones breves y repetitivas.

Sin embargo los capitalistas se ven tan forzados a mejorar las ganancias que incluso han hecho la prueba de dar a los trabajadores un control más democrático sobre la producción. Han contratado psicólogos industriales y sociólogos para que experimenten con el humano en el proceso de producción. Las tareas se combinan para hacerlas más interesantes (enriquecimiento del trabajo), o los trabajadores se turnan en diferentes tareas (rotación del trabajo), o se les da lugar a opinar sobre cómo se hace el trabajo, individualmente o en pequeños grupos. A lo largo de las décadas tales experimentos han mostrado mejoras en la producción, aumentos en la moral de los trabajadores, descenso en el recambio y ausentismo y mejoras en la satisfacción laboral. Experimentos de este tipo han sido realizados con trabajadores fabriles, con oficinistas, con científicos y con vendedores (Jenkins, 1974). Se han hecho con empleados de un amplio espectro educativo. Los “experimentos” más extremos fueron los “contratos grupales” en Europa o EE.UU., esto es, donde los trabajadores son contratados como un grupo y deben organizarse a sí mismos para usar las máquinas y repartirse la paga.

“La conexión entre la mayor participación de los trabajadores... y el aumento en la productividad ha alcanzado al nivel de una obviedad... Un repaso extenso de la literatura... pone de manifiesto la consistencia de la tesis según la cual la participación del trabajador en la administración produce un aumento de la productividad” (Grenier, 1988: p. 127).

La lógica de tales experimentos sociales nos conduce a la *democracia de los trabajadores*, que es la razón por la cual a estos experimentos nunca se les permite llegar a ningún lado bajo el capitalismo. Ellos proveen evidencia de que los trabajadores

podrían controlar la industria en el quehacer cotidiano del taller. Si es así, entonces, ¿para qué necesitamos a los capitalistas, a los burócratas o al Estado?

Esto nos explica por qué, aun siendo la descentralización y la democratización tan eficientes, los capitalistas rara vez la aplican. Otra explicación posible es que a veces lo hacen. Como acabamos de mencionar, los capitalistas han tratado numerosas veces de democratizar la producción; y las grandes corporaciones suelen dividir la administración de sus operaciones en unidades más pequeñas y separadas. La mayoría de las grandes corporaciones prefieren manejar gran parte de sus operaciones a través de pequeños contratistas en lugar de hacer todo ellos mismos. A menudo la tecnología descentralizada se ve impulsada por industrias convencionales (consideremos el crecimiento de las computadoras hogareñas a través de las fuerzas usuales del mercado).

Pero todas estas fuerzas tienen sus límites. Las empresas capitalistas tienen que dominar a sus trabajadores o no serían capitalistas y la competencia los obliga a tratar de dominar los mercados. Deben crecer, o bien dejarse absorber por las empresas que sí crecen. Esto significa que es en las finanzas y en el poder que reside la necesidad de centralización, de jerarquía y de gigantismo. Por ende, las empresas capitalistas buscan la tecnología que sea más funcional a la centralización, a la jerarquía y al gigantismo. Por el contrario, si una sociedad sin Estado así lo quisiera, podría buscar tecnología que sirva a la descentralización, la democracia y la pequeñez. El problema no es la tecnología sino el tipo de sociedad.

Después de una revolución, los trabajadores deberían comenzar inmediatamente a reorganizar y reconstruir la producción técnica (Castoriadis, 1988). De otra manera las relaciones de clase se reproducirían. Los defensores de la “parecon” [economía participativa] proponen crear “complejos laborales balanceados” donde las tareas se reconfigurarían para incluir trabajo manual e intelectual, buscando tanto como fuera posible la igualdad en la satisfacción laboral (Albert, 2003). Empezando por lo que tenemos, los trabajadores y otros reorganizarán la producción de modo tal que sea más fácil la administración obrera, que permita deshacerse de la división entre trabajo intelectual y

manual, que haga el trabajo más creativo e interesante para los trabajadores, que permita producir artículos socialmente útiles y que resulte sana y ecológicamente segura.

En un pasaje que ha sido casi universalmente ignorado por los marxistas, Engels escribió: “...La sociedad no se puede liberar a sí misma al menos que cada individuo sea liberado. El viejo modo de producción debe por ende ser revolucionado de arriba a abajo, y en particular la anterior división del trabajo debe desaparecer. Su lugar debe ser tomado por una organización de la producción... que... en lugar de ser un medio de subyugar a los hombres, se volverá un medio para su emancipación, ofreciendo a cada individuo la oportunidad de desarrollar todas sus capacidades, físicas y mentales, en todas las direcciones y ejercitarlas al máximo; en el que, por ende, el trabajo productivo se volverá un placer en lugar de ser una carga” (Engels, 1954: p. 408).

Para esto es la revolución.

Capítulo 7. La sociedad experimental

El concepto que Marx tenía del Estado de transición (o semiestado) está atado a su concepto de economía de transición. “Nos estamos ocupando aquí de una sociedad comunista, pero no como si se hubiese desarrollado desde sí misma, sino, por el contrario, así como emerge de la sociedad capitalista. En todos los aspectos, económicos, morales e intelectuales, lleva todavía las marcas de nacimiento de la vieja sociedad de cuyas entrañas ha surgido” (*Crítica al Programa de Gotha*, en Marx, 1974: p. 346). ¡Qué imagen! Pero se entiende el punto.

Marx creyó que, saliendo del capitalismo, no es posible crear inmediatamente “una fase más avanzada de la sociedad comunista” (ídem: p. 347). Será necesario por un tiempo, en “la primera fase de la sociedad comunista” (ídem), adoptar un sistema en el que a los trabajadores aún se les pague de acuerdo con la cantidad de trabajo que realizan, hasta que la productividad alcance un nivel más alto. Algunos aspectos del mercado –sujetos a la ley del valor– persistirán, aunque irán siendo gradualmente desplazados por una planificación consciente de la economía. Una “dictadura del proletariado” será necesaria durante este período de transición, usualmente entendida como un nuevo Estado³⁴. De todas maneras muchos anarquistas, comenzando por Kropotkin, han sostenido que es posible pasar de modo inmediato a una economía plenamente comunista; que un sistema de transición semicomunista (parte capitalista y parte socialista) no funcionaría –porque es imposible determinar el valor del trabajo de cada obrero en la moderna producción colectiva– y tampoco sería necesario, porque el comunismo pleno se podría implementar inmediatamente.

Bakunin parece haber considerado una etapa transicional antes del establecimiento definitivo del anarquismo comunista. Después de su muerte su amigo James Guillaume condensó los puntos de vista de Bakunin respecto de la sociedad postrevolucionaria. El objetivo del comunismo libertario, afirmaba,

³⁴ Fue Lenin, y no Marx, quien denominó a la “primera fase de la sociedad comunista” de Marx como “socialismo” y a la “fase más avanzada”, “comunismo”. Los izquierdistas hoy en general han aceptado los términos de Lenin. Yo uso “socialismo” como un término más amplio, que incluye al “comunismo”.

dependería de lograr un nivel suficientemente alto de productividad. “Mientras tanto, cada comunidad decidirá por sí misma, durante el período de transición, qué método considera más adecuado para la distribución de los productos del trabajo asociado” (Bakunin, 1980: p. 362).

Han pasado varios años desde que Marx y Bakunin escribieran, y el capitalismo ha desarrollado la tecnología al punto de alcanzar una productividad extremadamente alta, de seguro suficiente para una sociedad comunista libertaria. Esto es especialmente cierto si el socialismo (comunismo) se hace cargo de todos los desechos producidos bajo el capitalismo. En lugar de tantos modelos de automóviles, podría haber algunas pocas alternativas junto a un sistema de trenes, colectivos y trolebuses más desarrollado (al mismo tiempo que un esfuerzo por lograr que las personas vivan más cerca de sus trabajos, en comunidades que integren trabajo y vida). Un socialismo internacional nos ahorraría los trillones de dólares desperdiciados regularmente en producción armamentística. Y hay un vasto número de trabajos que no serían más necesarios: todas las castas de la administración intermedia y alta, la industria de seguros, los negocios de publicidad, etc. Vastos números de personas serían libres de trabajar en labores productivas, produciendo más al tiempo que aligerando la carga de todos.

La sociedad postrevolucionaria comenzaría con una tecnología inmensamente productiva, una fuerza trabajadora expandida y pondría fin al derroche capitalista.

Puede afirmarse que sería posible implementar inmediatamente el comunismo libertario, sin tener que esperar al futuro desarrollo de la tecnología. Potencialmente, la tecnología moderna es tan productiva que podría proveer a todos de un muy buen nivel de vida con una ínfima cantidad del trabajo social total³⁵.

¿Y entonces qué? Nadie *necesitaría* trabajar para obtener comida, vestimenta, etc. Pero la gente no se contentaría con estar sin hacer nada mientras los robots hacen todo el trabajo. La gente querrá estar activa. Habrá muchos más voluntarios

³⁵ Algo parecido a nuestra [EE.UU.] productividad en la agricultura, en la cual el 1% de la población produce ahora más que suficiente para toda Norteamérica, mientras que en la mayor parte de la historia de la humanidad la producción agrícola requería el trabajo del 99% de la población.

que trabajos “necesarios”. Habrá una necesidad de “crear” ocupaciones, combinar trabajo y juego en actividades creativas. Las actividades (no las llamaría “trabajos” simplemente) se encontrarían orientadas hacia el desarrollo de las potencialidades humanas (como en *Noticias desde ningún lado* [Morris, 1986]).

Pero esto es cierto sólo en teoría. Desafortunadamente, esta alta tecnología productiva no está disponible en cualquier lado y de modo inmediato. La mayor parte del mundo no está realmente industrializada. Una sociedad postrevolucionaria deberá ayudar a las naciones que alguna vez fueron oprimidas a desarrollarse de modo ecológico y sustentable, de acuerdo con las necesidades de los pueblos. Incluso en las naciones industrializadas (los antiguos países imperialistas) va a ser necesario modificar la tecnología existente para que resulte ecológica y administrable por los trabajadores. Por otro lado, si hubiese una fuerte resistencia, las luchas revolucionarias se convertirán en destructivas guerras civiles. *Una vez que se gane la revolución quedará por delante una cantidad de trabajo de reconstrucción*. Además, si la revolución va a tardar un cierto tiempo en extenderse desde los primeros países hacia el resto del mundo, coexistirán países capitalistas y países libres, lo que hará necesaria la producción de armas. Todos estos factores podrían limitar la rapidez con la cual los trabajadores podrían crear una sociedad tan productiva que hiciera necesarios los límites al consumo.

Hasta que la productividad sea suficientemente alta para todos, se enfrentará el problema de cómo motivar a los trabajadores para hacer el trabajo necesario en pos de que la sociedad sobreviva. Los trabajadores deberán transformar, tanto como sea posible, las labores necesarias en actividades creativas e interesantes. La revolución desarrollará motivaciones idealistas y es más fácil apreciar el valor del trabajo propio en comunidades relativamente pequeñas, las cuales deberemos construir. De todas maneras la psicología popular no va a cambiar de la noche a la mañana y, como ya ha sido sostenido, podría existir la necesidad de recompensar el esfuerzo para mantener a la gente trabajando.

La perspectiva de Bakunin que mencionamos anteriormente nos conduce a una tercera posición, diferente tanto del sistema de transición como del salto inmediato a un comunismo pleno: una *economía experimental*. Los capitalistas habrán sido expropiados y la economía será, en términos generales, cooperativa, colectiva y administrada democráticamente por los trabajadores. Pero los rasgos específicos de la organización de la producción no serán necesariamente los mismos en todo momento y lugar.

El anarcocomunista Errico Malatesta hizo notar que no podemos asumir que todos, o ni siquiera la mayoría, de los trabajadores estarán convencidos del comunismo libertario, incluso después de una revolución. La revolución probablemente será llevada adelante por un frente único y *tratar de imponer* el comunismo libertario a todos sería una atrocidad, una burla a la idea misma de anarquismo. En su lugar se podrían intentar múltiples enfoques (en tanto no se acepte la explotación), hasta que las personas, a partir de su propia experiencia, se decidan por el más conveniente.

Malatesta escribió: “Probablemente toda forma posible de posesión y utilización de los medios de producción y todas las formas de distribución de los productos se intentarán al mismo tiempo en una o varias regiones, y ellos se combinarán y serán modificados de varias maneras hasta que la experiencia indique qué forma, o formas, es o son las más apropiadas... En tanto uno evite la... consolidación de un nuevo privilegio, habrá tiempo para encontrar las mejores soluciones...” (1984: p. 104).

También escribió: “...Uno debe considerar a *la anarquía, sobre todo, como un método*... Sólo la anarquía señala el camino por el cual ellos pueden encontrar, por prueba y error, la solución que mejor satisfaga las necesidades y deseos de todos... ¿Cómo serán educados los niños? No lo sabemos. ¿Entonces qué pasará? Los padres, pedagogos y todos a los que les concierna... se juntarán, discutirán, estarán de acuerdo o se dividirán de acuerdo con los puntos de vista que sostengan, y pondrán en práctica los métodos que piensen que son los mejores. Y con práctica aquel método que de hecho sea el mejor, será al final adoptado. Y de manera similar todos los problemas que se les presenten a ellos mismos” (Malatesta, 1974: pp. 45 y 47, énfasis mío).

Es poco probable que haya un modo que encaje mejor con todas y cada una de las industrias, desde la producción de acero hasta la educación de los niños. Es poco probable, también, que haya una manera que se adapte mejor a todas las culturas y regiones de la tierra, sin importar la historia nacional, las tradiciones, el clima o los recursos naturales disponibles. Una de las mayores ventajas de un sistema federalista y plural es que las diferentes localidades pueden ensayar diferentes enfoques para problemas comunes, haciendo posible que las distintas regiones puedan aprender de los éxitos y de los errores de los otros. Tal sociedad puede ser considerada “transicional”, en el sentido de que están siempre en transición, siempre cambiando.

Pueden ensayarse una variedad de diferentes formas sociales dentro de ciertos límites, que consistirían en que la comunidad permanezca realmente democrática, descentralizada, cooperativa y sin explotación. Esto es, que la sociedad continúe libre para seguir experimentando. Volviendo sobre las afirmaciones anteriores de Buber y de Fabbri, *el principio debería consistir en ser tan descentralizado, democrático y cooperativo como sea posible, y ser sólo tan centralizado y jerárquico como sea absolutamente necesario*. Como lo expresó Paul Goodman, “Nosotros podríamos adoptar la siguiente máxima política: debemos descentralizar dónde, cómo y tanto [como] sea conveniente. Pero el dónde, el cómo y el cuánto son preguntas empíricas. Requieren investigación y experimentación” (1965: p. 27)³⁶.

Diferentes comunidades, regiones y naciones podrían ensayar varios modelos de socialismo antiautoritario, adaptándolo a sus condiciones. Uno de esos modelos, ya mencionado, es la libre economía comunista. Todos trabajan, no por dinero, sino porque quieren mantenerse activos y productivos o porque se sienten responsables o porque no quieren ser llamados “culos pesados” y si algunos pocos no trabajan, ¿qué? Las personas podrían turnarse para hacer los trabajos más sucios. El consumo de bienes abundantes sería libre. Las personas toman lo que quieren de las estanterías y nadie lleva más de lo que necesita, puesto que siempre se

³⁶ Gran parte de mis ideas sobre esto fueron inspiradas originalmente por Goodman. Sin embargo, como un reformista, él está pensando en términos de cambios experimentales y graduales en la sociedad, y no tanto en el período posterior a la revolución de los trabajadores, que yo, al igual que Malatesta, Bakunin y Marx, creo necesaria.

puede conseguir más. Los bienes escasos tienen que ser racionados. Para funcionar, una sociedad como ésta debería producir en cantidades superiores al estándar de vida aceptado; demasiado racionamiento y se vendría abajo. El *kibbutzim* israelí, que ha durado por décadas, es un ejemplo concreto de la factibilidad de este sistema.

Otra posibilidad podría consistir en que una comunidad socialista pague a los trabajadores en créditos por las horas trabajadas, con montos ajustados que mantengan un nivel de incentivo similar para todos los trabajos. Ésta es la propuesta de B. F. Skinner en *Walden Dos* (1962), lo que nos sugiere cómo podría funcionar una pequeña comunidad socialista (aunque su modelo carece totalmente de democracia).

Para cualquier modelo siquiera cercano al comunismo libertario se plantea el problema de cómo coordinar la producción y el consumo de bienes. Podría haber más o menos planificación central por oficiales electos o nombrados, sujetos a un grado mayor o menor de influencia democrática. Demasiada planificación centralizada nos conduce al peligro de la burocracia, la inflexibilidad y el autoritarismo. Demasiado poco aumenta el peligro de un resurgimiento del mercado. Debería ser posible combinar la planificación económica con la democracia descentralizada. La primera Autoridad del Valle de Tennessee es un ejemplo. Castoriadis (1997) propuso el uso de un mecanismo de planificación central –una “fábrica de planes”– que podría desarrollar uno o más planes económicos, que luego pasarían a ser debatidos y definidos en la federación de consejos de trabajadores.

Albert y Hahnel (1991; Albert, 2003) han propuesto un sistema de “planificación socialista descentralizada” o “economía participativa” (“Parecon”). Los consejos locales de consumidores harían una lista de lo que quieren, de la misma manera los consejos de fábrica harían una lista de las materias primas que necesitan para la producción. En función de todo esto los consejos de fábrica dirían qué pueden producir. Usando computadoras y la comunicación por Internet se balancearían, a través de varios ciclos de ajuste, las necesidades de los consumidores y las capacidades de los productores, a medida que unos y otros tomen en cuenta las proyecciones de los otros. Esto sería

aún más sencillo si tenemos en cuenta que los consumidores y productores son, en última instancia, las mismas personas. Eventualmente, y sin necesidad de recurrir a ninguna burocracia central y planificadora, se iría desarrollando un plan (aunque sí habría “mesas de facilitadores” que ayudarían durante el proceso). Esto evitaría los perjuicios de la planificación estatal burocrática o el llamado socialismo de mercado. De todos modos no sería todavía una sociedad comunista (con c minúscula) porque las personas serían recompensadas de acuerdo con la cantidad de trabajo que realizaran, excepto los niños, los discapacitados, ancianos, etcétera.

El sistema de remuneración proporcional de la “Parecon” suena similar al sistema propuesto por Marx para la primera etapa del comunismo; pero a diferencia de éstos, Marx dejaba en claro que esto implicaba la continuidad de ciertas normas básicas burguesas (aunque sin burguesía), como que “igual” cantidad de trabajo fuera cambiada por igual cantidad de mercancías. A diferencia de Albert y Hahnel, para Marx se trataba de una solución temporaria, hasta que el comunismo pleno fuese alcanzado.

Podemos imaginar una sociedad que le “pague” a las personas por su trabajo, mientras que gradualmente se *incrementa el sector de la economía bajo el comunismo libre*. Incluso bajo el capitalismo, la mayoría de las carreteras, escuelas públicas, bibliotecas, cuarteles de bomberos y el agua son “libres”, esto es, pagados en común y disponibles para todos. Una sociedad socialista podría expandir este sector “libre”, proveyendo comida básica, ropa y abrigo para todos, sin importar su trabajo. Goodman ha propuesto que tal sistema de comunismo libre (una versión de una “renta anual garantizada”) debería existir codo a codo con el mercado u otras economías (Goodman y Goodman, 1990). Cada uno trabajaría en el sector de subsistencia garantizada, por decir, un año, para recibir protección de por vida. Y con el nivel de automatización alcanzado probablemente nadie realmente tendría que trabajar en el sector de subsistencia, que podría funcionar con voluntarios o bien personas a las que se les pagara un poco más. De manera similar Fotopoulos (1997) propone que haya un “sector de necesidades básicas” que se desempeñe en “el principio comunista”, mientras hay también

un “sector de necesidades no básicas” que funcione como un “mercado” artificial que balancee oferta y demanda. Cada trabajador ganaría *vouchers* para necesidades básicas personalizadas y *vouchers* para necesidades no básicas personalizadas, las primeras por cumplir un mínimo de trabajo en la industria de necesidades básicas, y la última por todo el trabajo que la persona haga. Aun cuando cualquiera de los sistemas duales podrían ser tomados en consideración, yo estoy sugiriendo, en su lugar, que a medida que la productividad se incrementa este sector comunista de necesidades básicas se debe expandir hasta cubrir casi todas las mercancías y servicios: la fase superior del comunismo.

Cuanto más pequeña el área para la cual se planifica, más fácil debería ser incluir la participación popular. Una comunidad local –un *kibbutz* o una población socialista– podría organizar su producción y consumo con bastante facilidad y tomar las decisiones al respecto en asambleas. Planear para una bioregión o para un país del tamaño de los EE.UU. resulta mucho más difícil, y además sería más complicado evitar las tendencias burocráticas. Es recomendable, entonces, organizar una economía planificada lo más descentralizada posible³⁷.

Un modelo alternativo podría ser el “socialismo descentralizado de mercado”. Habría un mercado, regulado por las autoridades comunales, pero las grandes corporaciones o empresas estatales tendrían vedado el acceso. No habría explotación puesto que los trabajadores no venderían su fuerza de trabajo a los patrones. En su lugar, la economía consistiría en negocios administrados por los trabajadores (cooperativas de productores), cooperativas de consumidores, pequeños negocios con dueños individuales, negocios de artesanías, empresas de propiedad comunal y granjas familiares. Algo similar ha sido defendido por algunos ecologistas (Spretnak y Capra, 1986) y por Dahl (1985). El concepto de “socialismo de mercado” ha sido defendido por algún tiempo, como una forma práctica de organizar la economía administrada por el Estado (Lange y Taylor, 1964; Nove, 1983). Aun cuando sus defensores no estaban pensando en un sistema de cooperativas de productores, sino en una economía centralmente planificada que deliberadamente imitase al mercado, la

³⁷ Albert y Hahnel no toman en cuenta la necesidad de la descentralización de la planificación comunal o de la tecnología. Esto es, según creo, una falla en su programa de Parecon.

mayoría de sus argumentos son aplicables aquí. Usar el mercado mantendría las necesidades de planificación central en un mínimo de regulación. El argumento en contra de este enfoque es que desalentaría la solidaridad, alentaría el egoísmo, incrementaría la inequidad y finalmente reproduciría el capitalismo.

El comunismo de Estado yugoslavo tenía un sistema como éste, con fábricas de propiedad social, administradas por consejos obreros que contrataban administradores profesionales. Las planillas de pago y la participación en las ganancias eran resueltas dentro de cada empresa. Las empresas competían en el mercado nacional con regulaciones generales por parte del Estado (que era una dictadura). Esto tenía las debilidades de una economía de mercado, incluyendo los ciclos de los negocios, desempleo, desigualdades entre las empresas más y menos exitosas y entre regiones (que alimentaron la intensificación de violentos nacionalismos tras la muerte de Tito). Sin embargo, el sistema funcionó por varias décadas, al menos tan bien como los países capitalistas tradicionales y mejor que en las economías administradas por el Estado comunista³⁸.

Personalmente tengo mis serias dudas respecto de este sistema. La economía no está realmente administrada de modo democrático, sino que en lugar de eso es controlada por el mercado, que en última instancia resulta incontrolable. No obstante decidí incluirlo como una posibilidad para experimentar en aquellas regiones que deseen intentarlo.

Como ya se mencionó, casi no existe rama de la industria o empresa que no haya sido exitosamente administrada por cooperativas de consumidores y productores, trabajando dentro de la economía de mercado. Un ejemplo es la enorme y exitosa Cooperativa Mondragón, establecida en 1956 en el país vasco, España (Johnson y White, 1982; Morrison, 1995). Este proyecto comprende varias empresas productivas, cooperativas de consumo, una unión de crédito y un colegio técnico. En la bibliografía pueden también encontrarse otros ejemplos de cooperativas de productores y consumidores (por ejemplo, Lindenfeld y Rothschild-Whitt, 1982). Otra vez, las cooperativas han funcionado tan bien que han tendido a integrarse

³⁸ No sé que pasó con este sistema después del colapso de la dictadura de Tito y las guerras civiles que le siguieron.

completamente en el sistema capitalista, así como también han funcionado para toda clase de emprendimientos en los países oprimidos (Maslennikov, 1983).

Ni estoy defendiendo ni me estoy oponiendo a ninguno de estos modelos. Aun cuando tengo preferencia por aquellos modelos que tiendan al anarcocomunismo, no puedo decir cuál es el mejor. Cualquiera de éstos, en las circunstancias adecuadas, podría funcionar. Espero que, luego de la revolución, las diferentes regiones ensayen modelos particulares, convirtiéndose en experimentos sociales de los que el mundo pueda aprender. Lo que propongo es que, *en lugar de ver a la sociedad postrevolucionaria como “transicional”, deberíamos verla como una “sociedad experimental”*. Siempre estaría en transición.

Las posibilidades de aplicación del método anarquista de sociedad experimental exceden el ámbito de la economía. La opresión de las mujeres tiene raíces muy profundas en la sociedad histórica, siempre atravesada por varias formas de explotación de clase. Se encuentra atada al modo en que la sociedad cría a sus niños, a la forma en la que todos socializamos y con las identidades personales que desarrollamos, como “hombres” y “mujeres”. Cualquier revolución tendrá que involucrar a los sectores más oprimidos de la clase trabajadora y de toda la sociedad, o de otra manera fracasará. Incluso si una revolución fuera a ocurrir, mágicamente, sin la movilización de las mujeres, degeneraría rápidamente otra vez en una sociedad de clases, a menos que las mujeres estuvieran realmente involucradas en cada área de cambio³⁹.

La caída del capitalismo traerá el fin de la clase capitalista en tanto que clase. La caída del patriarcado sexista no requerirá la abolición de los hombres, sino la creación de nuevas relaciones entre hombres y mujeres. ¿Cómo se conducirán las personas en el amor sexual/romántico? ¿Cómo formarán parejas y criarán niños? No tenemos las respuestas a estas preguntas. Habrá una sociedad libre en la cual las mujeres no dependerán económicamente de los hombres y en la cual serán libres de desarrollar sus potencialidades

³⁹ Incluso las revoluciones estalinistas y nacionalistas han movilizado a las mujeres de sus países, aunque el estatus de las mujeres tendía a caer nuevamente tras la toma del poder por los nuevos gobernantes.

al máximo. La comunidad tomará, en última instancia, la responsabilidad por todos los niños, en lugar de hacer que sus madres (o incluso sus padres) queden financieramente comprometidos. Más allá de esto, va a depender de las mujeres y de los hombres de esa sociedad el hallar sus propias maneras de amar y relacionarse.

Ésta será una sociedad basada en la asociación voluntaria y la cooperación libre. Las mujeres, económicamente independientes, podrán afirmar su libertad y pelear por sus derechos contra los privilegios masculinos. Ellas se pueden aliar con hombres que también se encuentren comprometidos con la liberación femenina. Todas las demás formas de sexismo y estereotipos de género se terminarán por medio de la lucha, incluyendo la opresión de los hombres gay, lesbianas, bisexuales y transgénero. Las comunas democráticas serán laboratorios en los cuales será posible buscar nuevas relaciones, más libres, entre los géneros y para reconsiderar qué quiere decir para las personas el ser masculino o femenino, el sentirse atraído por el mismo o por diferente género, o lo que sea que quieran ser.

Las relaciones entre las tal llamadas “razas” (nacionalidades, grupos étnicos o lo que fuera) se verán redefinidas por las personas libres, usando la anarquía como el método experimental. Es imposible que haya una revolución en los Estados Unidos sin la movilización de los sectores más oprimidos de la clase trabajadora, particularmente los afroamericanos, los latinos, los asiático-americanos, los americanos nativos y otras personas de color. Una revolución norteamericana debe involucrar a toda la clase trabajadora, debe ser multirracial, multinacional, multilingüe y con las posiciones de liderazgo desempeñadas por los más oprimidos. No sólo terminará con la pobreza, los asentamientos precarios, el fatal desempleo y los trabajos sin futuro. La revolución antiautoritaria hará posible que los grupos raciales y nacionales oprimidos se organicen a sí mismos de la manera que quieran. Va a ser esencial que lo hagan si queremos evitar que la revolución vuelva a caer en la vieja sociedad represiva. Sin una continua batalla contra todas las formas de racismo y privilegio blanco, las viejas jerarquías reaparecerán, incluyendo las clases y la explotación.

Si suficientes afroamericanos quieren separarse en su propia federación de comunidades diferenciadas, podrán hacerlo (en una sociedad sin Estado ya no habría un Estado nacional del cual escindirse). Aquellos afroamericanos que quieran estar totalmente asimilados en la cultura dominante podrán hacerlo, con el apoyo de todas las personas antirracistas de la sociedad. Quizá muchos quieran mantener algunas organizaciones “raciales” separadas, así como compartir todos los derechos del resto de la sociedad. Eso también será posible en una sociedad federada, pluralista y experimental. Lo mismo es cierto para otros grupos de color, tales como los mexicanos-americanos, quienes podrían querer formar su propia federación comunal en lo que antes era el sudoeste de EE.UU., por ejemplo.

Capítulo 8. Un mundo sin Estado

Se podrían criticar estas ideas por europeas y occidentales, desarrolladas alrededor del paradigma del hombre blanco europeo, y por lo tanto irrelevantes para la mayoría de la humanidad. Es cierto que el anarquismo y el marxismo se desarrollaron primero en Europa, y lo mismo sucedió con la mayoría de las ideas políticas modernas. El capitalismo y su industrialismo surgieron en Europa antes de extenderse al resto del mundo. Otras ideas que también fueron originalmente desarrolladas en Europa incluyen el nacionalismo, la democracia y la lucha de clases. Pero éstas no son ideas exclusivamente europeas, son ideas humanas. Hay versiones incipientes de ellas en todas las culturas. Las culturas de todos los pueblos poseen aspectos reaccionarios y democrático-libertarios. Es necesario que así sea porque cada pueblo arrastra un historial de opresiones de clase, de nacionalidad y de género; así como también un historial de resistencias contra estas opresiones. A medida que el industrialismo capitalista se extiende por el globo, los pueblos buscan formas de resistirlo, adoptando las ideas de aquellos que primero lo sufrieron en Europa, pero combinándolos con sus propias tradiciones y forjando sus propios conceptos. Así sucede con el socialismo libertario.

Hoy en día el anarquismo se ha extendido por todo el globo. Como a finales del siglo XIX y al principio del XX, el anarquismo se extiende por toda Latinoamérica⁴⁰. Hay anarquistas también en África (Mbah y Igariwey, 1997), en Corea, en Japón e incluso en China y Medio Oriente, y también en las regiones asiáticas de la vieja Unión Soviética. El marxismo ha perdido bastante crédito y las personas del mundo están buscando modos alternativos de resistencia. Con la nueva globalización del capitalismo ha surgido una clase obrera internacional completamente nueva. A lo largo y ancho de las naciones más pobres ha surgido un gran proletariado industrial y vivimos en un mundo internacionalizado, en el cual los medios de comunicación por computadora

⁴⁰ Los sandinistas de Nicaragua, aunque eran estatistas, usaron los colores rojo y negro porque se encontraban referenciados en el movimiento obrero, que había sido iniciado por los anarcosindicalistas.

y los nuevos medios de transporte han reforzado el mercado mundial. Los ideales históricos de la revolución internacional proletaria son hoy más relevantes que nunca para los trabajadores del mundo.

Un último argumento a favor del estatismo podría ser la supuesta necesidad de un *gobierno mundial* centralizado. No debe confundirse la idea de un gobierno mundial con las múltiples organizaciones internacionales que trabajan en áreas especializadas (tales como UNICEF o los que coordinan el comercio), ni con las federaciones internacionales en las que se puede ingresar voluntariamente (algo así como el modelo de la ONU, pero sin estados). Los anarquistas, como internacionalistas y refractarios al Estado nación, no tienen mayores problemas con esto. Por el contrario, un gobierno mundial sería algo así como un Estado internacional, con sus propias fuerzas militares y policiales y capaces de imponer su mando en todo el mundo. Sería una monstruosa pesadilla burocrática.

Hay varios argumentos a favor de su supuesta necesidad.

Un argumento es que un gobierno mundial es necesario para abolir la guerra. Así como los gobiernos nacionales terminaron con los enfrentamientos entre ciudades-estado, se argumenta, así un Estado internacional se necesitaría para frenar las guerras entre naciones. Pero, por el contrario, no fueron los gobiernos los causantes del fin de las guerras locales, sino que fue la extensión de la integración económica y social lo que permitió el surgimiento de naciones unificadas y gobiernos. Mientras una nación no esté unificada va a continuar sufriendo guerras internas, que serían llamadas guerras civiles (o guerras de liberación nacional o guerras revolucionarias). Una de las guerras más sangrientas en la historia fue la guerra civil de EE.UU. El tener un gobierno nacional no la previno y tener un gobierno internacional tampoco prevendría una “guerra civil” internacional.

Lo que se necesita es la abolición de la opresión nacional, de la lucha de todos contra todos del capitalismo internacional, del imperialismo y de los estados nacionales que sirven a los intereses corporativos de los ricos. Las guerras se deben a las

ansias de dominación y explotación nacional que se construyen en el sistema competitivo de estados capitalistas nacionales. En un mundo cooperativo, sin estados, no habría necesidad de guerras. Los estados nacionales existen para financiar las guerras en interés de sus clases gobernantes. Eso es una de las mayores, sino la única, razón para su existencia. Mantener a los estados existentes, y además colocarles por encima otro Estado más grande y más fuerte es una fórmula para más guerras, no para menos.

Otro argumento a favor de un gobierno mundial es la supuesta necesidad que tiene el sistema socialista de una planificación económica internacional (como sostuvo Bujarin [1981]). Las fábricas de Sudáfrica y Groenlandia serían administradas desde el mismo centro, por decir, Ginebra. ¡Qué ineficiencia! Esto implica aceptar la actual centralización de la economía mundial, que ha sido creada por el capitalismo imperialista por sus propios motivos. Las mujeres son contratadas por corporaciones estadounidenses para coser ropa en Bangladesh, pero no porque los estadounidenses no puedan coser, sino porque es más barato contratar en Bangladesh. Eso es todo. En su lugar los socialistas antiautoritarios argumentarían que las personas pueden proveerse a sí mismas la comida, energía, ropa, abrigo e industria que necesitan en base a lo que puedan obtener en sus regiones o por conjuntos de regiones. Por lo menos cada continente tiene, con seguridad, los recursos necesarios para proveer a su gente. Aún habría intercambio entre las regiones del mundo, tanto de bienes como de ideas; y como ésta sería una parte relativamente pequeña de la economía podría ser administrada por comisiones de comercio y agencias internacionales de competencia limitada.

La extrema izquierda levanta otro argumento por el gobierno mundial. Incluso después de una revolución mundial, y durante un período indefinido, habría aún naciones ricas (los que antes eran países imperialistas) y naciones pobres (las que antes eran naciones explotadas, esto es, la mayoría del mundo). En este sentido se afirma que un Estado mundial sería necesario para forzar a los países ricos a compartir su riqueza con los más pobres,

hasta que todas las personas sean iguales. Un trotskista sostiene que “una comuna anárquica en el norte de Manhattan y una en un pueblo campesino de la India” no serían iguales. Por ende se necesita “una economía socializada e internacionalmente planificada por un gobierno político central” (Seymour, 2001: p. 7). El mismo argumento es sostenido por un reconocido maoísta, según el cual, sin una dictadura internacional, las comunas anárquicas en los países anteriormente imperialistas estarían solamente “socializando el saqueo y la explotación que había sido llevada a cabo por el imperialismo” (Avakian, 1997: p. 3). A pesar de estar señalando un problema real, esta propuesta es peligrosa porque significa la imposición de una dictadura revolucionaria mundial. Una dictadura “proletaria” mundial sobre Norteamérica, Europa occidental y Japón no implicaría una democracia de trabajadores en África y las Indias occidentales. El Estado totalitario internacional que se propone se les impondría también a ellos.

La consecuencia más importante para el “tercer mundo” de una revolución en Norteamérica/Europa sería que estos últimos se bajarían de las espaldas del primero. Sería algo que celebrar para el desarrollo de Asia, África y Latinoamérica si las naciones occidentales simplemente dejaran de participar en el comercio injusto, las inversiones desiguales y los préstamos ruinosos por medio de los cuales chupan la sangre de las naciones oprimidas. Con apenas el cancelamiento de las deudas internacionales que los pueblos más pobres tienen con las empresas y los gobiernos de las naciones ricas se alcanzaría una gran conquista. “Permitir” que las personas pobres usen la tecnología avanzada y las ideas científicas de las naciones industrializadas, sin hacerles pagar por las patentes internacionales, sería también gran beneficio.

Además de este beneficio “por omisión” de los países anteriormente imperialistas, los países más ricos deberían encontrar formas de ayudar a los más pobres a “industrializarse” a su manera. Un pueblo que se ha liberado a sí mismo construyendo un socialismo antiautoritario probablemente tendrá una gran dosis de idealismo, un deseo de ayudar a los otros; pero esto no significa que quieran convertirse en indigentes o ver a sus hijos morir de hambre. Pero el final del desperdicio capitalista y de los gastos masivos en producción militar debería crear inmensos excedentes de riqueza, que podrían ser usados con una variedad de fines.

Al mismo tiempo, será en su propio interés que los países ricos deberían ayudar a los países pobres. No puede haber utopía socialista en Norteamérica y Europa, rodeada de un océano de pobreza. La pobreza causa inestabilidad y sienta las bases para el resurgimiento de la sociedad de clases en la mayor parte del mundo. El sufrimiento de las personas más pobres sienta las bases para el desarrollo de ideologías reaccionarias y oscurantistas (nacionalistas, fundamentalistas religiosas o estalinistas). Conduciría a la guerra entre las naciones pobres, que a su vez arrastrarían a las ricas. Produciría olas de inmigración desde los países pobres a los ricos, haciendo difícil para los países ricos el desarrollo de un balance ecológico entre población y medio ambiente (lo cual no es una justificación para intentar limitar la inmigración por fronteras reforzadas por un Estado ahora o en el futuro). En resumen, los países antes imperialistas ayudarán a las naciones pobres porque hacerlo está dentro de sus propios intereses.

Como se mencionó, gran parte de la tecnología descentralizada fue desarrollada originalmente como instrumentos para ayudar a las naciones más pobres a desarrollarse a su manera (Schumacher, 1973; McRobie, 1981). “Industrializar” a estos pueblos con grandes represas, fábricas monstruosas, ciudades con rascacielos y aeropuertos con tecnología de punta sólo puede satisfacer a los nuevos gobernantes, es decir, a la burguesía nacional y a los hombres del Estado (al mismo tiempo que profundiza su deuda con los bancos occidentales). En su lugar los países socialistas libertarios podrían proveer el capital para una tecnología intermedia desarrollada en conjunto con la población local, balanceada ecológicamente y que permita una salida democrática de la pobreza. La descentralización no se contrapone con el desarrollo mundial; es una condición necesaria para éste.

En todo el mundo la gente trabaja y se esclaviza para cuidar de sí misma y de los que ama, y por encima de todos ellos está la clase capitalista que les drena su riqueza y productividad. Mantener cohesionada a la clase capitalista, en todos lados y siempre, eso es el Estado, con su ejército, su policía, sus oficiales, sus burócratas, sus cortes, sus cobradores de impuestos y sus políticos. Todas las personas son capaces de hacerse cargo de esta dominación monstruosa. La libertad y la autogestión son para todo el mundo.

Parte II: ESTADO Y REVOLUCIÓN... Y CONTRARREVOLUCIÓN

Capítulo 9. La Revolución Rusa

Las discusiones acerca de la naturaleza del Estado y las posibilidades de reemplazarlo pueden parecer meras abstracciones; sin embargo, es *esta discusión la que se fue desarrollado a través de la experiencia de las revoluciones populares, cuando fue el pueblo revolucionario el que les enseñó a los teóricos políticos.* Marx y Engels y los primeros anarquistas vivieron durante la experiencia revolucionaria de 1848, que abarcó toda Europa, y luego también de la Comuna de París de 1871. Los marxistas y anarquistas posteriores participaron en las revoluciones rusas de 1905 y de 1917 y también en las revoluciones europeas que siguieron a la Primera Guerra Mundial y que alteraron el mundo entero. Cada una en su momento, las revoluciones han tenido éxito o han fallado (la mayoría fallaron) de acuerdo con la idea de Estado que tenían los activistas revolucionarios. Los revolucionarios estudian las revoluciones. Nosotros necesitamos saber cómo ocurrieron, por qué tuvieron éxito o por qué fracasaron y de qué modo fueron traicionadas.

Inmersos en nuestras poco revolucionarias existencias cotidianas resulta inspirador ver cómo han estallado las revoluciones, cómo es que la gente común se levantó para derrocar a sus opresores y cómo millones de personas han intentado, aunque haya sido por un momento, crear sociedades sin Estado. El mayor beneficio de las muchas revoluciones ha sido el ejemplo del pueblo levantándose, tratando de alcanzar transformar sus vidas en libertad. Resulta muy valioso, en particular, el estudio de dos revoluciones en las que los anarquistas han participado y en las cuales las luchas populares produjeron formas originales de libertad, aun cuando hayan terminado derrotadas. Para la mayoría de los historiadores la historia de las revoluciones se reduce a la enumeración de aquellos casos en que un Estado ha sido reemplazado por otro nuevo. Para los anarquistas, por el contrario, la historia más interesante es la de las victorias de

los trabajadores sobre aquellos que les imponían las reglas. Es también la de las organizaciones desarrolladas por ellos mismos para hacer funcionar la sociedad, en un “festival de liberación”. El establecimiento de un nuevo Estado es, en realidad, la contrarrevolución.

Voy a rever dos revoluciones que sacudieron al mundo, dos revoluciones que se elevan como ejemplo para otros levantamientos: la Revolución Rusa (1917-1921) y la Revolución Española (1936-1939). También voy a analizar una lucha que, aunque no revolucionaria, sacudió al mundo: la lucha alemana contra el fascismo a principios de los años treinta.

* * *

La Revolución Rusa (Avrich, 1973; Deutscher, 1954; Farber, 1990; Hobson & Tabor, 1988; Pipes, 1990; Rabinowitch, 1968, 1976; Sirianni, 1982; Tabor, 1988; Trotsky, 1967) comenzó en el invierno de 1917, en febrero; en realidad en marzo, pero los rusos usaban un antiguo calendario que estaba dos semanas atrasado con respecto al resto de Europa⁴¹. La revolución comenzó en el día internacional de la mujer, con una manifestación de las mujeres de la clase trabajadora en una de las ciudades más grandes de Rusia, Petrogrado⁴². Los partidos socialistas instaron a las mujeres a esperar una mejor oportunidad, pero ellas estaban hambrientas, sus familias estaban hambrientas, y ellas estaban furiosas. La manifestación se convirtió en una rebelión que se fue extendiendo rápidamente a los trabajadores hombres de toda la ciudad, y luego a los soldados y a los campesinos de las zonas aledañas.

En esa época el imperio ruso era la combinación de un país atrasado y semifeudal, gobernado por un monarca absoluto (el *czar* o zar) con las industrias más modernas y con fábricas enormes establecidas por el capitalismo internacional. Este sistema contradictorio e ineficiente se vio además agravado por tres años de la Primera Guerra Mundial. El ejército ruso, ineficiente y pobremente organizado, cargado en sus mandos con oficiales ignorantes

⁴¹ Es importante hacer notar que ya había habido una revolución rusa en 1905, que fue derrotada. Pero estableció las bases para la revolución de 1917.

⁴² O San Petesburgo, después Leningrado, ahora Petrogrado otra vez; Moscú es la otra gran ciudad.

de mentalidad feudal y arrastrando en sus bases a campesinos analfabetos, tuvo que hacer frente al bien organizado ejército alemán, respaldado en una economía altamente industrializada. Desde 1914 el ejército y la economía rusas tuvieron que soportar una increíble presión, virtualmente colapsados. Incapaz de suministrar comida adecuada, ropa, armamento o transporte a sus fuerzas armadas, el imperio mantenía en el frente a sus exhaustas tropas debido a la insistencia de los gobiernos capitalistas de Francia e Inglaterra. Finalmente, el ejército ruso se rebeló, sus hombres desertaron por millares, rehusaron ir a la ofensiva, se extendieron los motines, llegaron a fraternizar con los soldados alemanes y ocasionalmente a ejecutar a sus propios oficiales. El motín en las fuerzas militares sumado a la rebelión de los trabajadores obligó al zar a abdicar.

La rebelión urbana se fue gestando a través de oleadas de huelgas y ocupaciones de fábricas. Los trabajadores organizaban asambleas plenarias en las fábricas o departamentos y comités elegidos por ellos para asegurar la continuidad de la producción. Al mismo tiempo enviaban delegados a los consejos del distrito y de la ciudad.

La palabra rusa para “consejo” es *soviet*. Los trabajadores recordaban cómo habían creado los *soviets* en el intento revolucionario de 1905. Originalmente los *soviets*/consejos fueron vistos como simples comités de huelga, pero comenzaron luego a ejercer las funciones de un semigobierno. La policía había sido sacada de las calles y de las comisarías; la seguridad quedó a cargo de escuadrones de trabajadores armados provenientes de las fábricas. Aquellos que trabajaban en las líneas telefónicas, en los ferrocarriles, en las imprentas o en cualquier otro lado no obedecían las órdenes “oficiales” sin el consentimiento expreso del comité ejecutivo elegido de los *soviets*. Los *soviets* fueron cuerpos representativos, pero por lejos más democráticos que cualquier Parlamento. Enraizados en los lugares de trabajo, sus delegados podían ser reemplazados en nuevas elecciones; los delegados pertenecían, por definición, a la clase trabajadora y tenían escasas oportunidades para corromperse.

Esta flexibilidad, aunque muy democrática, produjo ciertas debilidades en los *soviets*. Se organizaban asambleas, lugares para el debate y la discusión, pero con personas que nunca habían tenido la chance de ser oídas. Esto los hizo vulnerables a

ser dominadas, en los hechos, por pequeños grupos de intelectuales (oficiales de partido) quienes formaron los comités ejecutivos que llevaron a cabo el verdadero trabajo. También eran muy vulnerables a ser “aparateadas”. Finalmente, como cuerpos representativos, aunque reflejaran más a las bases que los parlamentos capitalistas, aún había una gran desfasaje entre los cambios producidos en las opiniones de los trabajadores y la transmisión de éstos a sus delegados (y a los comités ejecutivos elegidos por los delegados). Los problemas de los soviets podrían haberse reducido en gran medida asegurándose que los delegados fueran elegidos y controlados por asambleas populares (en el lugar de trabajo o en los barrios). Pero ninguno de los partidos políticos estaba interesado en eso.

La revolución se extendió. Soldados y marineros tuvieron asambleas, eligieron comités y enviaron delegados a sus propios soviets, que se afiliaron a los soviets de los trabajadores (éstos estaban muy al tanto de lo importante que era tener a los soldados de su lado). Para el otoño, había alrededor de 900 soviets a lo largo del país. Estos estaban más o menos afiliados unos con otros. El primer Congreso (Soviet) Panruso de los delegados de los trabajadores, soldados y campesinos se celebró en Petrogrado en junio de 1917. El segundo fue en octubre.

Los comités de fábrica de los trabajadores comenzaron controlando la administración capitalista, para asegurarse de que no estaban saboteando la producción; el término ruso para control obrero sólo significaba “supervisión”; pero con el paso del tiempo los obreros empezaron a tomar las fábricas y administrarlas ellos mismos, lo que en ruso se llamó “gestión obrera”. Armaron comités para contactar a los campesinos o a otras industrias para obtener materias primas, se aseguraron que la producción se llevara a cabo, tenían juntas para asegurarse que se mantuviera la adecuada disciplina en las plantas, establecieron escalas salariales, se contactaron tanto con las autoridades centrales como con otras plantas para asegurar la distribución de sus productos. Comenzaron a reclamar la “nacionalización” de las fábricas, pero no se referían a imponer la administración estatal, sino a la expropiación de los capitalistas, su conversión en propiedad social y la instauración de la gestión por los trabajadores (incluyendo a los trabajadores “de cuello blanco”, oficinistas e ingenieros).

Se ha debatido acaloradamente cuán eficiente fue la producción administrada por los trabajadores en 1917 y después (Avrich, 1973; Sirianni, 1982). La economía rusa había estado desintegrándose aún antes de que se iniciara la revolución, de hecho ésa fue una de las causas de la revolución. Por supuesto, los trabajadores no tenían experiencia y cometieron errores; en gran medida dependieron, en cada lugar de trabajo, de su propia habilidad para lograr que los trabajadores de cuello blanco –los especialistas– continuaran trabajando. Pero los capitalistas y los administradores que los apoyaban saboteaban constantemente la producción ante la más mínima organización de los trabajadores; y esto hizo que la administración de los trabajadores fuese necesaria pero difícil. De todos modos, y a pesar de los muchos obstáculos, las fábricas administradas por los trabajadores parecen haber mejorado la producción (Sirianni, 1982).

Más importante, los campesinos comenzaron a rebelarse (por supuesto, la gran mayoría de los soldados eran campesinos, dado que la mayoría del país era de carácter rural y se encontraba poco desarrollado). Ellos también formaron comités, organizaron asambleas en sus pueblos (a menudo reviviendo las tradicionales asambleas masculinas de los pueblos) y dividieron la tierra. Irrumpieron en las mansiones y graneros, dividieron los muebles y las haciendas y a menudo quemaron las casas de los nobles mientras lo hacían. Esta revolución rural se difundió lentamente, pero cuando lo hizo los campesinos ya estaban seguros de lo que querían. Así terminaron para siempre con el modo de producción feudal.

Las cooperativas se extendieron por todo el país. Las de consumo proliferaron en las ciudades. En el campo se desarrollaron tanto las cooperativas de consumidores como las de comercio, para ayudar a los campesinos a comprar y vender en cantidad sin verse obligados a recurrir a los comerciantes intermediarios. Al mismo tiempo los bolcheviques se reían de las cooperativas, a las que consideraban como un asunto de campesinos ricos y de clase media. Hacia el final de su vida Lenin alabaría a las cooperativas como un elemento esencial en la construcción del socialismo, un elemento que a menudo había sido pasado por alto por los bolcheviques (véase “Sobre la cooperación”, en Lenin, 1971; Buber, 1958).

El poderoso imperio ruso comenzó a deshacerse. Alguna vez llamado “la prisión de las naciones”, sus naciones oprimidas y minorías –polacos, ucranianos, georgianos, judíos, cosacos y otros, más de la mitad de la población de la rusa imperial– comenzaron a demandar su independencia o, al menos, la autonomía. Instalaron gobiernos locales y comenzaron a administrar las cosas en sus propias lenguas en lugar de la rusa, que habían sido forzados a usar por tanto tiempo.

Los partidos políticos ni organizaron la revolución de febrero ni fueron los inventores de los soviets o de las asambleas populares, los comités y los consejos. Incluso los partidos más revolucionarios iban detrás de las masas, y más aún, al principio se manifestaron en contra de las huelgas, las manifestaciones y las formas populares de lucha. Durante doce años (desde 1905) habían estado proponiendo algún tipo de revolución, mientras que la mayoría del pueblo ni respondía ni se comportaba de modo revolucionario. Durante este período los partidos socialistas habían estado delante del pueblo trabajador, organizando grupos pequeños y, como decía Lenin, “explicando pacientemente” sus ideas. Cuando el pueblo hizo la revolución los partidos todavía pretendían seguir “explicando pacientemente”. Inevitablemente les tomó un tiempo readaptarse a las nuevas y radicalmente diferentes circunstancias.

De todas maneras, también era cierto que el centralismo y el conservadurismo de los partidos jugó un rol en el retraso de éstos respecto del pueblo. Por ejemplo, cuando los soviets se crearon por primera vez en 1905, el partido bolchevique llamó a su disolución porque no estaban bajo su control. Es más, tanto los bolcheviques leninistas como los más moderados mencheviques –los dos partidos marxistas– estaban de acuerdo con su teoría y su programa, en contra de una revolución socialista. Sostenían que todas las sociedades tenían que pasar por una serie de “etapas”, por lo tanto Rusia, que era aún semifeudal, tenía que pasar por una revolución capitalista democrática antes de estar lista para una revolución socialista. Por ende, no estuvieron preparados para enfrentarse a las acciones populares que fueron más allá de los límites del capitalismo, tales como la toma de las fábricas por los trabajadores y el establecimiento de una producción socializada.

La revolución de febrero a menudo ha sido llamada una revolución “espontánea”. Esto supone una concepción elitista, ya que si una revolución no es planeada por algún partido entonces es inconsciente, irracional, una suerte de proceso natural. De hecho las personas estaban bien al tanto de lo que estaban haciendo y lo hicieron bien. El liderazgo provino de personas ordinarias, muchas de las cuales pertenecían a las bases de los partidos socialistas, o habían estado escuchando por años la propaganda de los partidos. Tomando coraje unos de otros, despreciando el cambio desde arriba y descansando en ideas que habían estado oyendo por años, se atrevieron a tener esperanzas y a actuar. Abolieron una monarquía que había durado siglos, establecieron organizaciones populares y democráticas en todo el país, comenzaron a tomar las fábricas e iniciaron una guerra campesina por la tierra.

* * *

Sin embargo el resultado no fue una nueva sociedad. Después de la revolución de febrero el zar se había ido, pero los capitalistas y los terratenientes permanecieron. El ejército permaneció y la guerra también. En lugar del zar un nuevo Estado, el gobierno provisional (originalmente un comité de la vieja Duma zarista, un consejo impotente, elegido pero con severas restricciones). Integrado por políticos, defensores del capitalismo o de la monarquía, se apoyaba sobre la vieja burocracia gubernamental, sobre el cuerpo de oficiales militares y en los bancos y los grandes negocios. Este Estado provisional se encontraba aliado con los gobiernos imperialistas de Europa occidental, los que pedían la continuación de la guerra. Como veremos, fue esta maquinaria de Estado, capitalista, imperialista y burocrático, la que sentó las bases del Estado comunista.

En efecto, Rusia tenía dos gobiernos, o semigobiernos. Esto era llamado “diarquía” o “*doble poder*”. Por un lado se encontraba el gobierno provisional oficial, que tenía poco apoyo popular y que continuaba existiendo, principalmente, porque los líderes socialistas reformistas de los soviets lo apoyaban. Por el otro lado estaban los soviets, que tenían apoyo popular, incluyendo el de los soldados y trabajadores armados (esto es,

de todas las fuerzas armadas). Pero la mayoría en los soviets apoyaba a los socialistas reformistas, quienes a su vez apoyaban al gobierno provisional.

El problema tenía que ver con dos fuerzas interrelacionadas, el pueblo y los partidos políticos. Los trabajadores (el 2 al 5% eran trabajadores urbanos, el resto eran campesinos) combinaban el pensamiento más avanzado con los prejuicios más reaccionarios. Querían libertad pero también buscaban líderes que pensaran por ellos. Querían socialismo pero también querían propiedad privada (de hecho los campesinos querían propiedad social de las tierras pero al mismo tiempo su división en pequeñas parcelas familiares). Querían que terminara la guerra, pero seguían siendo patriotas (el patriotismo pretende que existe una comunidad de intereses entre la masa del pueblo y la minoría gobernante). Querían una reorganización racional de la sociedad pero mantenían tanto sus supersticiones religiosas como su antisemitismo. Elegían representantes (para los soviets u otros cuerpos) de los partidos socialistas, pero, al menos al principio, sabían poco de la diferencias entre los partidos.

Los partidos políticos se conformaron a partir de varias clases. Combinaban lo mejor de la conciencia popular –el deseo por la democracia, la libertad y el socialismo– con lo peor: el deseo de alguien que mande. Aunque educaron al pueblo en las nuevas ideas, condujeron en última instancia al retroceso popular.

Entre los partidos políticos algunos eran explícitamente procapitalistas. Para los marxistas reformistas (los mencheviques) estos partidos deberían haber liderado la revolución contra el sistema semifeudal de los zares; pero, de hecho, no podían hacerlo. Los capitalistas tenían demasiados vínculos con los poderes feudales, tales como préstamos a los terratenientes y otros tratos comerciales. Los capitalistas temían además el levantamiento de los campesinos porque implicaría un redistribución de la propiedad y, por ende, inspiraría a sus trabajadores a hacer lo mismo con la propiedad capitalista. Más aún, los capitalistas rusos también dependían, por préstamos, inversiones y cultura, del capitalismo europeo, y aún Rusia se encontraba sumamente atrasada. En cambio, Europa en general ya estaba madura para una revolución socialista.

Fue así que los partidos capitalistas liberales, que se habían mostrado tan rebeldes en los días del zar, se volvieron rápidamente conservadores una vez ocurrida la revolución de febrero. Los terratenientes, los monárquicos y los antisemitas más rabiosos de la derecha se fusionaron con los liberales procapitalistas en un bloque reaccionario representado por el Partido Kadete (Demócrata Constitucional). Al principio éstos constituyeron el gobierno provisional, pero su apoyo estaba en las clases superiores y tenía poco apoyo en los soviets, que representaban en su seno a los trabajadores y los campesinos.

Por el contrario, las fuerzas populares volcaron su apoyo hacia los partidos socialistas, de los cuales había tres principales. El más grande era el Partido Socialista Revolucionario (“SR”). Más que ser marxista era “populista” (“Narodnik”). Ésta era una ideología confusa según la cual el poder del pueblo podía cambiar la sociedad, pero no ponía énfasis alguno en la clase trabajadora urbana. Pretendía que las asociaciones de campesinos podían desarrollarse directamente hacia el socialismo y sus activistas fueron importantes constructores de cooperativas. En términos históricos los activistas populistas se habían dedicado, sin grandes resultados, a tirar bombas y a asesinar nobles. Su estrategia no se encontraba bien definida y sus miembros iban desde individuos de derecha, que eran poco más que vagamente liberales (tales como Alexander Kerensky), hasta izquierdistas cercanos al anarcosocialismo (los maximalistas). La misma indefinición del SR lo dejó abierto a toda clase de oportunistas tibiamente liberales que querían ser populares. Tanto su posición a favor de los campesinos como su vaguedad programática hizo del SR el partido más importante en un tiempo en el que la mayoría de los trabajadores tenía poca idea de las diferencias entre los socialistas.

El partido que seguía en importancia era el de los mencheviques, los socialdemócratas reformistas. De los dos partidos marxistas éste era el que se encontraba más a la derecha o, si se prefiere, el que tenía la posición más moderada. Como ya se mencionó, afirmaban que Rusia estaba atravesando una revolución capitalista, que se estaba preparando el camino para un mayor desarrollo capitalista y que los políticos capitalistas debían estar al frente. Creían en una “revolución en dos etapas”. Una primera etapa capitalista y luego, algún día, una socialista.

Completamente al margen de la realidad, pretendían organizar sindicatos y un partido socialdemócrata de oposición en un parlamento democrático. No querían aplastar al Estado burgués sino construirlo, y en la medida en que tenían un programa más riguroso que los socialistas revolucionarios terminaron dominándolos.

Me he referido a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios de derecha como “reformistas” porque se oponían a una revolución contra el capitalismo. Apoyaron sin embargo la revolución contra el zarismo y durante muchos años lucharon por ella. Internacionalmente tendían a identificarse con la centroizquierda del movimiento socialdemócrata: aquellos que, si bien hablaban de revolución, se comportaban en realidad de modo semirreformista. Fueron socialistas del centro y por eso bien se los ha denominado “*centristas*”.

El otro partido marxista era el bolchevique, liderado por Lenin (fue por su insistencia que desecharon los nombres de “bolchevique” y “socialdemócrata”, reemplazándolos por el de “comunista”, que fue el que utilizaron desde entonces). Ellos también esperaron durante años que la revolución fuese de carácter capitalista-democrático y que diera lugar a un período de desarrollo capitalista; pero a diferencia de los mencheviques no creían, por las razones que ya mencionamos, que los capitalistas o sus partidos fuesen capaces de llevarla a cabo. La revolución sería liderada por el partido de los trabajadores en cooperación con el partido campesino. Pero, al igual que los mencheviques, no esperaban exceder los límites del capitalismo, limitándose a la construcción de un Estado burgués. Era una versión modificada de “la revolución en dos etapas”.

Trotsky fue prácticamente el único marxista que sostenía que la revolución en Rusia tendría que ir más allá de los límites del capitalismo liberal; esto es, que los trabajadores tenían que tomar las fábricas y que el Estado tenía que nacionalizar la industria. Sólo así la Revolución Rusa se expandiría por Europa y lograría mantenerse (ésta es la teoría de la “revolución permanente”). Para 1917, sin embargo, Lenin ya había llegado a la conclusión de que la revolución se extendería hacia el socialismo. Aun cuando todavía pensaba que Rusia estaba demasiado atrasada para saltarse por sí misma la fase capitalista, consideraba ahora a la Revolución Rusa como parte de la revolución internacional (o al

menos europea). Eventualmente Lenin logró persuadir al partido bolchevique de su punto de vista y Trotsky se le unió.

Nótese que ninguno de los partidos marxistas rusos planeó una revolución socialista. No discutieron sobre cómo podía ser organizado el socialismo (Tabor, 1998), ni cómo podrían administrar los trabajadores la industria (Sirianni, 1982), así como tampoco el modo en que los campesinos serían conducidos pacíficamente a la colectivización de la agricultura. No es que ello, considerando la imagen centralizada que los marxistas tenían del socialismo, hubiera hecho necesariamente la diferencia, pero es posible que sí.

La más pequeña de entre las principales tendencias políticas en Rusia era la anarquista (Avrich, 1973). Su gran teórico, Pedro Kropotkin, había regresado a Rusia pero se encontraba desacreditado entre los más radicales por su apoyo a la guerra imperialista. A diferencia de los partidos, los anarquistas no tenían organizaciones o prensa antes de la revolución de febrero, y crearon federaciones, al menos en las dos ciudades principales, lo más rápido que pudieron. Se encontraban tan desgastados por el fraccionalismo como los marxistas, incluyendo diferencias entre individualistas antiorganizacionistas, anarcocomunistas kropotkinianos (que se centraban en la creación de comunas) y anarcosindicalistas (que enfatizaban el trabajo en las industrias y abogaban por la gestión obrera). Los anarcosindicalistas eran los más proclives a la organización y desarrollaron una base de seguidores entre los trabajadores desproporcionadamente grande respecto del número de militantes y participaron en los soviets a pesar de que reconocían sus limitaciones. Aunque los anarquistas (como ya veremos) jugaron un rol significativo en la revolución, nunca alcanzaron en tamaño e influencia a los bolcheviques, excepto en Ucrania.

Enfrentados a la debilidad del Partido Kadete, los socialistas centristas/reformistas no se atrevieron a dejar fracasar al gobierno provisional, ya que entonces tendrían que haber tomado la responsabilidad de gobernar. Contra su mejor juicio, los socialistas se unieron al gobierno capitalista con el fin de mantenerlo a flote. Éste fue un temprano ejemplo de lo que luego sería llamado un gobierno de “Frente Popular”: coaliciones de partidos capitalistas liberales y socialistas reformistas. La coalición con los partidos capitalistas les sirvió como excusa a

los socialistas para no llevar adelante las políticas socialistas, mientras que los capitalistas forzaron a los socialistas a compartir la culpa por las políticas capitalistas.

El gobierno integrado por los socialistas y los capitalistas ni siquiera llevó adelante políticas liberal democráticas. No llamaron a elecciones para formar un parlamento (“Asamblea Constituyente”), no distribuyeron los latifundios entre los campesinos, no le ofrecieron la autodeterminación a las nacionalidades oprimidas ni tampoco redujeron la jornada laboral a ocho horas. No le pusieron fin a la guerra, por el contrario, organizaron nuevas “ofensivas” militares que no tuvieron otro resultado que la muerte de muchos soldados rusos. En suma, no hicieron más que mantener funcionando una estructura que se venía abajo, sin resolver ni establecer cosa alguna.

En los meses entre febrero y octubre la población empezó a girar, con idas y venidas, hacia la izquierda revolucionaria. Los bolcheviques crecieron en número e influencia. También los anarquistas, hecho que preocupó a los bolcheviques. El ala izquierda de los socialistas revolucionarios creció tanto que el partido terminó por quebrarse.

De los tres partidos socialistas, sólo los bolcheviques rechazaron completamente el gobierno provisional capitalista. Éstos veían en los soviets un poder estatal alternativo y Lenin se dio cuenta de que los soviets podían ser el vehículo que llevara su partido al poder (postura que hizo que los mencheviques lo denunciaron repetidas veces por anarquista). Su programa, tal como estaba expresado en varios documentos, como por ejemplo *La catástrofe inminente y cómo combatirla* (Lenin, 1970b: pp. 237-275), era una contradicción. Al mismo tiempo que proponía la centralización de la economía según el modelo de la economía de guerra imperialista de Alemania –con la monopolización obligatoria de las grandes industrias bajo la coordinación del Estado militar–, pretendía que esta economía centralizada fuese manejada y supervisada por las organizaciones de trabajadores: los soviets, los comités de fábrica y los sindicatos. No vio la contradicción entre la naturaleza descentralizada y federalista de los soviets y de los comités de fábrica y el modelo de una economía centralizada que, aunque monopolizada por el Estado, seguía siendo capitalista.

Cuando los comunistas tuvieron el suficiente apoyo popular organizaron un levantamiento militar, depusieron al gobierno provisional y trasladaron el poder al Congreso de los Soviets de toda Rusia, en el cual los comunistas y sus aliados eran mayoría. Ésta fue la *Revolución de Octubre*. Culminando meses de luchas masivas, obtuvo un apoyo mayoritario, pero no para que gobernaran los comunistas, sino para que los soviets reemplazaran al gobierno provisional.

Como ya se ha mencionado, frecuentemente *se pasa por alto hasta qué punto la Revolución de Octubre –así como el gobierno soviético en sus orígenes– fue un esfuerzo de coalición, un frente único*. Los bolcheviques mismos habían atraído, a pesar de las diferencias históricas, a otros socialistas hacia sus bases, siendo el grupo más importante el de los seguidores de Trotsky. La rebelión militar fue organizada con el soporte de los revolucionarios socialistas de izquierda (quienes recientemente habían formado su propio partido). El decreto agrario de Lenin para el nuevo régimen fue un robo directo del programa del SR. Así, el ala izquierda del socialismo revolucionario se unió a los comunistas como “miembro minoritario” en un gobierno soviético de coalición, con personal en todas las agencias soviéticas, incluso en la Tcheka (la nueva policía secreta).

En general los anarquistas se mostraron de acuerdo con los comunistas respecto de la agitación contra el gobierno provisional⁴³. Participaron en la insurrección de octubre –hubo al menos cuatro anarquistas en el comité militar que la organizó– y fue un marino anarquista quien lideró la fuerza militar que dispersó la Asamblea Constituyente después que se negó a reconocer la autoridad de los soviets (de todos modos los anarquistas rechazaban al Parlamento). Los delegados anarquistas en los soviets votaron casi siempre junto a los comunistas. Su posición era la de un apoyo crítico a la coalición entre comunistas y SR de izquierda. Los anarquistas integraron, en los hechos, la coalición del régimen.

Los bolcheviques, sin embargo, no tenían interés en mantener la coalición y Lenin se había opuesto a ella desde el comienzo; todo esto a pesar de que, sin los SR de izquierda, los comunistas

⁴³ Pero tenían una posición ambigua respecto del eslogan “¡Todo el poder a los soviets!”, ya que podía ser interpretado en un sentido autoritario.

no tenían prácticamente ningún apoyo en el campo. Finalmente provocaron un quiebre con los SR de izquierda llevando adelante una virtual guerra contra los campesinos cuando las ciudades y los ejércitos se quedaron sin granos. La respuesta bolchevique al problema del alimento consistió en enviar a extraños a incautar el grano de los campesinos, basándose en teorías irreales y dogmáticas sobre los conflictos de clase en el pueblo y desde un punto de vista en general autoritario (Sirianni, 1982). Una política más razonable, por ejemplo apoyándose en los soviets campesinos para cobrar impuestos mientras se permitía un mercado de los granos, habría servido para alimentar a más personas, y quizá hubiera preservado la coalición.

La otra razón para el quiebre con los socialistas revolucionarios de izquierda fue la aprobación por los comunistas del humillante tratado de paz de Brest Litovsk con los alemanes. Éste entregaba gran parte del pueblo ruso a los alemanes, incluyendo toda Ucrania. A pesar de las protestas de la facción comunista de izquierda (entonces liderada por Nicolás Bujarin), Lenin impulsó su aprobación en el Partido Comunista, que probablemente ya estaba mayoritariamente de acuerdo en el tema⁴⁴.

Los socialistas revolucionarios de izquierda y los comunistas de izquierda defendían la idea de una guerra revolucionaria, que al menos parcialmente fuera llevada adelante bajo la forma de guerrillas. El mismo agotamiento por la guerra del pueblo ruso, argumentaban, implicaba que un nuevo ejército revolucionario sólo podía ser construido al calor de una guerra revolucionaria contra los invasores extranjeros y los ejércitos contrarrevolucionarios (que es cómo, de hecho, fue creado el Ejército Rojo). Si tenemos en cuenta la efectiva debilidad de los alemanes (quienes estaban por perder la Primera Guerra Mundial), podría decirse que los argumentos que se oponían a la firma del tratado tenían cierto apoyo en la realidad. Esto fue argumentado por Isaac Deutscher (1954), el biógrafo de Trotsky, así como por Pipes (1990), el historiador conservador.

De todas maneras, Lenin estaba convencido de esto (como lo estuvo de la mayoría de las cosas). Mediante amenazas de renunciar, chantajeó a la dirección del partido para apoyarlo y

⁴⁴ Trotsky votó por el tratado no porque pensara que estaba bien, sino porque no quería un quiebre con Lenin.

pasó por encima de la mayoría de su propio partido. Todos los testimonios de las discusiones entre los bolcheviques muestran una completa falta de interés sobre el hecho de que esto podía conducir a los Socialistas Revolucionarios de izquierda fuera de la coalición. Sin embargo, con sólo un partido en los soviets, inevitablemente se iban a quedar sin vida, como meras extensiones del Estado-partido.

Los anarquistas también denunciaron el tratado. Cuando el cuarto Congreso de los Soviets fue llamado para decidir sobre el tratado en marzo de 1918, los catorce delegados anarquistas votaron en su contra. Pronto los anarquistas fueron suprimidos. El 11 de abril, la Tcheka recorrió 26 centros anarquistas de Moscú. Más de 500 anarquistas fueron arrestados y más de 40 muertos o heridos. La coalición había terminado. De todas maneras la mayoría de los anarquistas continuaron apoyando a los comunistas en contra de los ejércitos de derecha blancos en la guerra civil rusa (al igual que lo hicieron, por cierto, la mayoría de los mencheviques).

Los anarquistas jugaron el rol principal en la resistencia ucraniana contra los ejércitos blancos cuando Néstor Makhno pudo organizar con éxito una guerrilla nacional (Skirda, 2004). Como se mencionó, derrotó a dos ejércitos blancos y contuvo al Ejército Rojo ruso. Los activistas anarquistas organizaron un brazo educacional y de propaganda en la fuerza guerrillera y construyeron un sistema de soviets libres, fuera del control de los comunistas. Las fuerzas makhnovistas hicieron dos alianzas con el régimen comunista para combatir contra los invasores extranjeros y los contrarrevolucionarios blancos. Finalmente el Ejército Rojo aplastó esta fuerza popular por medio de traición, arrestos y matanzas masivas apoyándose en mentiras maliciosas. Makhno fue uno de los pocos líderes que logró escapar a Europa occidental.

En junio de 1918 los socialistas revolucionarios de izquierda se rebelaron contra los comunistas, no para bajarlos del poder sino para cambiar sus políticas; aunque en opinión de Pipes (1990), hubiera sido posible que tomaran el poder. Había ya mucha insatisfacción con los comunistas, y los socialistas revolucionarios de izquierda tenían gente distribuida por toda la industria y entre las fuerzas armadas locales. Pero como libertarios no querían poder, permitieron que los comunistas se lo

quedaran, y no fueron tímidos a la hora de usarlo. Pronto los líderes de los socialistas revolucionarios de izquierda estuvieron en la cárcel. Si éstos hubieran tomado el poder, de manera de llamar inmediatamente a nuevas elecciones a los soviets, con discusiones libres al menos entre los partidos de izquierda, la historia de Rusia podría haber sido diferente.

Para 1921 las guerras civiles casi habían terminado. Los marineros de la fortaleza Kronstadt, que guardaba Petrogrado, se amotinaron. Demandaban la vuelta de la democracia multipartidaria de los soviets y el alivio de las presiones sobre el campesinado. Anarquistas, e incluso comunistas locales, estuvieron involucrados en la rebelión. El gobierno envió fuerzas militares para aplastar a los marineros, masacrando a los que capturaba y mintiendo públicamente al decir que eran agentes de las fuerzas blancas contrarrevolucionarias.

Justamente después, los comunistas realmente aliviaron las condiciones de los campesinos, haciendo posible que éstos comerciaran más libremente. Toda la economía se abrió a medidas más capitalistas (La Nueva Política Económica, llamada por Lenin “Capitalismo de Estado”). De todas maneras, no hubo esfuerzos para permitir o estimular las cooperativas autogestivas.

Para balancear esta apertura económica, el partido reforzó la prescripción de todos los demás partidos, y luego hizo lo mismo con las facciones opositoras dentro del partido único. El andamiaje legal para el capitalismo de Estado totalitario estaba ahora instalado. Dos años más tarde Lenin moría de una enfermedad y Trotsky era expulsado del partido como un opositor de izquierda. Stalin y Bujarin (ahora en la derecha) serían las figuras dominantes llevando adelante un programa para estimular al campesinado. Hacia 1929 Stalin aplastaba políticamente a Bujarin y se convertía entonces en dictador sin límite alguno. En este punto comenzaría la colectivización del campesinado por la fuerza, matando a miles. Construiría por la fuerza una economía industrial mediante la coerción estatal (casi esclavitud) de los trabajadores, matando a millares. En la segunda mitad de los treinta comenzarían las grandes purgas, encerrando y asesinando a millones, amoldando a la burocracia como nueva clase gobernante. A fin de cuentas, Stalin asesinó a todos los

miembros restantes del Comité Central de Lenin (incluyendo a Trotsky y Bujarin), a casi todos los cuadros originales del partido bolchevique y a millones de trabajadores y campesinos. Las estimaciones señalan veinte millones de personas muertas. También fue asesinado el ideal del comunismo.

Partes significativas del patrón de la Revolución Rusa se han repetido una y otra vez, revolución tras revolución:

1. La emergencia de consejos populares, comités en los lugares de trabajo, uniones campesinas, cooperativas, asambleas vecinales y otras organizaciones democráticas de masas. Estas se mantienen como una alternativa tanto al viejo Estado como al nuevo Estado centralizado en una situación de doble poder. Levantan la posibilidad de una sociedad no estatal a la crisis.
2. La falacia del discurso liberal. Los liberales abiertamente procapitalistas son incapaces de romper con las fuerzas conservadoras debido a sus ataduras con el capitalismo, fundamentalmente reaccionario. A pesar de lo mucho que puedan criticarlo, son campeones del Estado burgués.
3. La falacia del discurso de los socialistas moderados (reformistas y centristas seudorrevolucionarios). No pueden o no quieren romper con los liberales. De hecho la “falacia del discurso” es una manera demasiado bella de decirlo. Los liberales y socialistas repetidamente traicionan a sus seguidores capitulando a fuerzas del ala derecha. Rechazan la idea de aplastar al Estado.
4. El impulso de los comunistas o de los nacionalistas para crear un Estado nuevo y centralizado (en alguna variante de capitalismo de Estado). Sin embargo, esto no se sigue simplemente del patrón ruso. Tras 1917, los comunistas nunca más llegaron al poder impulsados por consejos democráticos de tipo soviético. Desde entonces, los comunistas sólo llegaron al poder de la mano de ejércitos no proletarios (el ejército ruso en la mayoría de Europa del Este, el Ejército de bases campesinas chinas, fuerzas similares en Yugoslavia y Vietnam, etc.). Cuando no tuvieron un ejército a mano, en su lugar, los comunistas actuaron como falaces reformistas. ¡Mejor un Estado capitalista tradicional que un sistema de consejos de trabajadores! Este cambio pone en evidencia que el leninismo original trasmutó en

algo nuevo. Los maoístas desarrollaron una nueva versión de la “estrategia de las dos etapas”. Primero un Estado burgués, luego algún día socialismo. Pero –lo que era nuevo– era que el Partido Comunista controlaría el Estado desde el comienzo, incluso en la etapa burguesa (ahora llamada “Nueva democracia”). El “socialismo” entonces implicaba que el Estado burgués controlado por el Partido Comunista podría en algún momento nacionalizar la industria, como lo hizo. Cuando la industria es nacionalizada por un Estado burgués, esto es, por definición, capitalismo de Estado, y a veces ellos lo admiten. Este sistema hizo posible que el Estado eventualmente decidiera desnacionalizar (privatizar) las industrias, mientras mantenía la dictadura de partido, como en la China actual.

5. Los anarquistas están pobremente organizados y no están preparados. Un número de anarquistas rusos, incluyendo a Néstor Makhno (Makhno *et al.*, 1989) llegaron a la conclusión de que los anarquistas necesitan estar más coordinados y autodisciplinados si quieren seriamente competir con los comunistas y otras facciones. Como Gregory Maximov concluyó hacia septiembre de 1918: “Nosotros anarquistas y sindicalistas... estuvimos demasiado desorganizados, demasiado débiles, y por ende dejamos que esto sucediera” (en Avrich, 1973: pp. 124-125). Yo agregaría que los anarquistas necesitan teoría, una estrategia y una búsqueda para ser flexibles en sus tácticas. En la Revolución Rusa fueron terriblemente manipulados por Lenin, un táctico genial. Esto llevó a Makhno y otros en el exilio a desarrollar un programa (la “Plataforma”) para que los anarquistas formaran una organización para luchar por el anarquismo, desarrollando democráticamente unidad de acción y programa.

Desde el comienzo Lenin, Trotsky y el resto de los bolcheviques sostuvieron que la revolución triunfaría sólo si se extendía a Europa occidental. Y las revoluciones estallaron en Europa, incluyendo la caída de la monarquía alemana por consejos de trabajadores, el amotinamiento de la mitad del ejército francés, el rápido surgimiento de consejos de trabajadores en Italia del Norte y las “repúblicas soviéticas” declaradas en Hungría y Bohemia. Pero todas derrotadas, en gran medida por traiciones de los reformistas y socialistas centristas, y también por la inexperiencia de la izquierda revolucionaria. Sin embargo, los países

imperialistas eran muy débiles y estaban demasiado divididos entre sí para aplastar al nuevo Estado ruso (aunque hubo varios intentos, invasiones y se prestó apoyo a los ejércitos contrarrevolucionarios rusos).

De este modo sobrevivió la nueva Unión Soviética, pero un Estado sumamente precario. Los comunistas aún estaban en el poder, pero el país estaba devastado. Había soportado una guerra mundial, luego una revolución y finalmente una guerra civil. La infraestructura industrial estaba desgastada, la clase trabajadora se había visto reducida a un cuarto de su tamaño original y el hambre asolaba gran parte del país. El pueblo estaba desmoralizado y despolitizado.

Los anarquistas sostienen que muchos de estos problemas eran culpa de los mismos leninistas. La guerra contra los campesinos los condujo a reducir la producción, así como también a perder interés en la política. La incapacidad para apoyarse en la creatividad de los trabajadores fue un error que hizo a la industria menos productiva. La abolición de todos los otros partidos y luego de todas las facciones dentro del partido único gobernante (todo llevado adelante bajo Lenin y Trotsky) incrementó la despolitización del pueblo. Pero el retroceso, la pobreza y el aislamiento de Rusia luego de la revolución eran hechos reales y alentaron las tendencias autoritarias en el bolchevismo. Dados estos problemas puede que haya sido inevitable que los trabajadores y campesinos perdieran poder en Rusia, ya fuera frente a una contrarrevolución armada o bien frente al “enemigo interno”, el surgimiento de una nueva clase.

Mis estudios sobre Lenin a lo largo de los años me han llevado, de todos modos, a dos conclusiones (esencialmente las mismas que Tabor [1988]; también véase Hobson y Tabor [1988]). Una es que Lenin no tenía intenciones de crear un Estado totalitario si lo comparamos por ejemplo, con Hitler, quien sabía lo que estaba haciendo todo el tiempo. Lenin realmente quería lo que él veía como el gobierno de los trabajadores, y (a diferencia de Stalin más tarde) realmente quería difundirlo a través de la revolución internacional de los trabajadores. Al final de su vida estaba afligido por el extremo burocratismo en el Estado y en el partido, aunque no tenía idea de qué hacer con ello excepto reorganizar el sistema. Su último acto político, al morir, fue

tratar de hacer una alianza con Trotsky para remover a Stalin. También resulta significativo que hubiera reiteradas oposiciones a las políticas autoritarias dentro del partido bolchevique, incluyendo las políticas leninistas (los comunistas de izquierda, la oposición de los trabajadores y los centralistas democráticos), así como también a las políticas estalinistas (la oposición de izquierda –trotskistas – y derecha –Bujarinistas–).

Pero mi otra conclusión es que Lenin y su partido eran autoritarios y sentaron las bases para el totalitarismo estalinista⁴⁵. Como argumenté, Lenin construyó su partido bajo un programa centralista: centralización del partido, centralización del Estado y centralización de la economía. Para él la idea de la industria administrada por comités de trabajadores no era más que un paso adelante hacia una economía planificada por expertos, de arriba hacia abajo. Como todos los marxistas, Lenin nunca tuvo la idea de que el socialismo se enraizara en la democracia directa local. De manera similar defendió la tierra para los campesinos, pero sólo como una transición hacia un colectivismo centralizado, y la autodeterminación de las nacionalidades minoritarias sólo como un paso hacia un Estado multinacional centralizado⁴⁶.

Yendo más allá, aun cuando Lenin no defendía la idea de un Estado con partido único antes de tomar el poder, tampoco había defendido una democracia multipartidaria de los trabajadores. Durante la mayoría de su carrera política, su modelo del Estado revolucionario fue “la dictadura revolucionaria del proletariado y del campesinado”, un gobierno capitalista administrado por partidos radicales, comparable a la dictadura jacobina de la Revolución Francesa.

Eso estaba fundamentado en la creencia de Lenin en la verdad absoluta del marxismo y en *su* conocimiento de esta verdad. Con esta revelación guiándolo, no tenía duda alguna sobre la supresión de sus oponentes y la corrección de su camino. Sabiendo que tenía la razón, no necesitaba aprender de otros partidos o implementar un sistema de balances y contrapesos en su Estado.

⁴⁵ Cada una de esas oposiciones a la interna del partido fue derrotada, y virtualmente todos sus líderes, excepto Trotsky, capitularon ante Stalin.

⁴⁶ No hay nada sutil en este análisis; el centralismo de Lenin era explícito en todos sus escritos.

Finalmente, las políticas leninistas tenían que ser implacables. Estaba tan concentrado en no repetir la “blandura” de las anteriores revoluciones que habían fallado, que estaba preparado para eliminar, sin límites, a sus oponentes políticos. Él armó la Tcheka, la primera de las policías secretas comunistas, con el poder no sólo de investigar, sino de juzgar y castigar (matar) sin supervisión. Dejaba fuera de la ley a otros partidos e incluso a la oposición dentro del partido comunista, y utilizó a la Tcheka para reforzar este Estado de partido único y de facción única. Él dirigió la guerra contra los campesinos. Esto no es comparable con Stalin, quien asesinó decenas de millones de personas (más que Hitler), pero fue la base para el Estado estalinista.

En el año 1918, el partido bolchevique casi se parte por el injusto tratado de paz (los comunistas de izquierda eran también más favorables a los comités de fábrica que la facción centralizadora de Lenin). Los socialistas revolucionarios de izquierda estuvieron cerca de tomar el poder en su rebelión. Imaginemos que hubiera habido una organización seria, bien organizada, socialista libertaria, durante la Revolución Rusa. Una organización anarquista fuerte *podría* haber creado una coalición con los comunistas de izquierda y con los socialistas revolucionarios de izquierda en los *soviets*, que *podría* haber cambiado la historia. O nuevamente, en 1921, al finalizar la guerra civil, gran parte de los sectores rurales estaban en rebelión, en Petrogrado había estallado una huelga general y la fortaleza militar de Kronstadt se amotinaba bajo influencia anarquista (Avrich, 1970). Una organización anarquista nacional, si hubiera habido una, podría haber coordinado una exitosa tercera revolución. Por supuesto, yo digo “podría”, pero los anarquistas y populistas difícilmente hubieran hecho algo peor que lo que hicieron los leninistas.

Capítulo 10. La Revolución Española

Así como los maoístas estudian la Revolución China, los castristas la Revolución Cubana y los trotskistas la Rusa, así los anarquistas deberíamos estudiar la Revolución Española de 1936 a 1939 (véase Bookchin, 1978; Brenan, 1971; Dolgoff, 1974; Guerin, 1970; Guillamon, 1996; Morrow, 1974; Orwell, 1980; Paz, 1976; Peirats, 1974; Radosh, Habeck, & Sevostianov, 2001; Richards, 1972; Trotsky, 1973; Woodcock, 1962). Fue el último de los grandes levantamientos de la clase trabajadora luego de la Primera Guerra Mundial y el precursor de la Segunda Guerra Mundial, y sin embargo continúa siendo altamente relevante para las luchas de hoy. Los anarquistas jugaron un enorme rol en la Revolución Española. La mitad de la clase trabajadora estaba organizada en su federación de sindicatos (la CNT), casi toda la clase trabajadora del centro industrial de España, Cataluña. Gran parte del campesinado estaba influida por los anarquistas. En el curso de una gran revolución, los anarquistas mostraron su fortaleza: liderando fuerzas militares, organizando granjas colectivizadas y creando industrias autogestionadas por los trabajadores. Mucha de la literatura anarquista en España ha sido celebratoria, enfocándose en estos logros reales.

Y sin embargo, los anarquistas españoles también mostraron severas debilidades en el curso de la revolución. Los anarquistas más destacados sintieron necesario abandonar sus principios y programa. Se aliaron con partidos estalinistas y burgueses, entraron en el gobierno capitalista como ministros e impidieron a los obreros y campesinos completar la revolución. En vez de destruir al Estado, se le unieron. Y finalmente fueron derrotados por el ejército fascista de Franco. Los anarquistas pueden ser cuestionados –y muy correctamente–. “¿Cómo sabemos que los anarquistas no repetirán los mismos errores en otra situación revolucionaria?”. Esto no puede responderse, a menos que sepamos por qué cometieron esos errores y cómo evitarlos en el futuro.

A menudo se habla de una “Guerra Civil” para referirse a la Revolución Española entre 1936 y 1939. Y a pesar de que *fue* una guerra civil –un conflicto dentro de un país– esto encubre el aspecto revolucionario de ella, el conflicto entre clases (esto es similar a aquellos historiadores que se refieren a la revolución de los Estados Unidos como una “guerra de independencia”, con el mismo objetivo de negar que hubo una revolución). A veces se fecha su comienzo en 1931, cuando el rey Alfonso (abuelo del actual rey de España) abdicó y se estableció la República. Cinco años de levantamientos, rebeliones y huelgas de masas siguieron, a las que el gobierno respondió con severa represión. Para enero de 1936, más de 30.000 trabajadores e izquierdistas estaban en prisión.

En febrero, nuevas elecciones desalojaron a los partidos conservadores con la victoria del Frente Popular, una coalición de partidos liberales capitalistas (“Republicanos”) y el Partido Socialista. Los anarquistas organizados no apoyaron al Frente Popular y oficialmente boicoteaban la elección. En la práctica ellos deliberadamente no hicieron campaña por su posición, aceptando que la mayoría de los trabajadores en los sindicatos anarquistas votaría al Frente Popular. Incluso aquellos obreros y campesinos que no se ilusionaban con el Frente Popular esperaban que amnistiara las decenas de miles de prisioneros de la guerra de clases, como había prometido (ésta puede que haya sido la mejor posición política, pero los anarquistas deberían al menos haber sido más honestos acerca de lo que estaban haciendo). ¡En el período de cuatro días entre la elección y la asunción del nuevo gobierno, los trabajadores llevaron a cabo la amnistía, allí donde pudieron, forzando la apertura de las cárceles!

Fuera de esto, la coalición liberal/socialdemócrata era un típico régimen reformista para no cambiar nada, incapaz de acabar con el latifundio, mejorar las condiciones de los trabajadores, limitar el poder de la Iglesia Católica (subsidiada por el gobierno y políticamente reaccionaria), o expulsar a los fascistas del cuerpo de oficiales del ejército. Pero sí era capaz de usar a la policía y al ejército contra los trabajadores en huelgas y movilizaciones. Sin embargo, la clase capitalista encontraba al Frente Popular demasiado débil para sus propósitos; era necesaria una mano fuerte para aplastar a la clase trabajadora.

En julio de 1936, los militares se sublevaron, en alianza con los monárquicos tradicionalistas y las nuevas fuerzas fascistas (la Falange). Tenían el apoyo de casi toda la burguesía española. Trayendo al grueso del ejército de las colonias españolas en Marruecos, Francisco Franco y sus aliados esperaban vencer rápidamente con un golpe de Estado y establecer una dictadura. Después de todo, Hitler había tomado el poder en Alemania en 1933 sin resistencia de los enormes partidos obreros (los socialdemócratas y los comunistas) ni de los demócratas liberales (véase el próximo capítulo). El gobierno del Frente Popular vacilaba, negó que hubiera un alzamiento militar e intentó hacer un trato con Franco. Casi todos los militares y la policía se pasaron al bando fascista, dejando al gobierno oficial flotando en el aire. Los empresarios y latifundistas en su mayoría abandonaron sus negocios y fincas y apoyaron a Franco, dejando a los políticos capitalistas sólo como “la sombra de la burguesía” (la frase es de Trotsky [1973]).

Sin embargo, a diferencia de Alemania, los trabajadores españoles resistieron. Casi desarmados, frustraron la rebelión militar. Los cuarteles fueron rodeados por masas de gente que no dejaba salir a los soldados para unirse a la rebelión. El gobierno se negó a armar a los trabajadores (e incluso trató de desarmarlos por la fuerza). El pueblo juntó las pocas armas que tenía, asaltó las tiendas de armas, se apoderó de las de la policía y los militares. Los mineros trajeron dinamita. Las casas alrededor de los cuarteles militares fueron incendiadas con gasolina. Los emplazamientos de ametralladoras fascistas en cruces de calles fueron destruidos chocando autos a alta velocidad contra ellos. Los sindicatos organizaron fuerzas de voluntarios (las milicias) para salir a combatir al ejército. A pesar de la indecisión del gobierno, los obreros y campesinos previnieron una victoria fascista fácil y rápida. En vez de eso, tuvieron que emplearse a fondo en una guerra civil que se extendió durante tres extenuantes años.

Además de la situación de doble poder entre el gobierno militar-fascista y el bando republicano (o “leal”), había una situación de *doble poder dentro de las fuerzas republicanas*. La maquinaria del Estado oficial había sido dejada virtualmente sin poder alguno mientras que las organizaciones populares combatían al fascismo y dirigían la economía. La cuestión principal de la revolución era la relación entre las organizaciones populares y el Estado republicano.

Del lado republicano había dos gobiernos de importancia: el gobierno nacional en Madrid y el gobierno regional de Cataluña, centrado en la ciudad de Barcelona. Ésta era la región más industrializada de España, con una clase trabajadora y un campesinado profundamente influidos por el anarquismo. Los catalanes, como sus vecinos los vascos, tenían una tradición de luchar por su autonomía cultural e incluso su independencia nacional. A los catalanes la República les había otorgado un gobierno regional con un cierto grado de autonomía, la Generalidad. Ambas, la Generalidad y el gobierno nacional del Frente Popular quedaron temporariamente encallados, balanceándose en un delicado equilibrio entre la rebelión militar-fascista –que se había llevado a casi todas sus fuerzas militares y policiales– y las fuerzas de los obreros y campesinos.

Habiendo perdido su ejército, el Estado tenía que depender de las milicias de trabajadores hasta que pudiera reconstruir un ejército capitalista republicano sobre lineamientos autoritarios. Los partidos obreros y sindicatos habían creado milicias que marcharon sobre las posiciones fascistas y sostuvieron el frente contra ellas. Estas milicias eran más o menos internamente democráticas, sin diferencias en la paga y condiciones de vida entre oficiales y soldados, con elección de oficiales e intensas discusiones políticas internas. Es cierto que había un buen grado de ineficiencia y dejadez en el improvisado ejército revolucionario, pero (como argumenta George Orwell) esto se debía más a la inexperiencia y al amontonamiento que a su carácter igualitario. Con el tiempo, fue volviéndose más eficiente y autodisciplinada, y lo habría sido aún más si no hubiera sido apuñalada en la espalda por el gobierno y las dirigencias de los sindicatos. Mientras tanto, en las ciudades de la zona republicana, las tareas de policía eran llevadas a cabo por comités de trabajadores armados que patrullaban las calles.

Enfrentados con una huelga patronal y el sabotaje de los capitalistas españoles, los trabajadores tomaron la industria y la organizaron ellos mismos (Dolgoff, 1974). En la mayoría de las fábricas y talleres de España fueron establecidos comités de empleados. Los salarios eran fijados por los trabajadores. La coordinación era organizada a través de los sindicatos. Las líneas telefónicas y ferrocarriles, el gas y la electricidad, las peluquerías y la industria textil, por mencionar algunos ejemplos, fueron reorganizados por los trabajadores. Fueron dirigidos colectivamente con eficiencia. Los trabajadores crearon de la nada una industria armamentística. Luego de la derrota de la revolución, los capitalistas que volvían notaban a veces que su propiedad había sido mantenida o incluso mejorada por los trabajadores.

La Revolución Española es, hasta donde yo sé, la única experiencia revolucionaria en la que los campesinos colectivizaron sus tierras voluntariamente. No sólo tomaron los latifundios, sino que, en lugar de convertirlos en pequeñas propiedades, los convirtieron en granjas cooperativas, autogestionadas de modo democrático. Donde había pequeñas propiedades, éstas fueron unidas entre sí y se llevaron a cabo experiencias para limitar o eliminar el uso del dinero. Estas actividades abarcaron más de la mitad de la superficie de la República, y se crearon quizás hasta 1.700 colectivizaciones rurales (Dolgoff, 1974).

Pero, a diferencia de la Revolución Rusa, las milicias, las patrullas obreras y los colectivos industriales y campesinos en España no tenían por encima una estructura que los controlara como a los soviets. La peculiaridad del doble poder en España consistió en que el debilitado gobierno burgués era contrapeado por un disperso grupo de organizaciones populares.

La Revolución Española se enfrentó con dos –o quizá dos y media– posibles direcciones: reformismo o la vía revolucionaria, o el centrismo. La posición reformista era la que mejor se acomodaba al liberalismo extranjero. Lo importante, desde esta posición, era la unificación de todas las fuerzas antifascistas. Para esto era preciso sostener al gobierno republicano hasta que las fuerzas de Franco fueran derrotadas, y cualquier otra dirección hubiera

causado una escisión a la interna del lado republicano, creando una guerra civil dentro de la guerra civil. Más aún, resultaba esencial conseguir la cooperación de los gobiernos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia para el intercambio comercial y la obtención de armamentos. Pero estos estados únicamente negociarían con el gobierno español, y no con una entidad revolucionaria.

Ésta fue la política del “Frente Popular”, que había sido superada por gran parte de la izquierda española antes de que los fascistas se levantaran. Esto significa que no se trataba de un expediente temporario ante una situación extrema, sino de una estrategia a largo plazo. A diferencia de la estrategia de “frente único”, que se basaba en la unión de socialdemócratas, estalinistas, anarquistas y otras organizaciones de la clase obrera contra la clase capitalista, la estrategia del “frente popular” proponía la unión de las organizaciones de la clase trabajadora con el ala más progresista de los partidos capitalistas. Si bien las dos estrategias proclaman la unidad, en un caso se pone énfasis en la división de clases (unidad de los trabajadores, los campesinos y los pobres contra los capitalistas), y en el otro se la niega (unidad de los trabajadores y los capitalistas progresistas contra el fascismo). El uso de los términos “pueblo” o “popular” supone también una ambigüedad, puesto que puede ser usada para referirse a los trabajadores y al resto de las clases oprimidas (campesinos, mujeres, minorías étnicas, etc.); pero los liberales y los reformistas la usaron para referirse al mismo tiempo a los opresores y a los oprimidos, a los capitalistas y a los trabajadores, literalmente, a toda la gente.

El Frente Popular era apoyado por el Partido Socialista, que lideraba aproximadamente la mitad de la mano de obra organizada a través de su federación, la UGT. Estos puntos de vista fueron también apoyados por los liberales republicanos, aunque ellos, por supuesto, no dijeron que iban por una revolución “después” de la guerra. Éstos fueron también los puntos de vista articulados por el Partido Comunista español. Bajo las órdenes de la burocracia rusa estalinista, el PC, en España e internacionalmente, acababa de saltar de la ultraizquierda a la derecha del movimiento. Habían estado denunciando a los socialdemócratas y otras tendencias de izquierda como “social-fascistas”, tan malos como los fascistas, rechazando cualquier

posibilidad de Frente Único con los socialdemócratas en contra los nazis en Alemania. Ahora se habían vuelto los más fuertes defensores del Frente Popular (el Estado ruso estaba tratando de crear una alianza con los imperialismos francés y británico contra Alemania). Al comienzo de la guerra civil el PC era bastante pequeño. Ganó influencia cuando el gobierno ruso se volvió la única fuente extranjera dispuesta a vender armas al gobierno español. Parte del precio por las armas, además del oro de los bancos españoles, fue el emplazamiento de miembros del PC en posiciones dentro del gobierno republicano. Mientras tanto el PC comenzó una amplia campaña de reclutamiento entre los sectores de las clases medias conservadoras.

Se pusieron “consejeros” rusos a la fuerza en el gobierno español, a cambio de las ventas de armas, mientras miembros del PC eran señalados para los lugares claves en la policía y ejército. El PC construyó su propio aparato, incluyendo una policía secreta y prisiones privadas, que incluso la policía española no podría controlar. Secuestraba, torturaba y mataba oponentes políticos en la izquierda, tales como Andrés Nin del POUM. Anunció que trataría a los trotskistas y anarquistas en España como lo había hecho en Rusia.

Por razonable que la posición reformista sonase a los liberales en el extranjero, tenía varias debilidades clave. Un problema con la estrategia del Frente Popular es que era imposible para los republicanos derrotar a un ejército regular en su propio juego, ya que la guerra revolucionaria quedaba descartada. Los fascistas tenían oficiales profesionales con experiencia, un grupo entrenado de soldados rasos, una fuerza aérea superior y las armas originales del ejército regular, más un suministro constante de Alemania e Italia. Los republicanos tenían que organizar un ejército regular de la nada, y tenían pocas armas. En una carnicería tradicional entre dos ejércitos, los fascistas ganarían, y lo hicieron.

En la estrategia alternativa de *guerra revolucionaria*, el éxito dependería al menos tanto en la psicología y la política como en el armamento. Era necesario incrementar la moral entre las fuerzas armadas revolucionarias y en la población trabajadora que la apoyaba y disminuir la moral entre las bases fascistas y levantar la oposición a ellos en la retaguardia enemiga. Esto se

hubiera logrado, por ejemplo, garantizando tierra a los campesinos. La mayor parte de España era un país agrícola, las bases de las fuerzas fascistas eran más que nada campesinos, como lo era la mayor parte de la población en su zona. Una promesa de tierras hubiera prendido fuego a las bases fascistas. En su lugar, el gobierno republicano hizo lo opuesto, atacó a los colectivos de campesinos con leyes y con la fuerza militar, rompiéndolos y asegurando los derechos de los terratenientes y ricos.

Otra debilidad de la estrategia reformista era que los gobiernos británicos, franceses y estadounidenses no tenían intenciones de ayudar a los republicanos (incluso aunque el gobierno francés también tenía un régimen de Frente Popular liderado por el socialista León Blum). Firmaron un “pacto de no intervención”, por el cual pactaban prohibir el envío de armas a cualquiera de los bandos de España, incluso a pesar de que uno de los “bandos” era el gobierno legal. Estaban muy preocupados en que una victoria leal inspiraría la revolución de los trabajadores. También se figuraban que los lazos históricos entre los negocios británicos y franceses en España influirían sobre los fascistas si éstos ganaran. Como resultó, tuvieron razón, el régimen franquista se mantuvo neutral en la Segunda Guerra Mundial. La Alemania nazi y la Italia fascista también prometieron la no intervención, pero dieron su ayuda militar al ejército franquista. Los socialistas y comunistas españoles podrían haber apelado a que los trabajadores franceses presionaran a su gobierno (que incluía a los partidos Socialista y Comunista), pero esto hubiera requerido una crítica pública de la capitulación al capitalismo del Frente Popular francés.

Una política revolucionaria también hubiera consistido en ofrecer la autodeterminación nacional a los árabes del Marruecos español. Las bases militares fascistas estaban más que nada en las colonias españolas en África del Norte. Una gran parte de las bases del ejército regular era de ese origen. Hubiera sido un gran golpe contra los militares fascistas el haber prometido autodeterminación (una elección de autonomía o independencia) a los moros y el haber enviado agitadores nacionalistas a Marruecos. Algunos de ellos se ofrecieron y unos pocos anarquistas sugirieron la posibilidad de esta estrategia. Pero el envío de nacionalistas marroquíes habría amenazado el control de los

imperialistas franceses y británicos de sus colonias en el norte de África y Medio Oriente. La última cosa que los franceses y los capitalistas franceses querían era el ejemplo de la libertad nacional de una colonia árabe oprimida. A causa de su política imperialista pro Occidente, el gobierno del Frente Popular español tenía atadas sus manos y no podía usar esta arma (asumiendo en primer lugar que los liberales hubieran querido una política anticolonialista).

Tampoco la estrategia reformista evitaba el peligro de una guerra civil dentro del área republicana. Inevitablemente el Estado capitalista tendría que reconstruirse y reafirmar su poder. Incluso a pesar de que las organizaciones de trabajadores y campesinos no amenazaban al Estado, el Estado tendría que amenazarlos. Una situación de doble poder se debe resolver de una manera u otra. Paso a paso el régimen arrebató los poderes de los comités populares. Se levantó y dotó de armamento a un ejército regular y una fuerza de policía. A las milicias radicales se las privó de armas y municiones y gradualmente se subordinaron al nuevo ejército regular. La autogestión industrial y la socialización fueron minados tanto por los dueños que volvían como por la supervisión estatal. Las tierras colectivizadas se destrozaron por la fuerza. La censura gubernamental se impuso sobre la prensa de izquierda y la represión política, incluyendo el encarcelamiento y las matanzas, se incrementó. Una inundación de propaganda comunista denunció a los izquierdistas no sólo como equivocados sino como agentes deliberados del fascismo.

En mayo de 1937, once meses tras el inicio de la rebelión fascista, esto llegó al clímax cuando el gobierno pretendió expropiar la central telefónica de Barcelona a los trabajadores anarquistas. Esto provocó una huelga general y el virtual levantamiento con barricadas construidas y los trabajadores tomando control de la mayor parte de Barcelona (un testimonio visual se da en *Homenaje a Cataluña* de George Orwell [1980]). Esto podría haber llevado a los trabajadores y campesinos a tomar el poder en Cataluña. En su lugar, los líderes anarquistas e izquierdistas persuadieron a los trabajadores a volver al trabajo a cambio de vagas promesas del Gobierno. El resultado fue una gran derrota para los trabajadores a medida que el Gobierno se volcaba a la represión de la izquierda, incluyendo la ilegalización de los izquierdistas del POUM, encarcelando a sus dirigentes, inclusive a oficiales militares.

Mientras el enfoque reformista era firmemente sostenido por el Partido Comunista y el ala derecha del Partido Socialista, desafortunadamente no había fuerzas mayores defendiendo un programa revolucionario. En su lugar, varias fuerzas intentaron sostener un enfoque centrista. Oficialmente favorecían a la revolución, pero en la práctica no desafiaban a los reformistas. Ésta era la política del ala izquierda de los socialistas y también del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). El POUM se había formado a partir de la fusión de varios grupos de oposición expulsados del Partido Comunista, incluyendo trotskistas en la izquierda y Bujarinistas en la derecha. En Cataluña era una fuerza importante. A pesar de tener una fuerza inferior a la de los anarquistas, era más grande que los comunistas o incluso que los socialistas en la región. Tenía su propia milicia (en la que sirvió Orwell). Aun cuando se presentaba a sí mismo como el partido más revolucionario, el POUM había apoyado al Frente Popular y entrado en el gobierno capitalista en Cataluña.

Desafortunadamente el centrismo era también la política de los anarquistas españoles. A diferencia de Rusia o la mayoría de los otros países, los anarquistas españoles *se habían* organizado a sí mismos nacionalmente. Esto lo hicieron después de la Primera Guerra Mundial para contrarrestar la amenaza de los sindicalistas reformistas tomando la federación anarcosindicalista (la CNT), por un lado, y de que los comunistas hicieran esto por el otro (ambas cosas pasaron en Francia). Formaron la FAI (Federación Anarquista Ibérica), una federación de pequeños grupos de afinidad, en la que todos sus miembros debían pertenecer a la CNT. Mantenían congresos regulares en los que se tomaban las decisiones. Como no eran “centralistas democráticos”, los faístas eran leales a la organización y a cada uno. Por ende, tendían a llevar adelante posiciones comunes y apoyar decisiones de la organización de una manera autodisciplinada. Los anarquistas españoles se han considerado largamente una “vanguardia”, no en un sentido elitista, sino en el sentido de tener ideas de “avanzada”, ser *avant-garde*. No hablaban de líderes sino de “militantes influyentes”, lo cual probablemente

les impidió controlar democráticamente a los líderes reales (véase Bookchin, 1977). De cualquier forma, aun la estructura más democrática en el mundo no puede dar cuenta de la poca claridad programática. Años de discusión habían sentado las bases para las colectividades rurales y la autogestión industrial por los trabajadores. Pero había habido poca o ninguna consideración de las estrategias para la situación en la que se encontraron en 1936.

En julio de ese año, los trabajadores de Cataluña habían derrotado a la rebelión fascista regional. Los sindicatos de la CNT, liderados por la FAI, controlaban Barcelona y la región. Luis Companys, presidente de la Generalitat catalana, llamó a los líderes de la CNT-FAI a su oficina. De acuerdo con García Oliver, un viejo militante anarquista y uno de los participantes, Companys admitió que la CNT-FAI eran los “amos de la ciudad”. Él se ofreció a renunciar en su favor si querían pero les proponía en su lugar que trabajaran juntos. Para el hábil político burgués éste era sólo el primer paso para restablecer el Estado y el capitalismo, como sus acciones posteriores probarían. Pero los líderes trabajadores anarquistas eran ingenuos y aceptaron su oferta, eventualmente entrando en la Generalitat como ministros y sumándose al gobierno central (García Oliver volviéndose ministro de Justicia, un rol por cierto extraño para un anarquista).

García Oliver dijo más tarde que “la elección era entre comunismo libertario, que significaba una dictadura anarquista, y democracia, que significaba colaboración” (en Richards, 1972: p. 35). Como él lo veía, si la CNT-FAI tomaba el poder, hubiera sido una dictadura de partido único, “totalitarismo revolucionario”. Hay algo de verdad en este argumento. No todos los trabajadores de la CNT eran realmente anarquistas, aun incluso cuando seguían a los faístas como líderes sindicales. Y había otras tendencias políticas dentro de la clase trabajadora y de los campesinos, así como en la clase media. Fuera de Cataluña la CNT era algo más pequeña que la federación de la UGT del Partido Socialista. ¿Qué derecho tenían los anarquistas a forzar sus políticas para toda la clase trabajadora, campesinado y pobres de España? Por ende los líderes anarquistas no vieron alternativas al trabajo con los reformistas, los liberales y el Estado capitalista: “democracia, que significaba colaboración”.

En realidad estos argumentos eran su modo de explicar el hecho de que hubieran capitulado a las presiones de la situación.

Obviamente, esto iba en contra de todo lo que los anarquistas habían enseñado sobre la naturaleza autoritaria y antidemocrática del Estado y del capitalismo. La mayoría de los anarquistas estaban descontentos con estas políticas pero no sabían qué proponer en su lugar. Eran leales a la CNT y a la FAI y no querían enfrentarse con ellos. Entonces siguieron con sus asuntos, combatiendo en la milicia contra los fascistas, organizaron comités de fábrica, o trabajando en colectivos rurales⁴⁷. Unos pocos se pronunciaron contra la participación anarquista en el gobierno, pero esto no alcanzaba para proponer una política alternativa para la revolución. Los anarquistas debieron hacer algo más que mantener sus manos limpias. El esfuerzo militar y la economía debían ser coordinados de alguna manera, por alguien. ¿Si no era por el Estado existente, entonces cómo y por quién?

Había, sin embargo, otra alternativa, que era tanto democrática como revolucionaria. Ésta era la de una *federación de comités de fábricas, colectivos campesinos, patrullas callejeras de trabajadores, consejos de milicia y otros comités populares*. La CNT-FAI de Cataluña podría haber convocado inmediatamente a éstos a mantener asambleas, tener elecciones, y enviar delegados a un consejo central o federación de consejos. Diferentes tendencias políticas (anarquistas, socialdemócratas, estalinistas, partidos burgueses, etc.) habrían estado representados en proporción a su apoyo por la población trabajadora, reflejada por el número de delegados que cada uno obtuviera. Con suerte los elementos más revolucionarios y organizaciones hubieran ganado popularidad.

Los anarquistas podrían haber armado estos consejos populares federados en Barcelona y el resto de Cataluña, y al menos hacer un llamado por consejos similares en el resto de España, usando Cataluña como ejemplo revolucionario. Podrían haberse presentado al pueblo como una forma democrática de frente único de las organizaciones de los trabajadores, una alternativa al entonces impotente y abandonado Estado capitalista de la República.

⁴⁷ Ésta parece haber sido la situación del gran revolucionario anarquista Buenaventura Durruti (Paz, 1976).

Una política de consejos de trabajadores *había* sido propuesta incluso antes de 1936, por Trotsky y su puñado de seguidores en España (Morrow, 1974; Trotsky, 1973; Guillamon, 1996). Sin duda que los trotskistas vieron en los consejos un instrumento, como medio para que el partido tomara el poder (véase Trotsky, 1961). Pero el punto es que habían levantado la idea de los consejos para España. Trotsky basó esto en la experiencia de los soviets en la Revolución Rusa, que había comenzado con los consejos para la coordinación de huelgas y terminó en la toma del poder.

Cerca del final del período revolucionario, un punto de vista similar fue desarrollado por una organización de anarquistas españoles, “Los Amigos de Durruti”. Este grupo fue iniciado por ex miembros de la columna Durruti quienes no habían aceptado las políticas estatales de militarización, junto con algunos periodistas anarquistas revolucionarios, como Jaime Balius. Denunciaban las políticas colaboracionistas de la cúpula de la CNT-FAI y llamaban a levantar un programa revolucionario. En su declaración programática de 1938, “*Hacia una Revolución Fresca*” propusieron “una leve variación en el anarquismo” (Los Amigos de Durruti, 1978: p. 42). Esto era el establecimiento de una junta revolucionaria o consejo nacional de defensa. Coordinaría las milicias y las patrullas de trabajadores para seguir la guerra, reprimir a los fascistas tras las líneas del frente, y mantener relaciones internacionales. Hasta que se pudiera hacer esto, ellos estaban por la cooperación con el sistema existente de un modo práctico, tal como apoyar la lucha militar contra el fascismo y trabajar en la industria para producir armamentos.

Desafortunadamente, el mejor libro sobre Los Amigos de Durruti (Guillamon, 1996) confunde su posición como similar a un socialismo autoritario, equivalente a apoyar la dictadura de un partido minoritario de vanguardia, o quizá una coalición de tales partidos. Guillamon escribe, *dando su aprobación*: “Esta Junta Revolucionaria... otros la llaman... la vanguardia o el partido revolucionario” (p. 95). Pero su programa no iba por un partido-Estado. Explícitamente declaraba que el consejo de defensa sería democrático: “Miembros de la Junta revolucionaria serán electos por voto democrático en las organizaciones sindicales”. Los sindicatos también trabajarían juntos con una federación de municipios libres.

Este concepto podría estar aún demasiado atado a la idea sindicalista tradicional de la primacía de los sindicatos, opuesto a las asambleas en el lugar del trabajo y asambleas populares, pero es suficientemente cercano al programa de los consejos en la práctica. Si se hubieran formado antes, podrían haber construido una coalición con la izquierda del POUM, los pocos trotskistas y otros anarquistas, para luchar por un programa de juntas revolucionarias democráticas. Pero hacia 1938 era muy tarde. La revolución había sido derrotada políticamente y era sólo cuestión de tiempo hasta que los fascistas derrotaran las fuerzas armadas republicanas en el campo de batalla.

Basados en la experiencia española, los trotskistas hicieron una crítica del anarquismo. Según ellos los anarquistas fallaron en implementar un sistema de consejos y en su lugar se unieron al gobierno capitalista debido a las fallas en la teoría anarquista. Los anarquistas estaban contra todos los estados, tanto estados capitalistas como estados “proletarios”, viéndolos como esencialmente lo mismo, todos malos. Sin embargo se volvió obvio que en España se necesitaba de algún órgano social que coordinase la lucha, reprimiese a los fascistas, permitiese la representación para diferentes grupos políticos y las relaciones con estados extranjeros. Esto es, los trotskistas dijeron que se necesitaba un Estado. Pero como los anarquistas no vieron la necesidad para un Estado proletario, buscaron apoyar el Estado capitalista, que no era, según lo que creían, mejor o peor que un Estado proletario.

Hay, yo pienso, algo de lógica en esta crítica. Los anarquistas se habían opuesto o al menos habían subestimado la *necesidad de poder, para que los oprimidos se organizaran a sí mismos para derrotar a los opresores y suprimir a las fuerzas contrarrevolucionarias de tipo fascista*. En todo caso el anarquismo tiene una posición ambigua sobre el poder. Los anarquistas a menudo no entienden la necesidad de los trabajadores de tomar el poder sin crear un nuevo Estado. Por todas las ventajas que los anarquistas españoles tenían, tales como una organización nacional

y años de discusiones, desgraciadamente no estaban preparados para una revolución. Cuando ésta se produjo, no pudieron ver alternativas a instalar una dictadura estatal de partido de la CNT-FAI o unirse al gobierno capitalista.

Por otro lado, los argumentos trotskistas/marxistas sólo funcionan si aceptamos que la federación de trabajadores y consejos populares es un Estado de alguna clase. Esto podría parecer un simple juego de palabras, pero la Comuna es diferente de cualquier otra clase de “Estado” en la historia. Es la autoorganización de la gran mayoría de la población más que una organización minoritaria sobre y por encima de la sociedad. Sus funciones represivas son llevadas a cabo en contra de la anteriormente minoría explotadora y se encuentra, conscientemente, en el camino de acabar con toda represión. No es, y no puede ser, un “Estado de los trabajadores”, porque no hay tal cosa.

Al mismo tiempo, Trotsky y sus seguidores estaban en su momento más libertario. Proponían la abolición del Estado burocrático ruso y su reemplazo por un sistema multipartido de soviets/consejos (Trotsky, 1977), pero *aún* veían al Estado estalinista totalitario como algún tipo de Estado proletario.

Desde entonces, los trotskistas han abandonado en gran medida la idea de Estado de consejos (Hobson y Tabor, 1988). Los trotskistas más ortodoxos se han vuelto seguidores acrílicos del Estado cubano (una dictadura de un partido, de un hombre), apoyando la invasión rusa a Afganistán, y denunciando el colapso del Estado estalinista como una “contrarrevolución”. Hay trotskistas no ortodoxos, que ven correctamente la Unión Soviética como capitalismo de Estado más que un “Estado proletario”. Sin embargo ellos también respaldan a la Unión Soviética de Lenin y Trotsky, cuando era una dictadura de partido único.

Es interesante cómo Grandizo Munis, un líder del trotskismo español, pudo haber sido influido para moverse en dirección del anarquismo. Se hizo amigo cercano de Jaime Balius, el líder teórico de Los Amigos de Durruti, incluso viviendo juntos por un tiempo en su exilio en México (Guillamon, 1996). Esto podría haber sido un factor en el eventual rechazo de Munis a la teoría del “Estado proletario degenerado” a favor del análisis de capitalismo de Estado y su rechazo del enfoque del partido de

vanguardia (Hobson y Tabor, 1988). Munis también era amigo de la viuda de Trotsky, Natalia Sedova, quien estuvo de acuerdo con él, al menos en que el estalinismo de Rusia era un capitalismo de Estado.

Guillamon (1996), quien parece ser un bordiguista (una tendencia autoritaria de ultraizquierda), ve a Los Amigos de Durruti esencialmente como reinventores de la rueda, recreando, en “el idioma anarquista”, los “viejos postulados marxistas” sobre el Estado, la necesidad de un programa revolucionario, y la necesidad de organizarse para éste (la “vanguardia”). Incluso si esto fuera cierto, ya resultaría significativo que lo hubieran hecho dentro de la tradición anarquista. De hecho no es cierto, ya que el concepto de una federación de consejos que coordinen una guerra revolucionaria ha sido, por mucho tiempo, una cuestión central del anarquismo. Que las principales organizaciones anarquistas fallaran en poner en práctica su programa es un asunto diferente.

Mientras que el anarquismo, como un movimiento, pudo haber fallado en España, no se puede decir que al marxismo le haya ido tampoco muy bien. En términos generales, los marxistas capitularon ante al Estado de la burguesía liberal tan mal (o peor) que los anarquistas. Los socialistas se zambulleron en el reformismo estatista, y los centristas del POUM, declarándose marxistas revolucionarios, sostuvieron la necesidad de un nuevo Estado, pero en los hechos se unieron al viejo. El PC estalinista fue deliberadamente contrarrevolucionario (lo cual no niega el idealismo ingenuo de los miembros ordinarios de estos partidos, incluso los estalinistas). Los trotskistas, perdiendo una sección en los centristas del POUM, se dividieron en dos pequeños grupos, y nunca fueron capaces de desarrollar gran influencia popular. Sólo un pequeño grupo de marxistas (los trotskistas) y un pequeño grupo de anarquistas (Los Amigos de Durruti y algunos otros), rechazaron la participación en el Estado burgués a favor de una asociación de consejos. *La clase trabajadora pagó caramente por la falla de sus organizaciones al no entender la necesidad de reemplazar el Estado con instituciones alternativas de poder popular.*

Pero el efecto práctico de la derrota de la Revolución Española fue borrar del mapa la última chance del anarquismo

de tener influencia internacional significativa por generaciones. Debido a sus propias debilidades, así como a factores objetivos, los anarquistas españoles sufrieron una derrota que hizo retroceder al movimiento mundial y la esperanza por una liberación. Los anarquistas tenían agrupamientos en otros países, pero España era su último aliento para luchar contra el fascismo en los centros industriales del mundo. Muchos militantes a lo largo y ancho del mundo ahora concluyeron que la única esperanza para derrotar al nazismo y el fascismo en general era apoyar o al imperialismo occidental o al ruso o a ambos. Pasaría un largo tiempo hasta que tanto la democracia occidental como el estalinismo fueran desacreditados lo suficiente al mismo tiempo como para que el socialismo libertario reemergiera como una fuerza viable.

Capítulo 11. La lucha contra el nazismo en Alemania

Retrocediendo en la historia, antes de la Revolución Española, voy a analizar a continuación la victoria contrarrevolucionaria del fascismo –específicamente del nazismo– en Alemania en 1933 (Gluckstein, 1999; Guérin, 1973; Trotsky, 1971). Aunque la contrarrevolución española puede apropiadamente llamarse fascista, porque aplastó a las organizaciones de la clase, fue más bien un golpe militar que se convirtió en una guerra civil. El nazismo fue una forma más “pura” de fascismo, un movimiento de masas que tomó el poder, con los militares alemanes matando en el fondo. Nuevamente, la lucha contra el fascismo encendió las concepciones radicales del Estado.

En Alemania, en los años treinta, la cuestión fundamental era la relación entre el Estado burgués-democrático (la República de Weimar) y el Estado fascista que se aproximaba. El Partido Comunista, en su fase de ultraizquierda, sostenía que eran lo mismo (ambas variedades del fascismo) y que por ende no se necesitaba hacer una lucha específica contra el nazismo. El Partido Socialdemócrata parecía pensar que eran totalmente diferentes, y por ende que las instituciones de la democracia burguesa bastaban para evitar que el fascismo tomara el poder. En realidad, éstas son dos formas diferentes del Estado burgués, una era una democracia (limitada) y la otra una dictadura, pero iguales en cuanto ambas apoyaban al capitalismo. El golpe a la democracia burguesa era una “revolución política” y no una “revolución social”. Esto es, la forma de gobierno era cambiada pero la naturaleza básica del Estado y el sistema capitalista no cambiaban. La clase capitalista seguía siendo la clase superior. Esto quería decir que era necesario para los trabajadores defender sus derechos democráticos burgueses contra el nazismo, pero que era un error confiar en el Estado democrático burgués para resistir al nazismo.

Hoy ha habido un crecimiento en el conservadurismo, una dominación de la extrema derecha de la clase gobernante estadounidense y la capitulación de los políticos capitalistas más moderados. A escala mundial sus políticas han sido llamadas

“neoliberalismo”. Decir que esto semeja las condiciones bajo las cuales el fascismo ascendió y triunfó sobre la izquierda en los años treinta sería una grosera exageración. Y probablemente una amenaza fascista real en Norteamérica no tome la misma forma que en Europa en el pasado. Sin embargo los problemas que se presentan hoy se asemejan a aquellos levantados en la lucha contra el nazismo y otras formas de fascismo. Muchos liberales temen que EE.UU. esté ya bajo el fascismo o en peligro de volverse fascista, debido a sus políticas militaristas y represivas del ala derecha republicana. Esto es un error. Estamos viviendo bajo una democracia burguesa, y esto es lo que es la democracia burguesa, principalmente represiva y militarista. Los EE.UU. aún tienen elecciones (con un alto grado de fraude, por supuesto), sindicatos, libertad de expresión y organización para la izquierda (con varias limitaciones), etc. Nada de esto existe bajo el fascismo.

Precisamente porque nosotros no nos enfrentamos –aún– a una amenaza masiva fascista, éste es el momento indicado para aprender sobre el pasado, especialmente para los anarquistas y otros socialistas libertarios.

Pero primero, una breve reseña sobre la lucha contra el ascenso del fascismo en Italia. En los años veinte, en Italia, bandas compuestas de veteranos de la Primera Guerra Mundial comenzaron a organizarse como fuerzas de derecha. Benito Mussolini, antes un socialista de izquierda, los organizó en el Partido Fascista, y obtuvo subsidios de los ricos. Los utilizó para atacar los locales de los sindicatos y los actos de los partidos de izquierda.

Varios anarquistas convocaron al frente único contra las bandas fascistas (*Rivista Anarchica*, 1989). Los anarquistas eran una minoría significativa y lideraban sus propios sindicatos. Llamaban a la unidad de acción de los sindicatos y partidos de izquierda, para combatir físicamente a los fascistas, para defender las instituciones de los trabajadores y para alejar a los fascistas de las calles. En la medida que pudieron, los anarquistas y los anarcosindicalistas llevaron esto a cabo, combatiendo a los fascistas en conjunto con quien quisiera aliarseles. Por

un tiempo en un número de ciudades tuvieron algo de éxito en derrotar las bandas de derecha. Pero fueron saboteados por los partidos de izquierda. El Partido Socialista (los socialdemócratas italianos) fue tan pusilánime que de hecho se desarmó a sí mismo al acordar el llamado Pacto de Pacificación con los fascistas en agosto de 1921. El Partido Comunista ordenó a sus miembros no trabajar con los anarquistas y denunciar la idea de un frente único. En ese momento, el Comité del partido estaba liderado por Amedeo Bordiga (más tarde expulsado de la Internacional Comunista). Su sectarismo autoritario fue un precursor del tercer período del estalinismo, discutido anteriormente. Sin oposición efectiva, los fascistas tomaron el poder en Italia, con el apoyo del Rey y de la burguesía. Haciendo su camino en un período en el que mantenían instituciones democráticas superficiales, fueron estableciendo un Estado totalitario, con asesinatos en masa de las fuerzas de trabajadores. El fascismo italiano le sirvió de modelo a Hitler.

Ahora, algo del contexto alemán: la Primera Guerra Mundial terminó con Alemania venciendo a Rusia y los aliados occidentales venciendo a Alemania. Una ola revolucionaria barrió Europa, aunque se la haya eliminado de la mayoría de los libros de historia. Sólo en el imperio ruso los revolucionarios llegaron al poder y se mantuvieron allí. En algunas partes de Europa del Este tomaron el poder brevemente. En Italia los trabajadores tomaron la mayoría del Norte, pero fueron traicionados por el temor del Partido Socialdemócrata.

El país clave era Alemania. En 1918 los trabajadores y soldados voltearon exitosamente al viejo régimen monárquico. Las ciudades alemanas, industrias y bases militares se cubrieron de consejos organizados por los trabajadores y las bases del ejército (Harman, 2003). Nuevamente la clase trabajadora mostró una tendencia a reemplazar al Estado por consejos radicalmente democráticos (*Rat* en alemán). Pero los líderes del Partido Socialdemócrata hicieron un trato con los dirigentes militares para mantener al ejército, al Estado y al capitalismo. Bajo órdenes socialdemócratas, la revolución fue ahogada en

sangre, incluyendo el asesinato de Rosa Luxemburgo. Y la inestable República de Weimar fue establecida. En 1923, el poco experimentado Partido Comunista hizo otro intento por una revolución alemana, fallando tanto por inexperiencia como por mala dirección desde Moscú (que estaba siendo “estalinizada”).

Para finales de los años veinte estaba claro que no habría una revolución pero que el país tampoco estaba estabilizado. El único partido grande era el Partido Socialdemócrata, a veces en el gobierno, a veces en la oposición. A diferencia de hoy, los socialdemócratas de entonces se llamaban socialistas y decían trabajar por una nueva sociedad. Sus miembros trabajadores les creían. Sus líderes burocratizados estaban comprometidos a trabajar dentro del sistema, creyendo en la legalidad, el parlamentarismo y las negociaciones pacíficas entre empresas y sindicatos. A su izquierda estaba el Partido Comunista, grande pero más pequeño que el de los socialdemócratas. Incluía a la mayoría de los trabajadores con conciencia revolucionaria. Para este momento, todos los pensadores independientes, herederos de Luxemburgo, habían sido expulsados del partido. Su burocracia era totalmente servil a las directivas estalinistas.

En el medio había varios partidos capitalistas liberales o moderados, tales como el Partido Católico de Centro. A lo largo del tiempo fueron perdiendo sus bases a favor de la extrema derecha. Ésta era una mezcla de agrupamientos, antiguos militares, rufianes unidos por entusiasmos y locos de todos los colores. El más grande de éstos se convirtió en el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán. Su nombre nos dice algo sobre las bases de su popularidad, tanto nacional alemana como socialista, de los trabajadores. Por un lado inflaba el orgullo nacional, argumentando que Alemania había perdido la guerra sólo porque los socialistas habían apuñalado al ejército por la espalda. Por el otro levantaba la hostilidad hacia los ricos pero la canalizaba en contra de los judíos (dejando a los nazis libres de venderse ellos mismos a los verdaderos ricos).

Tras la crisis de 1929 y la Gran Depresión, los nacional-socialistas (o nazis) crecieron rápidamente. Salieron de todas las clases, pero especialmente de los estratos medios; pequeños comerciantes arruinados, profesionales, dueños de negocios,

trabajadores de cuello blanco (oficinistas), burócratas, abogados, docentes, ingenieros y graduados universitarios desocupados, personas que estaban furiosas con los ricos pero temían caer en el proletariado. Durante los períodos de levantamientos revolucionarios, muchos se habían volcado a los partidos de la clase trabajadora. Había habido una sindicalización de los trabajadores de cuello blanco. Pero la izquierda se había probado impotente para resolver el ahogo social y ahora estas personas buscaban alguien con el poder de hacer algo –lo que fuera– para terminar con el sufrimiento. El programa de Adolf Hitler no tenía mucho sentido, lleno de promesas contradictorias y diatribas supersticiosas, pero por lo menos, prometía acción al mismo tiempo que una retórica del bienestar.

Para Hitler, la cuestión clave era ganar el apoyo de los reales centros de poder, particularmente de los líderes capitalistas (y también de los generales). Los fascistas habían comenzado por sí mismos. Al principio los grandes negocios no habían querido a los fascistas. Bajo igualdad de condiciones, la clase capitalista prefiere una democracia limitada. Les permite resolver disputas entre facciones de su clase sin derramar sangre. Les permite cooptar opositores, tales como los socialdemócratas o los liberales. Engaña al “populacho” haciéndoles pensar que gobiernan el país. Pero las cosas se estaban yendo de control durante la Gran Depresión en Alemania. Los grandes empresarios necesitaban aplastar a los sindicatos y a los partidos de trabajadores para bajar su estándar de vida y aumentar las ganancias. Necesitaban expandirse en Europa del Este y en cualquier otro lado en búsqueda de materias primas y otros beneficios (lo que encajaba también en los deseos de los generales). Necesitaban orden social. Así que se prepararon para contratar a los nazis. En este punto, los nazis estaban preparados para el poder.

Los nazis ofrecían a los capitalistas algo más que sólo otro Estado autoritario, tal como la monarquía o un Estado burocrático policial. Tenían un movimiento de masas, lleno de personas desesperadas de clase media, que podían ser usadas para aplastar, literalmente, a los partidos de los trabajadores y a los sindicatos. Habían organizado miles de matones uniformados listos para pelear contra los trabajadores, romper sus organizaciones y bajar sus estándares de vida. Los nazis no sólo se presentaron

en elecciones. Asaltaron las asambleas de trabajadores, golpearon a socialdemócratas en las calles, evitaron que vendieran sus periódicos, asesinaron oponentes y en general crearon un reino de terror. La policía no quería controlarlos. Los jueces los dejaban ir con sanciones menores⁴⁸.

Para contrarrestar la creciente amenaza fascista, los burócratas socialdemócratas se apegaron a los métodos ya probados. No fueron capaces de ver que los nacionalsocialistas no eran sólo otro partido electoralista. Los socialdemócratas se presentaron a elecciones y maniobraron en el Parlamento. Sostuvieron sus organizaciones, sus sindicatos, su prensa, sus centros de trabajadores y sus clubes; construyeron una organización de autodefensa de trabajadores militantes, el *Reichsbanner*, que se mantuvo en reserva y casi nunca se usó en acción. No entendieron que el nazismo no podía ser derrotado por métodos legalistas o electorales.

Adelantándonos un poco, en 1932 hubo una elección decisiva para el cargo de presidente. Hitler se presentó. El Partido Comunista presentó a su líder. Los conservadores presentaron a un viejo general monárquico, von Hindenburg. Los socialdemócratas decidieron que era esencial detener a Hitler, y creyeron que esto se podía lograr mediante la vía electoral. Apoyaron a von Hindenburg, como el menor de los males (no fascista). Su slogan fue “¡Aplaste a Hitler, elija Hindenburg!”. Von Hindenburg fue electo presidente. Después de algunas maniobras, designó a Hitler como canciller, lo que inició la larga noche (Draper, 1972). No es que von Hindenburg fuera un nazi; él creía que estos rufianes podían ser controlados por los tipos respetables; Hitler era su mal menor. Los alemanes nunca dieron a los nazis la mayoría de sus votos, y sin embargo tomaron el poder. *Vemos que incluso en esta extrema situación, cuando el problema era vida o muerte para la clase trabajadora organizada, el electoralismo no funcionó.* La lucha contra el fascismo debería haberse hecho fuera de las estructuras de las tácticas electorales.

⁴⁸ El problema no era la “libertad de expresión” para los nazis, sino la incapacidad de frenar sus acciones homicidas extralegales.

El problema fundamental fue el comportamiento del Partido Comunista durante el levantamiento de los nazis, un partido con millones de trabajadores con conciencia revolucionaria engrillados por su burocracia estalinista. Desafortunadamente el partido estaba completamente desorientado por las órdenes dementes que vinieron desde Moscú al final de los veinte y al principio de los treinta. Según estas directivas, el mundo había entrado en un período extremadamente revolucionario, el llamado Tercer Período. El primero había sido el de los levantamientos tras la Primera Guerra Mundial; el segundo consistió en el período de estabilización subsiguiente, en el que las políticas reformistas habían sido más adecuadas; y ahora se encontraba en el Tercer Período. La lucha por reformas debía ser abandonada. Los comunistas debían dejar los sindicatos socialdemócratas y formar sus propios sindicatos revolucionarios (aunque pequeños), mientras estaba teniendo lugar la batalla revolucionaria final. Esta línea política ignoraba el hecho de que la mayoría de los trabajadores integraban aún el Partido Socialdemócrata y sus sindicatos y que habían abandonado su perspectiva revolucionaria tras las fallas de los intentos revolucionarios de 1918 y 1923. Ignoraba que el problema inmediato era proteger los derechos democráticos de los trabajadores contra el fascismo, y no el salto hacia un proceso revolucionario.

Se sumaba a este enfoque la teoría del “socialfascismo”. Según ésta no sólo los fascistas eran fascistas, sino también lo eran los otros partidos y tendencias, excepto el Partido Comunista. Esto incluía a los socialdemócratas, que venían a ser “social-fascistas”, es decir, otra variedad de fascismo (los anarquistas, por ejemplo, eran “anarco-fascistas”). Stalin declaró al mundo: “El fascismo es la organización militante de la burguesía que se basa en el apoyo activo de la socialdemocracia. Objetivamente, la socialdemocracia es el ala moderada del fascismo... Estas organizaciones [fascistas y socialdemócratas] no se contradicen sino que se complementan la una a la otra. No son antípodas sino gemelas”.

Es cierto que los reformistas y liberales, incluyendo a los socialdemócratas, apoyan al capitalismo. Fue su debilidad lo que permitió al fascismo crecer y tomar el poder. ¡Pero afirmar esto es algo completamente diferente a decir que son fascistas!

Por el contrario, a los socialdemócratas les convenía mantener la democracia burguesa. Su partido electoralista, sus sindicatos, sus otras instituciones, todo dependía de la existencia de un gobierno electo, de libertad de expresión y de libertad de asociación. Los fascistas, por el otro lado, destruirían las elecciones así como las asociaciones de los trabajadores⁴⁹.

Suponiendo que los socialdemócratas eran fascistas, según decían los estalinistas, no podía hacerse un bloque con ellos contra los nazis, que serían en realidad sus aliados fascistas. De hecho, los comunistas incluso llegaron a aliarse en un momento con los nazis en contra de los socialdemócratas, apoyando un referéndum contra el gobierno socialdemócrata en una región. Tampoco podía hacerse ningún esfuerzo para defender los derechos democráticos en contra de los nazis, partiendo de la base de que la democracia burguesa era también fascista e igual que el gobierno del fascismo. Ignoraban el hecho de que bajo la democracia burguesa los trabajadores tenían sus sindicatos y partidos, mientras que bajo el fascismo verdadero, éstos serían aplastados, ilegalizados y sus líderes asesinados, ¡una gran diferencia! Esto es, el objetivo no debería haber sido el defender la democracia capitalista, sino a los elementos de democracia obrera que habían sido arrancados a la burguesía.

Ya que parecía ridículo oponerse a cualquier alianza con los socialdemócratas, el comité del partido llamó a un “Frente Único desde abajo”. Esto es, se aceptaba la posibilidad de alianza con las bases socialdemócratas, pero no con los líderes del partido. De todas maneras, lo que caracterizaba a los trabajadores socialdemócratas era el que apoyasen a sus líderes más que a los comunistas u otros líderes o partidos. No iban a abandonar a su dirigencia y a sus organizaciones para seguir al Partido Comunista, excepto aquellos pocos que estuviesen dispuestos a abandonar a los socialdemócratas para unirse al Partido Comunista; pero de ningún modo puede calificarse esto como un frente único.

Estas posiciones (las doctrinas del Tercer Período y del socialfascismo) no estaban basadas en un análisis objetivo del período, sino en las necesidades de la burocracia rusa. Este país había iniciado una rápida industrialización y un proceso de colectivización rural. Este

⁴⁹ Aun cuando todo esto sucedió antes de que Hitler tomara el poder, el desarrollo del fascismo en Italia ya había dejado en claro cuáles eran sus técnicas.

impulso frenético produjo millones de muertos por exceso de trabajo y hambre, así como una purga interna masiva de antiguos revolucionarios. El programa de ultraizquierda del Partido Comunista Internacional era un reflejo de las políticas internas rusas.

* * *

Los socialdemócratas estaban comprometidos a cualquier costo con las tácticas legales y electoralistas, y los comunistas estaban atascados en un programa demente. Todas las otras tendencias eran pequeñas y marginales, incluyendo a los anarquistas. Los trotskistas, por ejemplo, sólo tenían algunas centenas de seguidores. Sin embargo, es interesante ver los escritos de Trotsky de la época, que proponían una orientación alternativa inteligente e interesante⁵⁰.

Trotsky dirigió sus escritos hacia los comunistas por una buena razón y una mala razón. La buena razón era que los comunistas incluían a la mayoría de los trabajadores revolucionarios. La mala (o tonta) razón era que creyó que así sus partidarios podían volver a los partidos comunistas de Rusia y Alemania⁵¹.

⁵⁰ Es complejo afirmar que los anarquistas tienen algo que aprender de Trotsky. Aun cuando es bastante habitual que los anarquistas digan que tienen algo en común con los marxistas libertarios y humanistas, esto es otro asunto. Yo creo que Trotsky y Lenin, si bien tenían objetivos diferentes a los de los anarquistas (siendo su objetivo político el gobierno de un partido centralizado sobre un Estado centralizado administrando una economía centralizada), se superponen en los medios con los anarquistas. Esto es porque, a diferencia de los estalinistas, quienes son leninistas moribundos y congelados, Trotsky y Lenin realmente querían una revolución internacional de la clase trabajadora. Ellos trataron muy seriamente de resolver las cuestiones tácticas y las estrategias necesarias para que la clase trabajadora se autoorganizara en contra del capitalismo y lo desplazara. Tales tácticas y estrategias frecuentemente constituyen un área de debilidad para los anarquistas. Es cierto que la intención de los leninistas era poner a su partido en el poder; pero querían hacerlo con una revolución de la clase trabajadora, a diferencia de los estalinistas, quienes nunca habían organizado revoluciones de la clase trabajadora. En breve, los medios de Trotsky se superponen con aquellos de los socialistas libertarios, mientras que los fines programáticos eran diferentes. Un análisis cuidadoso de estos medios puede producir ideas útiles para los anarquistas, como en la lucha contra el nazismo. Esto para nada implica un acuerdo con el programa general del trotskismo o incluso del marxismo.

⁵¹ Aunque dio su vida luchando contra el estalinismo, nunca llegó a comprender completamente lo que era ni cuánto había contribuido a eso.

Advertió a los trabajadores comunistas que el nazismo no era sólo otro movimiento autoritario. La noción de que todos los partidos burgueses existentes eran fascistas hacía creer que los nazis (los fascistas reales) no eran diferentes a ellos. No es que el nazismo fuera a reemplazar al capitalismo (como algunos teorizaron más tarde), a los grandes capitalistas les fue bastante bien con los nazis; pero era un movimiento de masas. Una vez combinado con los poderes del Estado, sería represivo como ninguno. Destruiría completamente las organizaciones de los trabajadores. Asesinaría no sólo a los líderes de los trabajadores sino también a las bases de los sindicatos. Tendría agentes en cada barrio y pueblo, en cada club de ajedrez y deportes, en cada negocio y oficina. Él advirtió: “Trabajadores comunistas, ustedes son cientos de miles, millones, ustedes no pueden irse a ningún lado, no hay suficientes pasaportes para ustedes. Si el fascismo subiera al poder, avanzaría sobre vuestras calaveras y columnas como un tanque. Vuestra salvación yace en la lucha sin misericordia. Y sólo una unidad en la lucha con los trabajadores socialdemócratas puede traer la victoria. ¡Apresúrense, trabajadores comunistas, les queda muy poco tiempo!” (Trotsky, 1971: p. 163).

Su propuesta consistía en que los comunistas propusieran una alianza a los socialdemócratas, de modo tal que los líderes quedaran expuestos en caso de rechazarla. Esta alianza de la clase obrera (frente único) tendría objetivos muy prácticos: los partidos (y sus sindicatos y otras organizaciones) estarían de acuerdo en defenderse mutuamente de los ataques nazis. En cada ciudad y cada barrio se establecerían comités de defensa conjuntos. Tendrían patrullas comunes que les permitirían sacar a los nazis de las calles. Borrarian del mapa a las sedes fascistas y de esa manera tomarían la iniciativa en la lucha. Formarían comités en los comercios y oficinas de negocios, para comprobar cómo el mundo de los negocios estaba apoyando a los fascistas y así poder detenerlos. Elaborarían un plan común para hacer una huelga general en caso de que los fascistas tomaran el poder regional o nacional.

Todas estas medidas eran muy prácticas y concretas. Trotsky esperaba que, dada las condiciones que existían en la lucha contra los nazis, los comités de defensa y los comités de fábrica actuarían como los soviets (comités de huelga originalmente)

de la Revolución Rusa; los elementos revolucionarios, al principio una minoría, llegarían a predominar porque tenían el mejor programa y la militancia más importante. Estos comités podrían elaborar planes para una transición al socialismo. A medida que avanzaban los acontecimientos, estos comités podrían servir de base para una revolución. Los comités también *podrían constituir la base para sustituir el Estado capitalista por un sistema de consejos*.

Trotsky no proponía una fusión de los comunistas y los socialdemócratas. No pretendía que se postularan a elecciones con candidatos conjuntos ni tampoco quería crear una literatura común (un “bloque de propaganda”). Se trataba de una alianza, no una fusión. “¡Marchar por separado, golpear juntos!” fue lo que dijo. Los trabajadores verían a los revolucionarios y a los reformistas en una acción conjunta, y de esa manera podrían comparar, y finalmente los trabajadores elegirían a los revolucionarios (Trotsky consideraba a los comunistas como revolucionarios). Era necesario (1) para los revolucionarios separarse de los reformistas y así poder desarrollar un programa claro, en el que pudieran levantar su bandera revolucionaria, y (2) para poder integrarse en una acción masiva, en los sindicatos y movimientos de masas, al lado de los reformistas, para poder persuadir a la mayoría de los trabajadores de que el programa revolucionario era el mejor.

Estas ideas pueden parecer obvias a nosotros, de hecho ésta era la posición de los anarquistas italianos: una coalición de organizaciones de los trabajadores para la defensa mutua en contra de los fascistas (dejando de lado al objetivo final de Trotsky de poner el Partido Comunista en el poder por encima de la clase trabajadora). Clase contra clase. Lo notable fue la resistencia que presentó a estas ideas el Partido Comunista, comprometido con su teoría del social fascismo (si se la puede llamar así). Los dirigentes del Partido Comunista señalaban que los socialdemócratas habían traicionado a la revolución en 1918, asesinando a muchos comunistas, incluyendo en esa traición a Rosa Luxemburgo, que había sido elegida para ocupar cargos en el gobierno capitalista, incluyendo también a un jefe de la policía regional, responsable de actos represivos. Sin lugar a dudas todo esto es cierto, pero nada de esto demostraba

que los socialdemócratas eran fascistas. Los socialdemócratas aún defendían la democracia capitalista, mientras que los nazis iban a destruirla (a la democracia, no al capitalismo). Contra los nazis, dice Trotsky, él se aliaría con “el diablo y su abuela”, incluso con los socialdemócratas, que habían reprimido revolucionarios. Escribió una fábula, al estilo de Esopo: “Una vez, un vendedor de ganado llevó algunos toros al matadero. Y el carnicero llegó en la noche con su afilado cuchillo. ‘Cerremos filas y levantemos a este verdugo con nuestros cuernos’, sugirió una de las reses. ‘Pero, ¿en qué sentido el carnicero es peor que el vendedor que nos trajo aquí con su garrote?’, replicaron los toros, que habían recibido su educación política en el Instituto de Manuilsky (secretario de Stalin de la Internacional Comunista). ‘Pero, podríamos encargarnos del vendedor después’. ‘No se hace nada’, replicaron los toros, firmes en sus principios, al que hablaba. ‘Estás tratando de proteger a nuestros enemigos de la izquierda; tú mismo eres un socialcarnicero’. Y se rehusaron a cerrar filas” (Trotsky, 1971: p. 293).

Los nazis tomaron el poder de un modo relativamente legal. Abolieron luego las elecciones y a todos los partidos electorales, tanto los obreros como los burgueses. Proscribieron los sindicatos y arrestaron a sus dirigentes, como también a los dirigentes y militantes de los partidos de los trabajadores, para placer de sus contribuyentes capitalistas. Para satisfacción de capitalistas y generales asesinaron a aquellos miembros de su propio partido que creían realmente en los aspectos más de izquierda de su discurso. Instalaron a su gente en cada barrio, en cada club deportivo y en cada fábrica. Finalmente (como predijo Trotsky) sus seguidores de clase media serían traicionados por el continuo apoyo de los nazis a las grandes empresas. Ya no tendrían la necesidad de ser un movimiento de masas. Luego, el régimen decantaría en otro Estado policial burocrático y perdería su aspecto militante, pero eso es el futuro. De inmediato el régimen fue lo suficientemente fuerte para cometer crímenes sin paralelo alguno en la historia de la humanidad (entre ellos el Holocausto). Finalmente hizo falta el poder del imperialismo norteamericano, el británico y el ruso juntos para poder derrotarlo.

Ni el Partido Comunista ni el Socialdemócrata hicieron nada cuando los nazis tomaron el poder. No hubo huelga general ni rebelión. Fueron aplastados con apenas un quejido.

Los socialdemócratas, justo antes de ser proscritos, votaron a favor de la política exterior de los nazis en el Parlamento. Sus sindicatos se ofrecieron a trabajar con el gobierno nazi. Esto implicó una masiva derrota para la clase trabajadora, cuyos efectos repercuten hasta el día de hoy. Aquellos líderes socialdemócratas que no fueron capturados y asesinados escaparon al Oeste. Y regresaron con el ejército aliado para ayudar a restablecer otra democracia burguesa. Los sobrevivientes del Partido Comunista escaparon a Rusia. Muchos fueron asesinados por Stalin, otros volvieron con el ejército ruso para establecer su propio Estado capitalista totalitario en Alemania del Este.

Los partidos comunistas no hicieron ningún intento de analizar sus errores en su teoría o en su programa. Siguieron actuando como si todo hubiese sido correcto. Pero sin embargo giraron a la derecha. Su viraje pasó del Frente Único al Frente Popular. Esto significa una alianza, no sólo entre los partidos obreros, sino también con los partidos liberales capitalistas. Ésta no fue una alianza temporal con un objetivo determinado, sino que fue vista como una alianza de largo plazo, con el objetivo de alcanzar el poder político. Pero esto significaba que su programa no podía ir más allá de un nivel procapitalista, para así mantener su alianza con sus camaradas capitalistas. Pero el partido capitalista sería siempre un elemento débil frente al fascismo u otro ataque capitalista. El fascismo no amenazaría a la clase capitalista (que es su base), pero sí a la clase trabajadora y sus órganos. Un gobierno de frente popular llegó al poder en Francia. Ya hemos visto los efectos del Frente Popular en España, esta vez incluyendo a los anarquistas.

Finalmente, Trotsky vio que los partidos comunistas no tenían esperanza y abandonó la esperanza de tratar de reunirlos. Luego propuso una revolución de los trabajadores contra la burocracia en la Unión Soviética. Ahora defendía a los soviets con muchas tendencias y partidos en su interior. Pero seguía creyendo, de alguna manera, que la Rusia estalinista era un Estado obrero que todavía debía ser defendido frente al capitalismo. Seguía creyendo que la propiedad nacionalizada era el elemento definitorio de un Estado de los trabajadores. Trató de crear una nueva Cuarta Internacional a partir de pura fuerza de convicción, la que falló completamente. El trotskismo post-Trotsky se convirtió en una variante de la social democracia o del estalinismo, o de ambas.

Parte III. CONCLUSIÓN. Democracia revolucionaria

Capítulo 12. Democracia versus el Estado

Los levantamientos revolucionarios y contrarrevolucionarios, tales como han sido descritos aquí, han tenido la posibilidad de reemplazar al Estado burocrático militar del capitalismo con una sociedad sin Estado, autogestiva, participativa. ¿Cómo podría describirse esta tendencia? El lenguaje del marxismo, y del socialismo estatal en general, se ha visto cada vez más desacreditado. Se necesita una manera alternativa de conceptualizar el programa del autogobierno político y económico directo, cara a cara. Muchos izquierdistas se han inclinado por otra tradición, la tradición de la revolución democrática. La democracia puede ser vista como piso para la oposición a los autoritarismos de la sociedad capitalista (Laclau & Mouffe, 1985; Morrison, 1995; Mouffe, 1992, 1996; Trend, 1996; Wood, 1995). El socialismo aparece presentado como parte del programa por una democracia radical, y no al revés.

“Democracia” tiene dos significados de clase contradictorios hoy: la justificación del Estado existente versus una tradición de liberación revolucionaria popular: democracia desde arriba versus democracia desde abajo. Definida así funciona como el apoyo ideológico de los estados “democráticos” de Occidente y de cualquier otro lugar, precisamente porque los ideales democráticos son tan atractivos. Elecciones periódicas y (una relativa) libertad de expresión y asociación son usadas para justificar una sociedad donde unos pocos gobiernan sobre la mayoría. La democracia capitalista es utilizada por las facciones que compiten por el gobierno para dirimir sus disputas de un modo relativamente pacífico. Sirve para cooptar a las fuerzas populares rebeldes.

Pero la democracia es también el grito de los oprimidos contra las elites gobernantes, la idea de que las personas comunes deberían participar y controlar las instituciones que hacen a la sociedad. Se remonta a los consejos tribales, a la Atenas clásica,

a las grandes revoluciones burguesas de Inglaterra, de EE.UU. y Francia, a los abolicionistas estadounidenses; y hoy, a los ideales que apasionan a millones. Son los derechos destrozados por los gobernantes por la lucha y sangre del pueblo. Es el estándar para juzgar al Estado, y para condenarlo.

Por siglos el término “democracia” fue un concepto *radical* y *clasista* (Wood 1998). Para los antiguos griegos, significaba gobierno de las masas, por los pobres más que por los ricos aristócratas. Platón la condenó, porque prefería el gobierno aristocrático; Aristóteles quería un gobierno mixto, con elementos democráticos contrarrestados con elementos aristocráticos (entre los cuales él incluyó la representación). Para Rousseau y otros, la democracia significó democracia *directa*, gobierno comunal cara a cara. Mucho más tarde, en la revolución estadounidense, la mayoría de los padres fundadores veían con horror al concepto de democracia, como sinónimo de “gobierno de la plebe”. Temían que la mayoría pobre votara para dividir las grandes propiedades de los ricos y que cancelara las deudas que los pobres tenían hacia los acaudalados votando por poco dinero. Crearon toda suerte de controles constitucionales en los aspectos democráticos de la nueva sociedad. Eventualmente, la gradual aceptación de la palabra “democracia” implicó la pérdida de su contenido radical y clasista.

Este desarrollo teórico es interesante para todos aquellos que ven al anarquismo socialista como la forma de democracia más extrema, consistente y total (Price, 2000). Otros, tales como Paul Goodman (1965) y Noam Chomsky (1994), han apoyado sus versiones de un anarquismo como extensión de la tradición democrática desde Jefferson a John Dewey. Benjamin Tucker, el anarquista estadounidense del siglo XIX dijo: “Los anarquistas son simplemente demócratas jeffersonianos no aterrorizados” (en Krimerman y Perry, 1966: p. 69). El biógrafo de Emma Goldman dice que la gran anarquista fue “simplemente una demócrata federalista radical” (Drinnon, 1961: p. 132). George Bernard Shaw, en un trabajo escrito para atacar al anarquismo, concluye, “anarquismo significa simplemente la democracia más completa que se pueda conseguir” (citado en Drinnon, 1961, p. 132). El anarquista contemporáneo Murray Bookchin (1995) escribe: “...Una sociedad libre o bien será democrática o no será nada” (p. 17).

Sin embargo, la relación histórica entre anarquismo y democracia es altamente ambigua. Esto no debería sorprendernos si tenemos en cuenta lo vago y abierto de ambos términos. El historiador anarquista George Woodcock (1962) dice que el anarquismo es “aristocrático”, *no* democrático. El historiador marxista, Hal Draper (1990), ataca al anarquismo por antidemocrático (véase más adelante).

Tampoco son los anarquistas los únicos que rechazan la democracia como relevante para una sociedad sin Estado. En *El Estado y la revolución*, Lenin escribe: “La abolición del Estado significa también la abolición de la democracia” porque “democracia es un Estado” (1970: p. 346). Hay problemas obvios en decir, como hizo Lenin, que su objetivo era una sociedad sin democracia. Sin embargo me concentro en la relación de los anarquistas con la democracia, porque ha sido más discutida.

En *¿Qué es la propiedad?*, el primer texto en el que se usa el término “anarquista”, Proudhon explícitamente lo contrapone al de “demócrata”: “Escucho a algunos de mis lectores responder: ...-Usted es un demócrata. - No... -Entonces ¿qué es? -Yo soy anarquista-” (en Woodcock, 1962: p. 12). Pero años más tarde, Proudhon defendió el reemplazo del Estado por una democracia de asociaciones voluntarias de productores, “una vasta federación de asociaciones y grupos unidos por el lazo común de la república social y democrática” (en Guérin, 1970: p. 45).

El anarquismo podría ofrecer una única perspectiva en los dos significados de democracia. Los liberales y los socialdemócratas creen en la democracia y se pueden llamar a sí mismos “socialistas democráticos”. Pero aunque critiquen severamente muchos de los aspectos del sistema, en última instancia sucumben ante los elementos místicos de la teoría democrática. Aceptan al Estado que existe como democrático, pero esperan modificarlo para que “lo sea más”. Por otro lado, los revolucionarios autoritarios –estalinistas, nacionalistas radicales, etc.– no caen en la confusión democrática del imperialismo estadounidense; pero tienen intenciones de reemplazar este Estado con un nuevo Estado, uno en el que son ellos los nuevos gobernantes. Rechazan la autogestión popular como un ideal.

Los anarquistas, sin embargo, pueden rechazar la idea de que los estados existentes deberían ser apoyados porque son supuestamente democráticos, al mismo tiempo que pueden mantener a la democracia desde una visión liberadora. Pero para hacer esto anarquismo y democracia deben ser aceptados como compatibles. Para clarificar este tema, voy primero a discutir una crítica del anarquismo desde el punto de vista de la democracia y luego una crítica de la democracia desde el punto de vista del anarquismo.

La obra *La democracia y sus críticos*, de Robert Dahl (1989), es una importante defensa de la democracia, escrita de modo claro y reflexionado. Antes de desarrollar sus argumentos discute dos “objeciones” fundamentales a la democracia, el anarquismo y el “tutelaje”. Define al anarquismo, razonablemente, como “una sociedad consistente sólo de asociaciones puramente voluntarias, una sociedad sin el Estado” (p. 37). Agrega luego que estas asociaciones bien podrían ser administradas como democracias. Con esto deja en claro que el anarquismo no se opone a la democracia sino al “Estado democrático”. Desafortunadamente no explica a qué se refiere con “Estado”. Aparentemente utiliza este término para referirse al “monopolio de la coacción organizada” (p. 43, véase también p. 359).

Más adelante Dahl afirma que algo de coerción es necesaria, y que los anarquistas se equivocan al oponerse absolutamente a toda forma de coerción social. El objetivo debería ser “...minimizar la coerción y maximizar el consenso” (p. 51). Esencialmente estoy de acuerdo con este objetivo. Cualquiera que sea el caso, tras generaciones de libertad anarquista, una nueva sociedad necesitará alguna forma de controlar asesinos psicópatas individuales o contrarrevolucionarios violentos y organizados. Sin embargo, Dahl admite que los pueblos prehistóricos, tales como los *inuit* (esquimales), vivieron satisfactoriamente por milenios sin estados, pero no explica cómo se las arreglaron con la necesidad social de coerción (para el punto de vista anarquista, véase Barclay [1990]).

Como afirmé antes, los anarquistas –al igual que los marxistas– han definido al Estado como una institución político-militar que surge de y para la dominación del resto de la sociedad

a través de órganos especiales de coerción: la policía, las prisiones, los militares y una burocracia política. El argumento de los anarquistas es que es posible abolir la institución burocrática y socialmente alienada que es el Estado. El “Estado democrático” debe ser condenado, no porque aún sea coercitivo, sino porque no puede ser realmente democrático. Por su propia naturaleza, este instrumento de coerción que se mantiene por sobre y en contra de la sociedad debe servir a una minoría gobernante en contra de una mayoría oprimida.

Dahl no se enfrenta directamente con este problema, que sin embargo se relaciona con un argumento central de su libro. La sociedad moderna, dice, es muy grande y compleja para basarse en la democracia cara a cara, directa, de las tribus prehistóricas o de las ciudades estado que surgieron más tarde. Para que la democracia exista a gran escala, se necesitó la “invención” de la representación. Sólo un gobierno representativo (por implicación, un Estado) pudo haber traído a la democracia al mundo moderno.

Pero esta afirmación tiene dos caras. La representación pudo hacer posible alguna forma de democracia posible en la escala de las grandes naciones, pero esa gran escala hizo posible, a su vez, la forma de gobierno de una elite que usualmente llamamos democracia. En lugar de la democracia directa y participativa, tenemos una capa de políticos electos y gobierno de burócratas que se interponen entre el pueblo y la verdadera toma de decisiones. De vez en cuando, los ciudadanos pasivos eligen a estos “representantes” para que *sean políticos* por ellos. Como señala Wood (1995), los padres fundadores de EE.UU. sostuvieron que era una virtud de una gran república el que requiriera de la representación, porque ésta actuaría como filtro de las pasiones de las masas.

Indudablemente, algún grado de representación o delegación, de los cuerpos más bajos a los más altos, es necesaria. Como federalistas, los anarquistas en general han estado de acuerdo con esto. Pero el significado de “representación”, y todos los otros aspectos de la democracia, cambiarían drásticamente en un contexto social diferente. Los cambios propuestos por los anarquistas en la sociedad podrían resumirse en dos conceptos.

En primer lugar la creación de una sociedad igualitaria en la que grupos separados de opresores y oprimidos o no existan más (capitalistas y trabajadores) o hayan redefinido sus relaciones

como iguales (hombres y mujeres, europeos-americanos y afro-americanos, norteamericanos y latinoamericanos). Allí donde la riqueza esté distribuida igualitariamente y no exista opresión, la sociedad ya no se vería tironeada en diferentes direcciones por fuerzas competitivas y hostiles. No se necesita un Estado para mantener las cosas juntas; es más fácil maximizar el consenso y minimizar la coerción.

Segundo, los anarquistas quieren una sociedad basada en la democracia directa a través de asambleas populares, en el lugar de trabajo, en la comunidad y en muchas asociaciones voluntarias. Cuanto mayor sea el número de decisiones que se tomen localmente, menor será el de las que se tomen centralizadamente. Cuanto más experimenten las personas la democracia cara a cara como un modo de vida vibrante, diario, más tenderán a controlar a cualquier representante enviado a sus asambleas de delegados. “Si todo el pueblo fuera verdaderamente soberano, no habría más gobierno o gobernados... el Estado... sería idéntico a la sociedad y desaparecería en la organización industrial” (Guérin, 1970: p. 17).

Dahl está al tanto de estos argumentos y está de acuerdo con ellos hasta cierto punto. También busca disminuir las desigualdades sociales y políticas. Propone un aumento de la participación en gran escala y la toma de decisiones al nivel de la comunidad local. Él apoya un socialismo democrático donde la economía sea de propiedad social y regulada, pero donde las empresas compitan unas con otras. A diferencia de la mayoría de los defensores del “socialismo de mercado”, él apoya que las firmas sean democráticamente administradas por sus empleados, como cooperativas de productores o el antiguo sistema yugoslavo. “...Sería un error subestimar la importancia de las instituciones autoritarias en la vida diaria del pueblo trabajador y las consecuencias de introducir un sistema más democrático en el gobierno de las empresas económicas” (p. 332).

Aun así él descarta la idea de una transformación drástica de la sociedad levantada tanto por marxistas o anarquistas. El “socialismo de mercado” en sí mismo sugiere que, incluso bajo el “socialismo”, la economía no será administrada en general por tomas de decisiones democráticas sino por el mercado. Mientras está de acuerdo en que nuestra sociedad es altamente desigual,

él niega que haya una minoría que gobierne (porque hay elites que compiten). Esta sociedad –que él llama “poliarquía”– es imperfecta, pero sostiene que aun así es democrática y vale la pena apoyarla. En efecto, él acepta el rol de la democracia como justificación del Estado capitalista existente.

Parte del problema es que, en cualquier momento en el que él apoya su teoría refiriéndose a la práctica, siempre se toma como referencia la democracia existente en los estados burgueses. Usando ésta como modelo produce un punto de vista más bien limitado de lo que la democracia es capaz de ser. Los anarquistas se focalizan en las revoluciones históricas (Bookchin, 1996; Dolgoff, 1974; Kropotkin, 1986; Volin, 1974), como yo hice en la última sección.

Murray Bookchin (1996) revisó las revoluciones desde los levantamientos campesinos del siglo XVI durante la Reforma hasta las rebeliones de los modernos trabajadores industriales y campesinos. Descubrió que constantemente reemplazaban a los estados por autoorganización comunal. Los pueblos oprimidos una y otra vez crearon asambleas cara a cara, de democracia directa y/o consejos electos de delegados revocables, con mandatos limitados.

Resumiendo las lecciones de la revolución húngara de 1956, Anderson escribió, “Para los años que vengan todas las preguntas importantes para los revolucionarios se reducirán a algunas pocas cuestiones: ¿está usted a favor o en contra del programa de la revolución húngara? ¿Está usted a favor o en contra de la gestión de la producción por parte de los trabajadores? ¿Está usted a favor o en contra del gobierno de los consejos de trabajadores?” (1964: p. 7).

La relación entre antiestatismo y democracia ha sido planteada desde otra perspectiva por Errico Malatesta, el gran anarquista italiano (activo desde 1870 hasta los años treinta). A diferencia de la tendencia individualista y antiorganizacionista dentro del anarquismo, Malatesta defendió la idea de que los anarquistas se organizaran a sí mismos y promovieran la autoorganización de los trabajadores. En los veinte escribió dos breves artículos sobre el tema, con el argumento resumido en el título de uno, “Ni demócratas ni dictadores: anarquistas” (Malatesta, 1995: pp. 73-76 y 76-79).

Creía que el Estado democrático capitalista era preferible a una dictadura sólo porque los anarquistas podían usar su ideología contra este. “...La peor de las democracias es siempre preferible, aunque sólo sea del punto de vista educacional, que la mejor de las dictaduras... Democracia es una mentira, es..., en realidad, oligarquía, esto es, gobierno de unos pocos en ventaja de una clase privilegiada. Pero aún podemos combatirla en el nombre de la libertad y la igualdad...” (p. 77).

Como se puede ver, gran parte de esta oposición a la democracia está realmente dirigida en contra de la ideología democrática como una racionalización del capitalismo y del Estado. Pero él mezcla todo esto con una denuncia del mismo concepto de gobierno de la mayoría. “...No estamos ni por un gobierno de una mayoría ni por un gobierno de una minoría... Estamos... por el acuerdo... Estamos por la anarquía” (p. 76).

El concepto democrático es “el gobierno de una mayoría, con respeto a los derechos de una minoría”. Bajo el capitalismo, estos términos han sido usados para justificar la explotación y la opresión. El “gobierno de una mayoría” ha significado el gobierno de una minoría dominante que se amolda a una opinión pública mayoritaria a través del control de los medios y de otras maneras. Los “derechos de una minoría” han sido a menudo invocados en contra de todo intento de la mayoría de tomar algo de la abundancia de los ricos. Pero “gobierno de la mayoría” y “derechos de la minoría” han sido también gritos de lucha en contra de minorías gobernantes y la masa perjudicada que los sigue.

Malatesta señala que la mayoría a menudo se equivoca, comparada con la minoría más esclarecida. Si la mayoría manda, argumenta, deberá entonces imponerle su voluntad a la minoría. Él considera esto tan malo como el que una minoría mande. ¿Cómo puede confiarse que la mayoría respete los derechos de la minoría si la primera manda sobre la segunda? Por esta razón, Malatesta rechaza la idea de que la mayoría mande como principio. Tales cuestiones deben ser respondidas.

Los defensores de las libertades civiles desde hace mucho sostienen que hay áreas de la vida en que la toma de decisiones colectivamente no es necesaria. En tales áreas, como la orientación sexual, la mayoría no tiene ningún derecho a imponerse a

la minoría. Gran número de personas hoy respetan los derechos de adultos para, de mutuo consentimiento, realizar prácticas sexuales minoritarias. Thomas Jefferson sostenía, a favor de la libertad religiosa, que “...No me hace ningún daño que mi vecino diga que hay veinte dioses o ninguno. Ni me mete la mano en el bolsillo ni me rompe una pierna” (Jefferson, 1957: p. 111). Los anarquistas quieren expandir vastamente el rango de asociaciones voluntarias para aquellas actividades de elección personal, actividades fuera del ámbito de decisión de la mayoría.

Sin embargo, habrá áreas que requerirán la toma de decisiones de manera colectiva. Por ejemplo, una comunidad puede necesitar decidir si construir un nuevo camino o no. El consenso sería lo mejor pero frecuentemente la gente no se pone de acuerdo. Una mayoría y una minoría podrían polarizarse por este tema. Éste no puede ser tratado como un asunto de asociación voluntaria (aunque los disidentes siempre serán libres de levantar sus cosas e irse a otra parte, aunque otras comunidades también deberán decidir si construir caminos). Esto es así porque el camino se construirá o no. Si se forma una mayoría, puede que se le pida a la minoría que participe, que dé su parte del trabajo o de la riqueza social. En cualquier caso, tendrán que vivir en una comunidad con un nuevo camino, no deseado por ellos.

Esto no es coerción por la policía, sino la realidad. Una decisión debía tomarse colectivamente. Si no era determinada por la mayoría, ¿entonces cómo? Una comunidad puede decidir que tales decisiones deben ser unánimes. Pero, ¿qué pasa si no todos se ponen de acuerdo? Tal vez la minoría puede vetar la propuesta por no ser unánime. Entonces es la minoría la que manda, previniendo a la mayoría de tener su camino. Alternativamente, la minoría puede aceptar callar su oposición a la decisión, para “no bloquear el consenso”. Esto les niega el derecho a ser abiertamente tenidos en cuenta como en desacuerdo. Yo no niego el derecho de ninguna comunidad o asociación de decidir basarse en el consenso, pero sostengo que la decisión por mayoría no es autoritaria en principio.

Malatesta pregunta qué derechos tiene la minoría si la mayoría manda. La gente con puntos de vista minoritarios tienen el derecho a participar de la toma de decisiones. Tienen el derecho de tratar de ganar a la mayoría para su punto de vista. Si pierden

una votación, pueden continuar participando y buscando convertirse en la nueva mayoría. Tal vez en el futuro logren convencer a la mayoría de los miembros de la comunidad de que el camino fue una mala idea y a demolerlo, o al menos a no construir más caminos. Pueden estar en la mayoría en otros asuntos.

Los derechos de las minorías son una parte esencial del gobierno de mayorías. Si los miembros de una comunidad no tienen la chance de escuchar todas las opiniones, incluyendo las minoritarias, entonces no se puede decir que decidan realmente sobre ese asunto. La supresión de los puntos de vista minoritarios en la democracia capitalista (por la fuerza o por la falta de dinero o cobertura periodística) es una manera en que la minoría dominante crea la ilusión de que la mayoría está gobernando.

Al mismo tiempo, los derechos de la minoría están más asegurados cuando la mayoría manda efectivamente que en la dictadura de una minoría. *La decisión de la mayoría y los derechos de las minorías no se contraponen sino que se requieren mutuamente.*

A la democracia Malatesta contraponen el “libre acuerdo”. Pero no hay tal oposición. La gente puede acordar libremente el formar asociaciones voluntarias, ya sea para intercambiar estampillas o para producir zapatos. Pero entonces, ¿cómo dirigirán esas asociaciones? Presumiblemente la gente no se pondrá de acuerdo del todo y en todo. Debe haber algún proceso además de disolver las asociaciones cada vez que todos fallan en ponerse de acuerdo. Ese proceso es la democracia. Los anarquistas no proponemos un Estado democrático, pero podemos querer una sociedad democrática. *El anarquismo es la democracia sin Estado.*

Puede que haya tendencias hacia el establecimiento de jerarquías en una democracia sin Estado. Pero es un error usar una vara absoluta para medir todos los programas sociales, especialmente si hay elementos de jerarquía o el riesgo de que surja una jerarquía, en la propuesta. Si los hay, entonces algunos puristas rechazarán el programa, sin importar cuán atractivo sea. Propongo, en cambio, el estándar de que la propuesta sea tan descentralizada y no jerárquica como sea probable que funcione, y sólo tan centralizada y jerárquica como sea mínimamente necesario. Asumo que algo de centralización es necesario, y espero que se reduzca con el tiempo a medida que la gente trabaje sobre eso (*en desaparecerla*). La cuestión es cómo lograr que la sociedad sea tan participativa como podamos.

Habrán conflictos en una sociedad sin Estado. El anarquismo no resuelve todos los desacuerdos de la humanidad. Sin dudas las mayorías en algunos consejos se valdrán de su peso ignorando los derechos de las minorías. Las minorías tendrán que organizarse para pelear por sus derechos, tratando de persuadir suficientemente a la mayoría de ponerse de su lado, e incluso usando otros métodos (huelgas, desobediencia civil). En otros consejos, las minorías pueden llegar a dominar; por ejemplo, camarillas de hábiles oradores o miembros de familias influyentes. La mayoría tendrá que organizarse para abrir el juego a una mayor democracia. Los cuerpos electivos podrían llegar a dominar. En ese caso debería haber campañas para oponerse a las políticas dominantes de los comités elegidos. Resumiendo, el comunismo anárquico no será una sociedad perfectamente armónica, creada por una fórmula contra las jerarquías. Vivirá por el lema “La vigilancia eterna es el precio de la libertad”. Estará llena de debates acalorados y organización, que es lo que significa la democracia como un modo de vida.

* * *

¿Por qué es esto importante? Podemos ver lo que pasa cuando los radicales tratan de desarrollar teoría democrática sin incorporar al anarquismo. Muchas veces es poco más que “socialismo democrático” reafirmado, esto es, socialismo estatista y reformista. Por ejemplo la democracia radical de Trend (1996) contiene, en su mayoría, artículos de los reformistas socialistas democráticos de los Estados Unidos. Están de alguna manera avergonzados por la identificación de su socialismo con el estatismo, pero no tienen una alternativa al Estado existente para intervenir en la economía.

Una teoría democrática que fuera realmente radical rechazaría con fuerza el concepto de que el Estado capitalista existente sea verdaderamente democrático, *se opondría a toda la socialmente alienada maquinaria burocrático-militar estatal, y propondría en cambio la federación democrática de las asambleas y asociaciones.* Cualquier propuesta menor implicaría quitarle importancia a la naturaleza antidemocrática de nuestra sociedad y su Estado.

Un intento significativo de desarrollar una teoría democrática radical que incluya al socialismo ha sido desarrollado por Chantal Mouffe y aquellos asociados con ella. Es muy claro que

en su “*democracia radical*” *no es una alternativa al Estado existente sino una extensión del mismo*. “Lo que proponemos es un tipo de ‘democracia liberal radical’; nosotros no lo presentamos como un rechazo del régimen liberal democrático o la institución política de una nueva forma de sociedad” (1996: p. 20).

De hecho, la única vez que aborda directamente la cuestión del Estado es en una discusión sobre aquellos que oponen la “sociedad civil” al “Estado” (en Laclau y Mouffe, 1985). No es difícil mostrar que la “sociedad civil” –el dominio del capitalismo, el patriarcado, el racismo– no es terreno para la salvación del Estado. La “sociedad civil” es internamente antagonista, basada en tensiones entre opresores y oprimidos.

Mouffe sostiene que el Estado también tiene antagonismos internos, de lo que se deduce que sería un error rechazar al Estado como tal. Nota, por ejemplo, que el Estado puede aprobar leyes contra la discriminación de género o en defensa de los campesinos contra los terratenientes en países pobres. Esto es cierto, pero, nuevamente, éstos son análogos a los aumentos que la administración de una empresa puede ofrecer a sus empleados. Puede que haga esto porque los trabajadores la fuerzan, o porque tiene una visión de largo plazo y quiere proveer de beneficios para impedir que los trabajadores se organicen; pero cualquiera sea la razón, la administración sigue siendo capitalista y enemiga de los trabajadores. Hay divisiones en la gerencia, al igual que dentro del Estado, pero son sobre cómo suprimir y/o cooptar a los oprimidos. Ni la gerencia ni el Estado son amigos de los trabajadores, de las mujeres o los campesinos. Deben ser presionados desde fuera, no debemos unirnos a ellos.

Laclau y Mouffe agregan que hay tiempos en que el Estado se opone a la “sociedad civil”. Hay regímenes opresivos en que el Estado es “una excrecencia impuesta por la fuerza sobre el resto de la sociedad” (p. 180). Esto significa que, en países como los Estados Unidos, en que la mayoría apoya al régimen, el Estado no es, para ellos, una excrecencia burocrático-militar impuesta a la sociedad. Ésta es una opinión sostenida por mucha gente, incluyendo esa mayoría en los Estados Unidos. Puede sostenerse, pero no puedo entender cómo pueda llamársela “radical”.

Así como la teoría democrática necesita al anarquismo, también *el anarquismo necesita a la democracia*. Hay una tendencia autoritaria en la historia del anarquismo, como he sostenido. Los anarquistas se han visto frecuentemente atraídos por el reformismo (apoyo al Estado existente) o a apoyar estados estalinistas revolucionarios. Goodman (1994) y Chomsky (1987) podrían justamente ser llamados reformistas. El electoralismo de Bookchin ha sido analizado. Fue todo un problema cuando los anarquistas españoles, en la década del '30, enfrentados a una situación revolucionaria, se volvieron ministros del gobierno liberal capitalista. Del otro lado, muchos anarquistas se unieron a los bolcheviques luego de la Revolución Rusa. En los sesenta, los anarcopacifistas de la revista *Liberation* se volvieron apologistas de Castro y Ho Chi Minh. Es fácil encontrar más ejemplos.

El historiador marxista Hal Draper (1969, 1990, 1992) ha sostenido que el problema básico con el anarquismo es su supuesto rechazo a la democracia. La esencia del anarquismo es, dice él, una creencia en la supremacía de la individualidad, el derecho de los individuos de hacer lo que quieran, sin control de una minoría gobernante o una mayoría democrática. El anarquismo, dice, rechaza cualquier noción de un control democrático desde abajo de la sociedad, incluso el más perfecto, el control socialista y democrático, porque no admite límites al individuo. Cita a Proudhon: “Cualquier hombre que no puede hacer lo que quiere y lo que sea que quiera tiene el derecho a rebelarse, incluso solo, contra el gobierno, incluso si el gobierno fuesen todos los demás” (1992: p. 12). Él comenta, “El único hombre que puede disfrutar de esta ‘libertad’ sin límites en la sociedad es un déspota” (ídem). Draper cita evidencia de autoritarismo anarquista en las notas privadas de Proudhon, donde planea establecerse como dictador en su asociación mutualista, o las fantasías de Bakunin sobre “hermandades” secretas, supercentralizadas, que controlen a los movimientos de masas por detrás del telón.

Aunque hay un costado autoritario en la tradición anarquista, sería ridículo negar que también hay un costado libertario-democrático, tanto en la teoría como en la práctica. Hayan usado o no la palabra “democracia”, los anarquistas socialistas

desde hace mucho han defendido la idea de reemplazar a las instituciones burocráticas por asociaciones autoorganizadas, esto es, por la democracia (y, como he sostenido, una fuerte defensa de los derechos individuales y minoritarios no se contradice necesariamente con la democracia o el que la mayoría mande). Los anarquistas han organizado sindicatos de trabajadores masivos y democráticos, ejércitos populares, colectividades campesinas y cooperativas de trabajadores autogestionadas. El marxismo también tiene sus costados democráticos y autoritarios, pero la tendencia dominante de sus alas principales, la socialdemocracia y el estalinismo, ha sido el estatismo autoritario. Entre el marxismo y el anarquismo, es el anarquismo el que tiene la teoría y tradición más amante de la libertad. Asimismo, los anarquistas tienen una relación diferente con sus teóricos que la que tienen el marxismo y los leninistas. Somos “anarquistas”, no “proudhonianos” o “bakuninistas”. El anarquismo no está atado a sus figuras históricas y no tiene problemas para rechazar sus errores.

Sin embargo, el anarquismo, si bien no es inherentemente hostil a la democracia, ha tenido una relación contradictoria con ella. En efecto, las tendencias individualistas son las peores en este aspecto, recreando la justificación de la aristocracia. Lo que se necesita es que los anarquistas identifiquen al anarquismo como la extrema democracia revolucionaria. Las debilidades del anarquismo son reales, pero pueden ser corregidas desde dentro de la tradición anarquista.

El programa del anarquismo consiste en reemplazar a la maquinaria burocrático-militar del Estado con una federación de asambleas y asociaciones populares, tan descentralizada como sea prácticamente posible. Esto es la democracia sin el Estado. Cualquier otro programa, como por ejemplo permanecer dentro de los límites del Estado existente pero haciéndolo “más democrático” (el “socialismo democrático” o la “democracia liberal radical”), es una capitulación a la “democracia” como un encubrimiento del dominio de una minoría, del capitalismo patriarcal y racista y su Estado burocrático.

BIBLIOGRAFÍA

- Albert, Michael y Hahnel, Robin (1981): *Socialism today and tomorrow*. Boston, South End Press.
- Albert, Michael y Hahnel, Robin (1991): *Looking forward; Participatory economics for the twenty-first century*. Boston, South End Press.
- Allen, Theodore W. (1994): *The invention of the white race (vol. 1): Racial oppression and social control*. New York, Verso Books.
- Alternate Defence Commission (1983): *Defence without the bomb*. London, Taylor & Francis.
- Anderson, Andy (1964): *Hungary '56*. London, Phoenix Books.
- Avakian, Bob (1997): *MLM vs. Anarchism*. Chicago, Revolutionary Worker.
- Avrich, Paul (1970): *Kronstadt 1921*. New York, W.W. Norton. [Avrich, Paul (2003): *Kronstadt 1921*. Buenos Aires, Anarres.]
- Avrich, Paul (ed.) (1973): *The anarchist in the Russian revolution*. Ithaca, Cornell University Press.
- Avrich, Paul (ed.) (1995): *Anarchist voices; An oral history of anarchism in America*. Princeton, Princeton University Press. [Avrich, Paul (2004): *Voces anarquistas. Historia oral del anarquismo en Estados Unidos*. Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo.]
- Bakunin, Michael (1980): *Bakunin on Anarchism*. (Sam Dolgoff, ed.), Montreal, Black Rose Books. [Dolgoff, Sam (1976): *La anarquía según Bakunin*. Barcelona, Tusquets.]
- Barber, Benjamin (2003): *Strong Democracy; Participatory poliics for a new age (20th anniversary edition)*. Berkeley, University of California. [Barber, Benjamin (2004): *Democracia fuerte*. España, Almuzara.]
- Barclay, Harold (1990): *People without government; An anthropology of anarchy*. London, Kahn & Averill.
- Barnaby, Frank y Boeker, Egbert (1982): *Defence without offence; Non-nuclear defense for Europe*. London, Housmans.
- Biehl, Janet y Bookchin, Murray (1998): *The politics of social ecology; Libertarian municipalism*. Montreal, Black Rose Books. [Biehl, Janet (2009): *Las políticas de la ecología social. Municipalismo libertario*. Barcelona, Virus.]
- Bookchin, Murray (1978): *The Spanish anarchists: The heroic years 1880-936*. New York, Harper & Row/Colophon Books.
- (1980): *Toward an ecological society*. Buffalo, Black Rose Books.

- (1986a): *The limits of the city (2nd rev. ed.)*, Buffalo, Black Rose Books.
- (1986b): *Post-scarcity anarchism (2nd ed.)*. Buffalo, Black Rose Books.
- (1995): *Social anarchism or lifestyle anarchism; An unbridgeable chasm*. Edinburgh, AK Press.
- (1996): *The third revolution; Popular movements in the revolutionary era* (vol. 1). London, Cassell.
- Borsodi, Ralph (1972): *Flight from the city; An experiment in civilized living on the land*. New York, Harper/Colophon Books.
- Bradford, George [Watson, David] (1989): *How deep is Deep Ecology? With an essay-review on women's freedom*. Ojai, Times Change Press.
- Brenan, Gerald (1971): *The Spanish Labyrinth: An account of the social and political background of the civil war*. London, Cambridge University Press.
- Brenkman, John (1987): *Culture and domination*. Ithaca/London, Cornell University Press.
- Buber, Martin (1958): *Paths in utopia* (trad. R.F.C.Hull). Boston, Beacon Press. [Buber, Martin (1973): *Caminos de utopía*. México, Fondo de Cultura Económica.]
- Bujarin, Nikolai (1981): "Anarchy and scientific communism" en Meltzer, Albert (ed.), *The poverty of statism; Anarchism versus Marxism: A debate*. Minneapolis, Soil of Liberty, (pp. 1-10).
- Burnheim, John (1989): *Is democracy possible? The alternative to electoral politics*. Berkeley, University of California Press.
- Cannon, James, A. (1962): "The IWW; The great anticipation", en *The first ten years of American Communism*. New York, Pathfinder Press, (pp. 277-310).
- Castoriadis, Cornelius (1984): *Workers' Councils and the economics of a self-managed society*. Philadelphia, Wooden Shoe Books. [Castoriadis, C. (1976): *Los consejos obreros y la economía en una sociedad autogestionaria*. España, Zero.]
- (1997): *The Castoriadis reader* (David Ames Curtis ed. y trad.). Malden, Blackwell Publishers.
- Chomsky, Noam (1993): *Year 501; The conquest continues*. Boston, South End Press. [Chomsky, N. (2007): *La conquista continúa: 500 años de genocidio imperialista*. Buenos Aires, Terramar.]
- (1994): *Keeping the rabble in line; Interviews with David Barsamian*. Monroe, Common Courage Press.
- Class War Federation (1992): *Unfinished Business...; The politics of the Class War Federation*. London, A.K. Press.
- Cole, G.D.H. (1980): *Guild Socialism restated*. New Brunswick, Transaction.
- Commoner, Barry (1974): *The closing circle; Nature, man and technology*. New York, Bantam Books/Knopf.
- Dahl, Robert (1985): *A preface to economic democracy*. Berkeley, University of California Press. [Dahl, R. (1990): *Prefacio a la democracia económica*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.]
- (1989): *Democracy and its critics*. New Haven, Yale University Press. [Dahl, Robert (1992): *La democracia y sus críticos*. España, Paidós.]
- Davis, John (1978): *Technology for a changing world*. London, Intermediate Technology Publications.
- *Declaration of Independence* (1996) Bedford, Applewood Books.
- Deutscher, Isaac (1954): *The prophet armed; Totsky: 1879-1921; vol.1*. New York, Vintage Books, Random House.
- Dickson, David (1974): *The politics of alternate technology*. New York, Universe Books.
- Dolgoff, Sam (ed.) (1974): *The anarchist collectives; Workers' self-management in the Spanish revolution 1936-1939*. New York, Free Life Editions.
- Draper, Hal (1969): "A note on the father of anarchism", en *New Politics*, vol. VIII, N° 1 (pp. 55-61).
- Draper, Hal (1972): "Who is going to be the lesser evil in '68?", en Michael Friedman (ed.), *The new left of the sixties*. Berkeley, Independent Socialist Press (pp. 55-61).
- Draper, Hal (1987): *The "dictatorship of the proletariat" from Marx to Lenin*. New York, Monthly Review Press.
- Draper, Hal (1990): *Karl Marx's theory of revolution; vol. iv : critique of other socialisms*. New York, Monthly Review Press.
- Draper, Hal (1992): "The two souls of socialism", en E. Haberkern (ed.), *Socialism from below*. New Jersey, Humanities Press, (pp. 2-33).
- Draper, Hal (1998): *The adventures of the Communist Manifesto*. Berkeley, Center for Socialist History.
- Drinnon, Richard (1961): *Rebel in paradise; A biography of Emma Goldman*. New York, Beacon Press/Bantam Books.
- Drucker, Peter (1999): *Max Shachtman and his left; A socialist's odyssey through the "American Century"*. Amherst, Humanity Books.
- Ehrenberg, John (1992): *The dictatorship of the proletariat; Marxism's theory of socialist democracy*. New York, Routledge.

- Engels, Frederick (1954): *Anti-Duhring: Herr Eurgen Duhring's revolution ins science*. Moscow, Foreign Languages Publishing House. [Engels, F. (1973): *El Anti-Duhring*. Buenos Aires, Cartago.]
- (1972a): "On authority", en Karl Marx, Friederick Engels y V.I. Lenin, *Anarchism and anarcho-syndicalism*. New York, International Publishers.
- (1972b): *The origins of the family, private property and the state*. (E. Leacock, ed.), New York, International Publishers. [Engels, F. (2007): *El origen de la familia, propiedad privada y el Estado*. Buenos Aires, Claridad.]
- Fabbri, Luigi (1981): "Anarchy and 'scientific' communism", en Meltzer, Albert (ed.) *The poverty of statism; Anarchism versus Marxism: A debate*. Minneapolis, Soil of Liberty, pp.11-49.
- Farber, Samuel (1990): *Before Stalinism: The rise and fall of soviet democracy*. London, Verso.
- Fernbach, David (1974): "Introduction", en Marx, Karl *The First International and after: Political writings*, vol. III. New York, Vintage Books/Random House, pp. 9-72.
- Finley, M.I. (1974): *Democracy, ancient and modern* (rev. ed.). New Brunswick, Rutgers University Press.
- Fotopoulos, Takis (1997): *Towards an inclusive democracy*. London, Cassell.
- Friends of Durruti Group, The (1978): *Towards a fresh revolution* (Paul Sarkey, trans.). Sanday, Orkney, Cienfuegos Press, Over the Water, New Anarchist Library.
- Fromm, Erich (1955): *The sane society*. New York, Holt Rinehart and Winston.
- Futrelle, David (1994): "Is there life beyond the Democrats?", en *Utne Reader*, N° 66, pp. 17-19.
- Gluckstein, Donny (1999): *The nazis, capitalism, and the working class*. London/Chicago, Bookmarks.
- Goodman, Paul (1962): *The society I live in is mine*. New York, Horizon Press.
- (1965): *People or personnel; Decentralizing and the mixed system*. New York, Random House.
- (1994): *Decentralizing power: Paul Goodman's social criticism* (Taylor Stoehr, ed.). New York, Black Rose Books.
- Goodman, Paul y Goodman, Percival (1960): *Communities; Means of livelihood and ways of life*. New York, Vintage Books/Random House.
- Grenier, Guillermo J. (1988): *Inhuman relations: Quality circles and anti-unionism in American Industry*. Philadelphia, Temple University Press.
- Guérin, Daniel (1970): *Anarchism; From theory to practice* (M. Klopper trans.). New York, Monthly Review Press. [Guérin, Daniel (2003): *El anarquismo*. Buenos Aires, Anarres.]
- (1973): *Fascism and big business*. New York, Pathfinder.
- (1998): *No gods, no masters; Book two* (Paul Sharkey, trans.). San Francisco, AK Press.
- Guillamon, Agustin (1996): *The Friends of Durruti Group: 1937-1939* (Paul Sharkey, trans.). San Francisco, AK Press.
- Haberkern, E. (1992): "Introduction", en *Socialism from Below*. New Jersey, Humanities Press, pp. cv-xviii.
- Harman, Chris (2003): *The lost revolution: Germany 1918 to 1923*. Chicago, Haymarket.
- Harrington, Michael (1964): "Should the left support Johnson? Yes", en *New Politics*, III, 3, pp. 6-10.
- Harrison, Frank (1983): *The modern state; The anarchist analysis*. Montreal, Black Rose Press.
- Hart, Gary (1998): *The minuteman: Restoring an army of the people*. New York, Free Press.
- Hess, Karl (1979): *Community technology*. New York, Harper & Row.
- Hobson, Christopher Z. y Tabor, Ronald D. (1988): *Trotskyism and the dilemma of socialism*. New York, Greenwood Press.
- Hook, Sidney (2002): *Towards the understanding of Karl Marx; A revolutionary interpretation* (exp. ed.). Amherst, Prometheus Books.
- Horowitz, Irving Louis (ed.) (1964): *The anarchists*. New York, Dell Publishing. [Horowitz, I. (1977): *Los anarquistas*. Madrid, Alianza.]
- International Revolutionary Solidarity Movement/First of May Group (1980): *Towards a citizen's militia; anarchist alternatives to NATO and the Warsaw Pact*. Over-the-water, Sandy, Orkney, Cienfuegos Press.
- Jefferson, Thomas (1957): *The living thoughts of Thomas Jefferson; Presented by John Dewey* (J. Dewey, ed.). Greenwich, Fawcett Publications.
- Jenkins, David (1974): *Job power: Blue and white collar democracy*. New York, Penguin Books.
- Johnson, Ana G. y Whyte, William F. (1982): "The Mondragon system of worker production cooperatives", en Lindenfeld, Frank y Rothschild-Whitt, Joyce (eds.) *Workplace democracy and social change*. Boston, Porter Sargent Publishers, pp. 177-197.
- Kellerman, Jonathan (1999): *Savage spawn: Reflections on violent children*. New York, Library of Contemporary Thought/Ballantine.

- King-Hall, Stephen (1960): *Common sense in defence*. London, K-H Services.
- Kotz, David y Weir, Fred (1997): *Revolution from above: The demise of the Soviet system*. New York, Routledge.
- Krimerman, Leonard I. y Perry, Lewis (eds.) (1966): *Patterns of anarchy; A collection of writings on the anarchist tradition*. Garden City, Anchor Books/Doubleday.
- Kropotkin, Peter (1975): *The essential Kropotkin* (Capouya, Emile y Tompkins, Keitha eds.). New York, Liveright.
- (1986): *The great French Revolution; 1789-1793* (Dryhurst, N.F. trans.). London, Elephant. [Kropotkin, P. (1976): *La Gran Revolución*. Buenos Aires, Proyección.]
- (1987): *The state; Its historic role* (Richards, Vernon trans.). London, Freedom Press. [Kropotkin, P. (s.f.): *El Estado: su rol histórico*. Madrid, Sempere.]
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1985): *Hegemony and socialist strategy; Towards a radical democratic politics*. New York, Verso. [Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2003): *Hegemonía y estrategia socialista*. México, FCE.]
- Lange, Oskar y Taylor, Fred M. (1964): *On the economic theory of socialism*. New York, McGraw-Hill.
- Lenin, V.I. (1970a): *Selected works* (vol.1). Moscow, Progress Publishers.
- (1970b): *Selected works* (vol.2). Moscow, Progress Publishers.
- (1979): *Selected works* (vol.3). Moscow, Progress Publishers.
- Lincoln, Abraham: Quote, en <http://www.brainyquote.com/>
- Lindenfeld, Frank y Rothschild-Whitt, Joyce (eds.) (1982): *Workplace democracy and social change*. Boston, Porters Sargent Publishers.
- Lovins, Amory B. (1977): *Soft energy paths: Toward a durable peace*. New York, Harper Colophon Books/Harper & Row.
- Macdonald, Dwigth (1957): *Politics past; Essays in political criticism*. New York, Viking Press. (Originalmente publicado como *Memoirs of a revolutionist*.)
- Mackay, Louis y Fernbach, David (eds.) (1983): *Nuclear-free defense*. London, Heretic Books.
- MacKinnon, Catherine A. (1989): *Toward a feminist theory of the state*. Cambridge, Harvard University Press. [Mackinnon, C. (1989): *Hacia una teoría feminista del Estado*. España, Cátedra.]
- McNally, David (1980): *Socialism from below*. Toronto, Workers' Action Books.
- (2002): *Another world is possible: Globalization and anticapitalism*. Winnipeg, Arbeiter Ring.
- McRobbie, George (1981): *Small is possible*. New York, Harper & Row.
- Makhno, Nestor; Mett, Aida; Archinov, Piotr; et al. (1989): *Organizational platform of the libertarian communists*. Dublin, Workers Solidarity Movement. (Copiado en *Readings on building revolutionary anarchist organization*. New York, Love and Rage Revolutionary Anarchist Federation.)
- Malatesta, Errico (1974): *Anarchy*. London, Freedom Press.
- (1984): *Errico Malatesta; His life and ideas* (3rd ed.) (Richards, Vernon, ed.). London, Freedom Press. [Richards, Vernon (2007): *Malatesta: pensamiento y acción revolucionarios*. Buenos Aires, Tupac Ediciones.]
- (1995): *The anarchist revolution; Polemical articles 1924-1931* (Richards, Vernon, ed.). London, Freedom Press.
- Marx, Karl (1974a): *The First International and after; Political writings*, vol. III (Fernbach, David, ed.). New York, Vintage Books/Random House.
- (1974b): *The revolutions of 1848; Political writings* vol. I, (Fernbach, David, ed.). New York, Vintage Books/Random House.
- Marx, Karl y Engels, Frederick (1971): *On the Paris Commune*. Moscow, Progress Publishers.
- Maslennikov, V. (1983): *The cooperative movement in Asia and Africa* (Sayer, Jane, trans.). Moscow, Progress Publishers.
- Mattack, Paul (1983): *Marxism: Last refuge of the bourgeoisie?* Amonk, M.E. Sharpe.
- Mbah, Sam Igariwey, I.E. (1997): *African anarchism: The history of a movement*. Tucson, See Sharp Press.
- Mies, María (1986): *Patriarchy and accumulation on a world scale; Women in the international division of labor*. London, Zed Books.
- Miliband, Ralph (1969): *The state in capitalist society*. London, Weidenfeld & Nicolson. [Miliband, R. (1997): *El Estado en la sociedad capitalista*. México, Siglo XXI.]
- Morris, David (1982): *The new city-states*. Washington D.C., Institute for Local Self-Reliance.
- Morris, Mark (ed.) (1976): *Instead of prisons; A handbook for abolitionist*. Syracuse, Prison Research Education Action Project.
- Morris, William (1986): *News from nowhere and selected designs* (Briggs, Asa ed.). London, Penguin. [Morris, W. (2004): *Noticias de ninguna parte*. España, Mminotauro.]
- Morrison, Roy (1995): *Ecological democracy*. Boston, South End Press.

- Morrow, Felix (1995): *Revolution and counterrevolution in Spain; including The civil war in Spain*. New York, Pathfinder Press.
- Mouffe, Chantal (ed.) (1992): *Dimensions of radical democracy; Pluralism, citizenship, community*. New York, Verso.
- (1996): "Radical democracy or liberal democracy?", en *Trend, D. (ed.) Radical Democracy*. New York, Routledge, pp.19-26.
- Mumford, Lewis (1970): *The culture of cities*. New York, A Harvest/HJB Book/Harcourt Brace Jovanovich. [Mumford, L. (1957): *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires, Emecé.]
- (1986): *The future of technics and civilization*. London, Freedom Press.
- Nitze, Paul (1999): "A threat mostly to ourselves", en *New York Times (10-28)*, Op-Ed, p. A31.
- Nove, Alec (1983): *The economics of feasible socialism*. London, George Allen and Unwin.
- Orwell, George (1980): *Homage to Catalonia*. New York, Harcourt Brace Jovanovich/A Harvest/HBJ Book. [Orwell, G. (2008): *Homenaje a Cataluña*. Buenos Aires, Proyección.]
- Ostergaard, Geoffrey (1997): *The tradition of workers' control*. London, Freedom Press.
- Pannekoek, Anton (2003): *Workers' councils*. Oakland, AK Press. [Pannekoek, A. (1976): *Los consejos obreros*. Buenos Aires, Proyección.]
- Paz, Abel (1976): *Durruti: The people armed* (Macdonald, Nancy trans.). Montreal, Black Rose Books. [Paz, A. (1978): *Durruti, el proletariado en armas*. Barcelona, Bruguera.]
- Peirats, José (1974): *Anarchism in the Spanish revolution*. Detroit, Black and Red. [Peirats, José (2006): *Los anarquistas en la crisis política española (1869-1939)*. Buenos Aires, Libros de Anarres.]
- Pepinsky, Harold E. y Quinney, Richard (eds.) (1991): *Criminology as peacemaking*. Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press.
- Pipes, Richard (1990): *The Russian revolution*. New York, Knopf.
- Price, Wayne (2000): "Anarchism as extreme democracy", en *The Utopian: A Journal of Anarchism and Libertarian Socialism*, vol. 1, pp. 32-42.
- Radosh, Ronald, Habeck, Mary y Sevastianov, Grigory (eds.) (2001): *Spain betrayed: The soviet Union in the Spanish civil war*. New Haven, Yale University Press.
- Rabinowitch, Alexander (1968): *Prelude to revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 uprisings*, Bloomington, Indiana University Press.
- (1976): *The Bolsheviks come to power: The revolution of 1917 in Petrograd*. New York, W.W. Norton.
- Richards, Vernon (1972): *Lessons of the Spanish revolution (1936-1939)*. London, Freedom Press. [Richards, V. (1977): *Enseñanzas de la Revolución Española*. Madrid, Campo Abierto.]
- Rivista Anarchica (1989): *Red years, black years; Anarchist resistance to fascism in Italy*. London, ASP.
- Roberts, Adam (1976): *Nation in arms; The theory and practice of territorial defense*. New York, Praeger.
- Roberts, Adam; Frank, Jerome, Naess, Arne y Sharp, Gene (1964): *Civilian defence*. London, Peace News.
- Rothbard, M.N. (1978): *For a new liberty: The libertarian manifesto* (rev. ed.). New York, Collier Books/Macmillian.
- Sale, Kirkpatrick (1980): *Human scale*. New York, Coward, McCann & Geochegan.
- (1985): *Dwellers in the land; The bioregional vision*. San Francisco, Sierra Club Books.
- Schumacher, E.F. (1973): *Small is beautiful; Economics as if people mattered*. New York, Perennial Library/Harper & Row.
- (1979): *Good work*. New York, Harper Torchbooks/Harper & Row.
- Seymour, Joseph (2001): *Marxism vs. Anarchism*. New York, Spartacist Publishing Company.
- Shachtman, Max (1962): *The bureaucratic revolution: The rise of the Stalinist state*. New York, Donald Press.
- Shalom, Stephen R. (204): *ParPolity: Political vision for a good society; draft, Life after Capitalism essays*. [http://www.zmag.org/shalompo.htm]
- Sherover-Marcuse, Erica (1986): *Emancipation and consciousness: Dogmatic and dialectical perspectives in the early Marx*. New York, Basil Blackwell.
- Sirianni, Carmen (1982): *Workers' control and socialist democracy: The soviet experience*. London, Verso.
- Skinner, B.F. (1962): *Walden two*. New York, Macmillan. [Skinner, B.F. (2005): *Walden Dos: Hacia una sociedad científicamente construida*. España, Martínez Roca.]
- Skirda, Alexandre (2004): *Nestor Makhno, Anarchy's cossak; The struggle for free soviets in the Ukraine 1917-1921* (Sharkey, paul, trans.). London/Oakland, AK Press.
- Smith, Dan (1982): *Non-nuclear military options for Britain*. London, Housmans.
- Spretnak, Charlene y Capra Fritjof (1986): *Green politics: The global promise*. Santa Fe, Bear & Company.

- Tabor, Ron (1988): *A look at Leninism*. New York, Aspect Foundation.
- Tawney, R. H. (1948): *The acquisitive society*. New York, Harvest/Harcourt Brace Jovanovich. [Tawney, R.H. (1972): *La sociedad adquisitiva*. Madrid, Alianza.]
- Trend, David (ed.) (1996): *Radical democracy; Identity, citizenship, and the state*. New York, Routledge.
- Trotsky, Leon (1961): *Terrorism and communism: A reply to Karl Kautsky*. Ann Arbor, University of Michigan Press.
- (1967): *The history of the Russian revolution* (Astman, Max trans.), 3 vol. London, Sphere Books.
- (1970a): *The permanent revolution y Results and prospects*. New York. Pathfinder Press.
- (1970b): *The revolution betrayed; What is the Soviet Union and where is it going?* New York, Merit/Pathfinder Press.
- (1971): *The struggle against fascism in Germany*. New York, Pathfinder Press.
- Trotsky, Leon (1973): *The Spanish revolution (1931-39)* (Allen, Naomi y George Breitman, eds.). New York, Pathfinder Press.
- Trotsky, Leon (1977): *The transitional program for socialist revolution*. New York, Pathfinder Press.
- Tuchman, Barbara (1994): *The proud tower; A portrait of the world before the war 1890-1914*. New York, Ballantine Books.
- Tucker, Benjamin R. (1888): *State socialism and anarchism; How far they agree and wherein they differ*. Alpine, Charles W. Bergman.
- Van den Berg, Axel (1988): *The imminent utopia; From Marxism on the state to the state of Marxism*. Princeton, Princeton University Press.
- Volin (1974): *The unknown revolution; 1917-1921*. Montreal, Black Rose Books. [Volin (1977): *La revolución desconocida*. Buenos Aires, Proyección.]
- Watson, David (1997?): *Against the megamachine; Essays on empire and its enemies*. Brooklyn, Autonomia.
- Watson, David (1996): *Beyond Bookchin: Essays for a future social ecology*. Brooklyn, Autonomia.
- Wood, Ellen Meiksins (1995): *Democracy against capitalism; Renewing historical materialism*. Cambridge University Press [Wood, Ellen Meiksins (2000): *Democracia contra capitalismo*, México D.F., Siglo XXI editores].
- Woodcock, George (1962): *Anarchism; A history of libertarian ideas and movements*. New York, World Publishing. [Woodcock, G. (1979): *Anarquismo, historia de las ideas y movimientos libertarios*. Barcelona, Ariel.]

Índice

Introducción.....	7
-------------------	---

Parte I. EN LUGAR DEL ESTADO

1. Colocando al Estado en el museo de antigüedades.....	11
2. ¿Qué es el Estado?.....	17
3. ¿Revolución o reforma?.....	31
4. El Estado marxista de transición.....	53
5. Alternativas anarquistas al Estado.....	71
6. Desafíos tecnológicos para la abolición del Estado.....	93
7. La sociedad experimental.....	107
8. Un mundo sin Estado.....	119

Parte II. ESTADO Y REVOLUCIÓN... Y CONTRARREVOLUCIÓN

9. La Revolución Rusa.....	125
10. La Revolución Española.....	147
11. La lucha contra el nazismo en Alemania.....	165

Parte III. CONCLUSIÓN. DEMOCRACIA REVOLUCIONARIA

12. Democracia versus el Estado.....	179
--------------------------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA.....	193
-------------------	-----